

Alicia Panero

Mujeres Invisibles

Remoto Atlántico Sur, 1982



MUJERES INVISIBLES

Alicia Panero

A mi marido y mis tres hijos, los amores de mi vida entera.

Índice

Introducción

La Dictadura

Comodoro Rivadavia

Esperanza en el Mar

La Artista de la Guerra

Sarah y el soldado cordobés

El Grito de Alicia

En las islas

Mientras pasa, la vida es bella

Verónica

Juan Tom y los otros

Darwin, almas blancas

Los ecos de la guerra,

Agradecimientos. .

INTRODUCCION

Estas son historias donde no hay buenos ni malos, hay hombres y mujeres que no ganaron, transitaron experiencias, porque con las guerras, pierden todos.

Las emociones humanas, sufrimientos y desdichas que provocan las guerras en todo el mundo, han alcanzado en nuestro país a muchas familias, y a muchas mujeres casi desconocidas.

Una mirada diferente, a un conflicto sobre el que se dijo mucho y se omitió demasiado, tuvo protagonistas cuyas historias son tan enriquecedoras como invisibles.

Escribir sobre la guerra, trabajando en una institución militar, indica seguir normas de costumbre preestablecidas, que no están escritas, que se sienten en el aire.

Ir por ese camino concluye en episodios ya conocidos, muchas veces narrados por sus distintos protagonistas.

El camino de la soledad, la paciencia y la insistencia, acaba en el descubrimiento de vidas inéditas. Solo es cuestión de prestar atención.

La narración de la epopeya esta creada, guardada y custodiada por los héroes, sus familias y las instituciones que los contienen.

Lo que no significa, que aquello que esa narración sostiene, no sea verdad. Lo que si es seguro, es que omite, una enorme cantidad de historias que no existirían sin lo que sucedió oficialmente, según esas instituciones y sus hombres.

Todas las opiniones vertidas en este trabajo, son de carácter personal, y no representan correspondencia con ninguna Institución Militar, ni con ninguno de sus miembros. Las observaciones y las experiencias vividas dentro de una de ellas, me han llevado a dichas opiniones, y no son para nada concluyentes, son solo consideraciones particulares.

Las mujeres en el ámbito de las Fuerzas Armadas, han avanzado mucho, en integración, no existiendo seguridad que sea una integración por vocación genuina, en todos los casos. Las banderas de la igualdad de género han sido en el caso de muchos militares, impuestas, y se van afianzando con el ejercicio. Y esto se corresponde también, a mi experiencia personal.

Respecto de las mujeres de estas fuerzas, que tuvieron participación en el conflicto armado por la Soberanía de Malvinas, el silencio es inexplicable.

De las más de 24 mil pensiones de veteranos de guerra que paga el estado, no son más de diez las mujeres beneficiadas en esa categoría. Y seguramente ni siquiera ellas son del todo conocidas en la sociedad.

En una institución militar de formación de oficiales, se realizó una investigación sobre las mujeres de la guerra, y era poco y pobre lo que se conocía de ellas. Y los alumnos demostraron un interés emocionante por conocer sus vidas.

Aunque las instituciones militares han comenzado, tímidamente, a considerarlas en los últimos tiempos, su labor no ha trascendido a la sociedad.

El abandono institucional fue acompañado del político y social, porque si las instituciones que cobijaron a aquellas mujeres no son quienes hacen conocer sus historias, en el caso del ámbito militar, la política y la sociedad, difícilmente las rescaten.

La realidad, cuando aparece, desnuda una red bien armada de mujeres que estuvieron allí, en el horror de la guerra.

Probablemente, porque su accionar estuvo más vinculado a la atención y contención de soldados conscriptos y no son ellos los que han escrito la historia. Algún oficial alguna vez dijo “creo que tenemos unas enfermeras veteranas por acá”, lo que tristemente evidencia no solo el desconocimiento de su labor y su participación, sino lo que es peor, ignora la enorme importancia que tuvieron, para los heridos.

Y respecto de las civiles, la ignorancia es completa en la sociedad en su conjunto. Y en el mundo en general, nadie recuerda a los civiles después de una guerra.

No quiero dejar fuera de este trabajo, a todas aquellas mujeres, que siendo esposas de militares profesionales, se hicieron cargo de la situación en la que las puso la guerra y sacaron de si herramientas únicas para proteger del dolor a sus propios hijos.

Incluir testimonios de isleñas y británicas, fue muchas veces un escollo, para conseguir participación argentina.

El lenguaje integrador, que se elabora desde lugares comunes, es difícil de desarrollar en este país roto, en general, no es un ámbito privativo particular de las Fuerzas Armadas. La actual política exterior no contribuye en nada a dicho objetivo, y existe cierta potestad de protagonismo que se evidencio muchas veces, al invitar argentinas a brindar testimonio.

Las historias se presentan cuando están dispuestas, aunque la búsqueda lleve media vida, vienen, aparecen, explotan ante los ojos y los sentidos, inevitablemente. Y los buscadores de historias, tienen la obligación de atenderlas.

Respecto de las mujeres civiles que fueron voluntarias, o que vieron sus vidas en peligro porque estaban en la zona 0 de la guerra, el anonimato es aun mas grande que el de las que fueron miembros de las fuerzas.

El objetivo, con este trabajo, es demostrar donde iguala la guerra, y como pueden ser, las mujeres, luz donde solo hay sombras y oscuridad, en el idioma que sea.

Mostrar la coincidencia de sentimientos y acciones, posiciona a todas las mujeres, como un entramado, en el continente, en los barcos y en las islas, brindando los

mismos cuidados, padeciendo los mismos temores, protegiéndose de las mismas amenazas. Sufriendo por las mismas pérdidas.

Las guerras dejan en la invisibilidad a las mujeres, y hacerlas visibles es un mensaje de paz, que aporta al dialogo permanente.

Quien no esté preparado para superar las diferencias, no comprenderá desde donde se trabaja para la paz.

Las escenas de combate, se mencionan y describen tomadas de los propios protagonistas, a manera de vincularlas a las mujeres que se vieron afectadas por sus secuelas. No es este un libro de guerra, ni un diario de batallas. Es un trabajo basado en emociones, donde todos han perdido.

Las historias de vida, que aparecen, han sido contadas y escritas, apurando el homenaje tardío, cumpliendo un reconocimiento pautado, por separado y respondiendo a distintas necesidades. Muchas veces porque han sido las protagonistas quienes han luchado para eso.

Escribir sobre historias de la guerra, es una experiencia que se transita en carne viva, con un enorme sentido de la responsabilidad, respetando silencios y opiniones encontradas. Aceptar la diversidad de enfoques contribuye al ejercicio pleno de la libertad.

La mística del piloto cazador, rompiendo implacable la barrera del sonido y alcanzando al enemigo, es la epopeya más atrayente de la guerra, la más difundida, atrapa como una película. Una gesta enorme, pero no debe ser la única rescatada, porque detrás de cada uno de ellos, hubo una mujer que lo sostenía.

La guerra de Malvinas fue un episodio corto, donde se sucedieron hechos en distintos escenarios, las Islas recuperadas por argentinos desde el 2 de abril, y el continente, desde donde el Gobierno argentino insuflaba patriotismo, arengaba a la gente a esperar a los ingleses para darles batalla.

Las ciudades de la costa patagónica comenzaron a prepararse para la defensa, mientras en las islas ya vivían los civiles en territorio ocupado por las tropas argentinas.

En ambos casos, se esperaba el desenlace, con la esperanza de que la guerra no sea tal. Idea que se esfumo en cuanto la flota militar del Reino Unido llego al Atlántico Sur y comenzaron los primeros bombardeos de aviones argentinos.

Todas las mujeres que vivían en la costa más al sur del Paralelo 42, debieron aprender sobre refugios, oscurecimientos totales y amenazas. Igual que las isleñas, al mismo tiempo y con el mismo miedo.

Fue durante la Guerra de Crimea, que la figura de Florence Nightingale, cobro protagonismo por su entrega a la atención a los heridos, se la conoció como la dama de la lámpara, por recorrer durante las noches las salas de heridos.

Por aquellas épocas el rol de la mujer en las guerras era el de madres, viudas, hermanas, hijas, fue durante el desarrollo de la Primera Guerra Mundial que la mujer se incorpora a la retaguardia de los ejércitos, como enfermera.

Durante la Segunda Gran Guerra, las mujeres no solo debieron incorporarse a la vida productiva porque los hombres estaban en combate, también comenzaron a hacerlo en las Fuerzas Armadas.

El Reino Unido, posee uno de los ejércitos más grandes de Europa y siempre estuvo a la vanguardia de la incorporación femenina, en la actualidad el 12 % de sus cuadros militares son mujeres.

En 1982, el personal femenino que participo en el Atlántico Sur pertenecía al cuerpo de enfermería real de la Marina Británica

En argentina, la primera fuerza armada en incorporar mujeres, fue la Fuerza Aérea, eran enfermeras universitarias asimiladas, esto es, incorporadas mediante un curso al ámbito militar.

Fueron las primeras, las pioneras, y las que fueron desplegadas a Comodoro Rivadavia durante la Guerra de Malvinas.

El Ejército Argentino, tenía enfermeras instrumentistas quirúrgicas civiles que se ofrecieron como voluntarias para embarcar en el buque Hospital Almirante Irizar. Como militares la incorporación se produjo con posterioridad a la guerra.

La Armada Argentina no tuvo mujeres en sus cuadros durante la guerra, solo una, correspondiente a la marina mercante, civil, que participo del conflicto por ser requerido el buque donde trabajaba.

Si había jóvenes aspirantes a enfermeras en la base naval de Puerto Belgrano, que participaron activamente de la preparación de los buques hospitales.

El Ministerio de Defensa sostiene que las primeras mujeres en incorporarse a las Fuerzas Armadas fueron las enfermeras asimiladas a la Fuerza Aérea en 1980, el Ejército lo hizo en 1997 y la Marina en 2001, estas incorporaciones se fueron dando paulatinamente al cuerpo profesional primero y a los cuerpos de comando después.

Un militar del cuerpo de comando es aquel que hace su carrera militar, es decir, capacitación e instrucción en una especialidad dentro de la Fuerza Armada correspondiente.

Un profesional es aquel que realiza estudios universitarios como civil, y luego se incorpora mediante un curso de instrucción militar, a una fuerza.

En la actualidad, según indica el ministerio hay armas vedadas para las mujeres y estas son infantería y caballería, en el Ejército a las que solo pueden ingresar soldados voluntarias.

En la Fuerza Aérea y en la Armada no hay especialidades vedadas para las mujeres. Cuando en casi todas las del mundo hay vedas, como ser piloto de combate, o manejar artillería.

El porcentaje de personal femenino en las Fuerzas Armadas Argentinas es hoy de un 11,56%.

El fin de este trabajo ha sido siempre la esperanza de la visibilidad, difusión y conocimiento de hechos y personajes que no están en nuestro inconsciente colectivo.

Hablar de veteranos de guerra, debe incluir a aquellas que lo fueron, estuvieran o no dentro del teatro de operaciones. Porque la guerra, con sus amenazas, y sus heridos, se traslado mas alla de las islas y el mar.

El conflicto por la soberanía de las Islas Malvinas e Islas del Atlántico Sur, genero hechos inéditos en la historia, no solo del país, si no del mundo, descubrirlos y difundirlos, no solo nos hace conocer a sus protagonistas, sino valorar gestos humanitarios únicos, irrepetibles.

A aquellas que participaron de la guerra, les busco un lugar en el salón de las mujeres argentinas Del Bicentenario, de la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo Nacional. Se que es un proyecto ambicioso, pero vale la pena.

Ojala lo encuentre.

LA DICTADURA

El 24 de Marzo de 1976 con el derrocamiento de la Presidente María Estela Martínez de Perón, comienza lo que se conoció como el Proceso de Reorganización Nacional, a cargo de una Junta Militar, que no reorganizo nada y dejó al país, masticando más de una herida.

Sumido en un enorme desencuentro, que incluso hoy, se agita como un fantasma de división irremediable. Llevándose ilegalmente vidas, de los que antes atentaron contra otros, con los que nunca se hizo justicia. Un mamarracho doloroso, irrecuperable.

La última manifestación de trabajadores en plaza de mayo, pidiendo “paz, pan y trabajo” fue ferozmente reprimida por el gobierno militar. Eran cerca de cincuenta mil jóvenes. El 30 de Marzo de 1982.

Tan solo setenta y dos horas después, el país amaneció en guerra, y esos mismos que reprimieron eran aplaudidos en la misma plaza, colmada, impostados en una legitimidad que no tenían.

Un gobierno impuesto, llevo al país a una guerra, aplaudido por muchos de los que luego, no tuvieron otra opción que llorar, porque vieron irse a sus hijos, que eran los hijos de todos.

Los mismos civiles que pedían a gritos una solución mágica, de la mano de un gobierno militar, aplaudieron la guerra, vieron el mundial y se olvidaron de los héroes, no consideraron a los sobrevivientes, e hicieron invisibles a las mujeres.

La Capitulación del Conflicto del Atlántico Sur se firmo el 14 de Junio de 1982, el 12 de Julio de 1983 por las atribuciones conferidas por el Estatuto de Reorganización Nacional, Bignone, convoca a elecciones para el 30 de Octubre del mismo año.

La guerra acelero procesos, eso es algo que le debemos a todos los que estuvieron a la altura de las circunstancias, que un gobierno de facto ni siquiera rozo.

La vuelta del combate se produjo entre la indiferencia y el silencio, la desidia y la mala conciencia. Los escondieron,

A la gente que creyó que casi entraríamos triunfales en Londres, la ocupo el enojo, y prefirió el olvido, habíamos perdido, cuando creíamos, ingenuamente, que podíamos ganar una guerra, que de movida, tenía resultados cantados.

Enseguida aparecieron los indicativos desmalvinizadores, "ex combatientes, veteranos, ex soldados, los chicos de la guerra", despersonalizando el dolor del ser humano que vivió la inenarrable experiencia de la barbarie de matarse entre pares.

En la memoria errática del argentino quedara la imagen de un nacionalismo de emergencia, con una mezcla de marcha militar, comunicado y neblina.

En 1982, los nombres femeninos eran, por estas latitudes, pocos, Margaret Thatcher como figura emergente, las mujeres que como en una campaña Sanmartiniana donaron sus joyas a la causa, las tejedoras de abrigos que nunca llegaron a abrigar y las maestras que hacían redactar cartas a sus alumnos, para los soldados, muchas de las cuales jamás le dieron aliento a nadie.

La guerra y sus circunstancias, fueron la herida más absurda, de una dictadura agonizante, que levanto por última vez su garra y dio el zarpazo final, en el lugar más doloroso, en el corazón de sus jóvenes soldados y sus familias.

Dictadura y guerra son palabras dolorosas, que no se borran irresponsablemente con un gol tramposo al enemigo hecho con la mano, en un partido de fútbol, se superan madurando y construyendo para la paz.

Lo políticamente correcto, ha sido tan relativo como cambiante, va de la mano del oportunismo. Superar la relatividad doméstica, es el gran desafío.

Asumir que la dictadura fue responsabilidad de todos como una búsqueda más de salvación mágica a los problemas, es un trabajo que implica sacrificios, y aun hoy los argentinos apuestan a otro tipo de salvaciones y poco trabajan por las soluciones.

El conflicto del Atlántico Sur, fue desde el gobierno ilegítimo de la dictadura, una apelación a la magia de la salvación y gran parte del pueblo argentino lo festejó.

La dictadura es hoy es un capítulo de la historia, que se escribe con la irresponsabilidad propia de quienes no asumen su parte, por indiferentes, por equivocados. Per-

mitiendo que se desarrolle un relato único, tendencioso, respecto de ese periodo.

Que deja fuera de él, al conflicto armado, y lo pone a un costado.

La guerra, aun genera sentimientos encontrados, donde se mezclan ese patriotismo extraño de los argentinos, con ingredientes políticos, con mezquindades humanas, y en el caso de las mujeres protagonistas, olvido selectivo.

La dictadura conformo una etapa vergonzante, y al desprenderse de ella la Batalla de Malvinas, esta, toma la misma característica.

Se habla de batalla, porque el conflicto armado del 82 es, para los veteranos, una etapa del proceso de recuperación de la soberanía, que se completara con el camino diplomático. Por lo tanto no es correcto hablar de guerra delante de uno de sus protagonistas.

Para el país en general lo fue, y para los participantes forzados, también.

Buscar explicaciones formara parte de un análisis profundo, que llegara cuando se produzca la madurez de la sociedad.

Los gobiernos dictatoriales han sido en Argentina producto de muchos factores, cuyos actores no proceden de otro lugar que de la sociedad misma.

Un soldado que volvió, permite resumir con sus palabras un pensamiento sobre el regreso.

El soldado veterano se llama Oscar, con tanta luz y dureza, le dio a las cosas su nombre, y, las cosas en este país o cualquiera del mundo, solo son cuando se las nombra.

El veterano se suspendió en el pasado largo tiempo, mientras el sol seguía su empecinada lucha por prevalecer, y comenzó a sonar en su cabeza, lo que escuchaba de boca de todo el mundo, lo que ellos hubieran hecho si les hubiese tocado ir a la guerra, no teniendo el valor de confesar el alivio que sintieron de no tener que cargar la mochila y marchar al frente del combate, en donde las bengalas que iluminaban la noche, eran la celebración de un rito atroz de iniciación para aquellos que dejaban de golpe los sueños, y llenaban su bagaje de pesadillas absurdas y eternas. No sin antes pasar por el mismísimo infierno, del cual algunos, por más que lograron sobrevivir, las llamas los quemarían eternamente. En esa suspensión en el pasado, también hubo lugar para aquellos que festejaron a la dictadura la recuperación de las islas, se pasaron prendidos frente al televisor sufriendo las desventuras de la selección nacional, sin importarles un bledo la suerte del vecino de su barrio que nunca más pudo volver a gritar un gol, porque una bala lo silencio eternamente.”

Una vez ocurrida, la guerra son los recuerdos, sus veteranos hicieron lo que pudieron con sus circunstancias, los gobiernos fueron poco consecuentes con la historia y también oportunistas. La sociedad siguió su ruta, rescatando la epopeya, despacio.

Hoy, el ciudadano común observa con enorme respeto a sus veteranos, son el único elemento que les insufla un sentimiento de patria genuino, sin manipulaciones políticas. Ha podido despegar de la vergüenza de la dictadura y de la guerra, admirando a la persona que la sufrió. Son hoy el veterano y el héroe, que ante su paso y su recuerdo, generan unidad nacional.

La cronología de Malvinas es en general, conocida, pero de una duración mayor, en muchos lugares, en tiempo real, que aquel que tuvo en los diarios, y permanece aun en el alma de los que volvieron y en el corazón de los que recuerdan un caído.

La dictadura, escondió a los que volvieron, borro a aquellas que participaron activamente del conflicto cumpliendo roles insustituibles. La sociedad y las instituciones hicieron el resto.



ESPERANZA EN EL MAR

Los buques hospitales, han existido desde siempre, desde el comienzo del registro de la historia, que el mundo ha estado en guerra. Los primeros que se cree tuvieron estos buques fueron los griegos y romanos, con los nombres de Therapia y Aescolapius.

Se sabe que desde el siglo XVII las escuadras de mar, iban acompañadas por barcos que se encargaban de recoger y atender a los heridos.

Tanto durante la I como la II Guerra Mundial, se reconvirtieron buques, para ser utilizados como hospitales de mar, tal fue el caso del Aquitania, o el Britanic, buque gemelo del Titanic.

Los astilleros de Estados Unidos desarrollaron los buques hospitales mas grandes del mundo, ya el primero de ellos fue botado en 1920, el Relief.

Hoy cuentan con buques hospitales tan grandes como portaaviones, que se ocupan de atender, abastecer y socorrer a las tropas estadounidenses que cumplen misiones en distintos puntos del mundo.

Esperanza en el Mar, es el primer buque hospital de manufactura española, botado en 2001 y junto al Juan de la Costa, asisten a todos los pequeros que pudieran requerirla ayuda.

“Esperanza en el Mar” resume el significado de lo que representan estos buques, sobre todo en los conflictos armados.

En las guerras, los buques hospitales tienen la función de transportar en forma activa, los heridos y enfermos desde las bases de ultramar a las bases territoriales del propio país, para su posterior derivación y traslado.

Gozan de la protección establecida en las Convenciones de Ginebra, a partir de 1864, y en el II Convenio, de 1949, se reafirmo esa protección, “para aliviar la suerte que corren los heridos, los enfermos y los náufragos de las fuerzas armadas en el mar”. Este capítulo recibió su bautismo en la guerra del Atlántico Sur en 1982.

La Convención establece, además que todos los barcos hospitales se darán a conocer izando su bandera nacional y, si pertenecen a un país neutral, la bandera de la parte en conflicto cuya dirección hayan aceptado. En el palo mayor, deberá ondear, lo más arriba posible, una bandera blanca con una cruz roja. Si son países árabes la bandera de la Media Luna Roja. Hoy se ha llegado a un consenso para un tercer emblema, que por ejemplo usa Israel, que es un cuadrado rojo apoyado en uno de sus vértices.

Catorce mil kilómetros separaban las Islas Malvinas del Reino Unido y más de seiscientos a los argentinos de sus costas continentales. La necesidad de desplegar buques hospitales, fue apremiante.

En el Reino Unido existían planes de contingencia, para alistar buques mercantes como hospitales, y a pesar de la premura de los preparativos del traslado, el requerimiento recayó sobre el crucero de la compañía P&O, el SS Uganda.

Cuando se habla de requisar un buque para ser configurado hospital, un estado soberano puede apelar a cualquier buque de su bandera, de guerra o de transporte, para ser utilizado en caso de conflicto bélico en altamar. O pedir uno a sus países aliados.

La configuración consiste en convertirlo en lo que sea que se necesite a los efectos de prestar servicios. El caso del SS Uganda, es un claro ejemplo, siendo un buque crucero de recreación fue requerido por el Reino Unido para prestar servicios como buque hospital, configurándolo o transformándolo, lo que implica el trabajo de muchos auxiliares expertos en dicha tarea.

Para configurar un buque hospital, se necesitan, médicos, enfermeros, especialistas en equipamiento, técnicos, ingenieros.

Es un trabajo conjunto con personal, por lo general de un hospital, y de una base naval. Se deben instalar desde salas de primeros auxilios hasta quirófanos.

Fue durante la guerra de Malvinas, de muchísima importancia esta tarea, ya que en las Islas no existía complejidad sanitaria, y tanto para los argentinos como para los británicos, sus propios hospitales estaban a distancias insalvables para cierto tipo de heridas.

Para el 10 de abril el SS Uganda se encontraba cumpliendo sus funciones habituales cuando fue requisado, y enviado a Gibraltar para su preparación. Previo desembarco de sus pasajeros turistas en el puerto de Nápoles.

Fue configurado en 69 horas, y partió al teatro de operaciones del conflicto, el 19 de abril. En lo que sus tripulantes describieron, como navegar hacia la incertidumbre del Atlántico Sur,

A bordo del SS Uganda, estaba la enfermera militar profesional, Nicci Pough, autora del libro "Nave Blanca, Cruces Rojas", junto a otras treinta y nueve mujeres, y fueron las únicas con rango militar que estuvieron en la zona del conflicto y fueron las primeras enfermeras Reales Navales en la historia, que sirvieron embarcadas.

Fue la primera vez que se evacuaban bajas directamente desde el campo de batalla, en helicópteros, hasta el buque hospital. Este procedimiento ayudo a salvar muchas vidas.

Nicci, entre otras enfermeras, recibieron más de setecientos heridos, de los cuales ciento cincuenta eran argentinos.

El Doctor Eduardo C. Gerding, escribe sobre la tarea de las enfermeras en la guerra, y remite a Florence Nightingale, fundadora de la enfermería moderna, conocida como "la dama de la lámpara" ya que se hizo famosa por sus rondas nocturnas durante la guerra de Crimea, sirviendo al ejército inglés, asistiendo heridos. La cita textual *"Nadie puede imaginarse los horrores de la guerra. No son las heridas, la sangre, la fiebre, las erupciones, la disentería aguda y crónica, el frío, el calor ni el hambre. Son la intoxicación, la ebriedad, la brutalidad y la desmoralización que revelan los grados inferiores y los celos, mezquindades, indiferencia y el egoísmo brutal de los superiores"*

Los testimonios de muchas mujeres, demuestran la desprotección moral a que fueron sometidos los jovencísimos soldados argentinos. Fueron ellas, quienes los salvaron.

Una enfermera de la Fuerza Aérea, afectada al hospital móvil de Comodoro Rivadavia, afirmó "para las enfermeras, la guerra nunca termina, porque seguimos encontrando heridos, después de tres décadas, que nos recuerdan y nos siguen pidiendo ayuda."

Los buques hospitales gozan del respeto y protección de todos los contrincantes, cuando cumplen con las condiciones establecidas en las Convenciones de Ginebra y sus Protocolos. De eso se trató la preparación en 69 horas, en Gibraltar, del SS Uganda.

Se debe comunicar a la parte adversaria las características del buque, notificación, nombre, dimensiones, nombre del capitán o comandante.

Tomaran las medidas necesarias para que puedan ser identificados con facilidad.

Todos los buques hospitales, pintaron de blanco la totalidad de sus cascos, con grandes cruces rojas en sus bandas y en sus frentes. Durante la noche navegaban totalmente iluminados especialmente en sus cruces rojas.

Otra condición que cumplieron fue la de no entorpecer ni colaborar por ningún motivo con los combatientes de cualquier bando.

Estuvieron sometidos al derecho de control por parte de los adversarios o de la Cruz Roja Internacional. De hecho tanto británicos como argentinos, llevaron a bordo a lo largo de todo el conflicto, un veedor de nacionalidad suiza, de la Cruz Roja.

El 13 de abril, las autoridades británicas, por mediación del gobierno suizo, informaron al gobierno argentino, que el SS Uganda era buque hospital.

Se convirtió en el más grande del conflicto, con una capacidad de 550 camas.

El 19 de abril se agregaron y notificaron a las autoridades argentinas, los HMS Herald, el HMS Hecla y el HMS Hydra., cuya función sería evacuar a los heridos del SS Uganda y transportarlos a Montevideo, Uruguay, cuatro días y medio por mar, y luego repatriados en avión al Reino Unido. Eran buques de menor envergadura y más rápidos en su desplazamiento.

Si bien la posición oficial de Uruguay fue de neutralidad, iniciado el conflicto las autoridades iniciaron el denominado "Operativo Maíz" por medio del cual habilitaron el Hospital Militar y el Hospital Maciel, para recibir heridos de guerra. También contaron

con el Hospital Británico, que habitualmente atendía heridos y enfermos de barcos mercantes por la cobertura de sus seguros marítimos.

Al puerto de Montevideo arribaron más de 500 heridos, siempre custodiados por dispositivos de seguridad de la Cruz Roja, y luego derivados por avión al Reino Unido.

En Argentina, el Comandante de Operación del Atlántico Sur informo, al entonces Jefe del Estado Mayor Conjunto, el 15 de abril de 1982, que se designaba buque hospital al Bahía Paraíso, a fin de que se realizaran las comunicaciones formales para cumplimentar la Convención de Ginebra.

En 14 días, trabajando de día y de noche, en jornadas de 17 horas, en el Arsenal Naval de Puerto Belgrano, junto al Hospital Naval y su personal, se realizó la conversión.

Era la nave más nueva de la Marina, y había participado el 3 de abril en las acciones de las Islas Georgias, donde había sido plataforma para el desembarco helitransportado y el traslado de helicópteros a las Islas Malvinas.

Zarpo de Puerto Belgrano, hacia el Atlántico Sur el 27 de abril, bajo una intensa lluvia. Por su participación en el desembarco en las Georgias, el Bahía Paraíso fue sometido a una inspección sin encontrarse nada anormal.

El Bahía Paraíso fue requerido con urgencia para asistir a otros buques de rescate, que participaban de la búsqueda de los sobrevivientes del Crucero General Belgrano, que el 2 de mayo había sido torpedeado por el submarino británico HMS Conqueror, de propulsión nuclear.

“La circunstancia de ser el último buque en iniciar el rescate, reiteradamente enfrentaría a la tripulación del Bahía Paraíso con la muerte o la decepción de hallar balsas vacías. Por la misma circunstancia, los sobrevivientes rescatados por este buque serían los últimos en recibir auxilios luego de permanecer más de 40 horas en las balsas. El Bahía Paraíso proseguiría rescatando sobrevivientes –los últimos que serían hallados- hasta el mediodía del 4 de mayo. En dicha ocasión, transcurridas unas 43 horas en que la sensación térmica había promediado los 9 grados bajo cero, y a unos 100 kilómetros del punto de hundimiento recogería los últimos 18 tripulantes vivos. Durante los cinco días en que seguiría su patrulla, se encontraría con balsas vacías u ocupadas por cadáveres” *Alejandro Amendolara*, “Guerreros de Blanco”

Trescientos veintitrés tripulantes murieron en el hundimiento.

El 3 de Junio de 1982, se dispuso transformar el Rompehielos Almirante Irizar, en buque hospital, se realizó en 48 horas, en Puerto Belgrano, dotándose de doscientas sesenta camas, dos salas de terapia intensiva, dos quirófanos, laboratorio bioquímico, sala de radiología, sala de yesos, laboratorio de hemoterapia. También contaba una sala de quemados, helipuerto y hangar. Fue un esfuerzo enorme, debido a la complejidad de la tarea, y la rapidez de la realización, se apeló a la afectación de todo el personal de la base.

Al Irizar se embarcaron como dotación del hospital, cuarenta profesionales y técnicos de la salud, entre los que se contaban catorce médicos, dos odontólogos, dos bioquímicos, un sacerdote y veintiún enfermeros.

Sobre la última semana del conflicto, embarcaron por helicóptero desde Comodoro Rivadavia, siete civiles voluntarias instrumentadoras quirúrgicas femeninas del Ejer-

cito, destinadas inicialmente al Hospital Militar de Malvinas, a donde por razones de la guerra, nunca arribaron e hicieron su tarea en el buque hospital.

Por entonces, durante el desarrollo del conflicto, las mujeres no podían ir al frente de batalla.

En general las fuerzas armadas del mundo han integrado a las mujeres como soldados, pudiendo desarrollar todas las especialidades, pero pocos permiten que vayan al frente de batalla, manejar equipos de artillería antiaérea o volar aviones caza de combate.

Llegaron a un mundo de hombres, de dolor, heridos y muerte, muchos años después, se conocerían sus nombres.

El 4 de junio se realizó el encuentro en alta mar entre el Bahía Paraíso y el Uganda, en la “Caja de la Cruz Roja”, en la que ambas partes intercambiaron delegaciones médicas, y del encuentro surgió un hecho poco conocido en esta guerra: los británicos recibieron una apreciable cantidad de medicamentos y plasma sanguíneo del que carecían, debido a que no lo habían logrado conservar a causa de las vibraciones de los motores, mientras que los médicos argentinos habían descubierto cómo hacerlo.

Alejando Amendolara señala “Cabe aclarar que para evitar la hemólisis por el ruido y vibraciones del buque, se usó un método simple pero muy eficiente ya que se colocaron los sachet de sangre en forma horizontal sobre planchas de goma espuma, en la cámara frigorífica de verduras (a 5 grados de temperatura y en la línea de cruji) lo que permitió un uso hasta casi treinta días después de su extracción pese a

todos los movimientos sufridos. En su visita al Bahía Paraíso los británicos manifestaron graves problemas de hemólisis en su banco de sangre por las vibraciones.”

La hemolisis es la ruptura de los glóbulos rojos de las bolsas de sangre, provocado, en estos casos por el movimiento de los motores de los buques, que generan un efecto vibratorio llamado rolido.

En la preparación del buque hospital Bahía Paraíso participaron veintisiete enfermeras, entre todos los especialistas médicos, enfermeros instrumentadores, técnicos, bioquímicos y técnicos en configuración.

Para el 14 de junio había zarpado, preparado como tercer barco hospital, el observador oceanográfico Puerto Deseado, pero lo sorprendió la capitulación ese mismo día. `

La enfermera de guerra trasciende la batalla, porque queda frente a la esencia misma del ser humano que sufre. Sin banderas, sin territorio, humanitariamente. Es, por eso forjadora de la paz.

Como parte de la tarea humanitaria que establece la Cruz Roja internacional, el Buque Hospital Almirante Irizar, traslado al continente, una vez finalizada la guerra, más de mil combatientes.

La Historia Argentina, signada por el desencuentro, no deja afuera de esa característica los hechos y los números de la guerra y la concesión de la condición de Veterano de Guerra de Malvinas, dependerá de la zona en la que estuvo cada una.

Veterano de Guerra de Malvinas es aquel que estuvo en el Teatro de Operaciones de Malvinas, o en el TOAS, teatro de operaciones del Atlántico Sur. Hay personas

que fueron sacadas de sus destinos en el norte del país, y trasladadas al sur por debajo del Paralelo 42 y se los conoce como Movilizados.

Las enfermeras instrumentadoras quirúrgicas civiles del Ejército, que estuvieron en el Buque Almirante Irizar, son Veteranas de Guerra de Malvinas, pues, ingresaron al TOAS.

Las enfermeras de Fuerza Aérea, con grado militar, son consideradas por la ley, movilizadas y por la institución, desde hace poco como veteranas. Esta es una llaga abierta, actual, que forma parte del desencuentro permanente en nuestra historia, no es una secuela de la guerra en sí. Ellas estuvieron movilizadas en la ciudad de Comodoro Rivadavia, son las denominadas continentales.

Las enfermeras Navales y aspirantes a enfermeras, que participaron de las configuraciones de los buques hospitales en Puerto Belgrano, que atendieron heridos de guerra en el hospital del mismo nombre, no son consideradas en los grupos mencionados anteriormente, porque no se movilizaron más allá del paralelo

Ellas recibieron a los sobrevivientes del Crucero General Belgrano, entre otros, acompañándolos hasta su alta. Muchas tenían en promedio diecinueve años. Algunas 15 y 16.

En Comodoro Rivadavia, las enfermeras de la función pública provincial que se desempeñaban atendiendo los heridos derivados del hospital móvil de la IX Brigada aérea, a su Hospital Regional, que fueron mas de 400, tienen alguna mención especial y una placa en el Hospital, las recuerda.

Es importante conocer lo que dice la ley Argentina, respecto de los veteranos, y poder comprender con claridad, según el territorio en el que estuvieron, cual es su condición actual.

La legislación argentina llama “Veterano de Malvinas” a todo personal de oficiales, suboficiales, y soldados de las Fuerzas Armadas y de Seguridad que hayan participado en las acciones bélicas llevadas a cabo en las jurisdicciones del TOM, Teatro de Operación Malvinas, y el TOAS, Teatro de Operaciones del Atlántico Sur, y civiles que se encontraran cumpliendo funciones de servicio y o apoyo en donde se desarrollaron las acciones.

TOM vigencia desde el 2 de abril de 1982, hasta el 7 de abril del mismo año. Jurisdicción: Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur

TOAS vigencia desde el 2 de abril de 1982 hasta el 14 de Junio del mismo año. Jurisdicción: Plataforma Continental, Islas Malvinas, Georgias, Sandwich del Sur y el espacio aéreo y submarino correspondiente.

En todos los casos el Ministerio de Defensa de la Nación, es el organismo encargado de certificar la condición de Veterano de Guerra, a través de los Comandos de las respectivas Fuerzas Armadas y de Seguridad.

Cabe aclarar, que el personal que solo permaneció en el territorio continental durante la guerra de 1982, que no estuvo ni en el TOM ni en el TOAS, para la legislación no es veterano, aunque haya sido movilizado y o convocado al Sur del Paralelo 42.

Los movilizados, continentales, siguen una lucha que no acaba, por ser considerados para una pensión de guerra.

El doctor Eduardo Gerding, es un medico Naval, fundador del Grupo Malvinas Nottingham, este grupo vincula hombres de ambos países protagonistas de la Guerra De Malvinas, y tiene como objetivo comprender lo que ocurrió durante el conflicto, no solo desde el punto de vista bélico, sino como instrumento para la recuperación de muchos de los que sufrieron estrés post-traumático. Se trata de un grupo que trabaja en la reconciliación de dar apoyo, trabajando con grandeza, buscando y difundiendo avances sobre las afecciones y luchar en conjunto para detener las lamentables cifras de suicidios de los ex combatientes.

Gracias al doctor, conocemos a las mujeres que siendo aun unas niñas, habían configurado uno de los buques hospitales argentinos, y a otra mujer, enfermera civil, embarcada en el buque Mercante Formosa, Doris West.

Varios barcos Mercantes Argentinos participaron en operaciones de la guerra. Los cargueros ELMA Rio de La Plata, Almirante Stewart, Glaciar Perito Moreno, Glaciar Ameghino, y Rio de La Plata, navegaron cerca de la isla Ascensión, donde se había reunido la flota inglesa antes de emprender su viaje al Atlántico Sur, realizando avistajes e informando sobre el movimiento de las tropas.

El transporte de carga a las Islas Malvinas, estuvo a cargo, entre otros, del "ELMA Formosa"

El Formosa logro romper en dos oportunidades, el bloqueo naval establecido por el Reino Unido a las Islas. Estuvo hasta el 1 de mayo en las proximidades de Puerto Argentino, de donde debió zarpar debido al peligro de los bombardeos.

A bordo del Formosa y como enfermera profesional se encontraba Doris West, única mujer de la tripulación.

Sus ojos transmiten una enorme paz, su voz clara, evoca aquellos recuerdos con emoción. Doris transmitía seguridad, firmeza, desde un rostro de infinita dulzura.

Doris hizo la escuela de enfermería en el Hospital Británico de Buenos Aires, de donde egreso en 1958. Comenzó a trabajar en ELMA, Empresa Líneas Marítimas del Estado en 1978.

Piensa en la guerra, y su rostro aun en esos momentos transmite serenidad.

“Veníamos de un viaje desde el Golfo de Méjico, y al llegar al puerto de Buenos Aires, nos enteramos que habían invadido las islas. Estábamos en guerra. Cargaron el barco, subieron militares con pertrechos y zarpamos con rumbo desconocido, hasta llegar a Puerto Quilla, en Santa Cruz, a las 7 de la tarde del 2 de abril. En ningún momento sentí deseos de abandonar el barco, lo hubiese vivido como una traición. Llegue a la zona de Malvinas el 24 de abril y estuve hasta el 1 de mayo. En Puerto Argentino, los aviones ingleses ya habían empezado a bombardear.

Esa tarde del primero de mayo, estaba en la enfermería preparando vacunas y medicamentos, cuando escucho, primero el sonido de un avión que volaba a baja altura, y luego un estruendo de hierros abriéndose en la cubierta del barco, y ruido de

ametralladoras. Una bomba MK 82 había caído en la bodega, pero por suerte no había detonado.

Fue un error, el atacante era un avión argentino, un A4B Skyhawk, de la Fuerza Aérea. Los hombres de la tripulación estaban lívidos. Recién un año después de que la guerra terminara supimos que había sido fuego amigo”.

Como si el fuego de la guerra pudiese ser amigo, era fuego y las víctimas no se distinguían de las demás.

Doris recuerda uno de los heridos que atendió, un chico de La Plata, llamado Gustavo Polo, “me pidió que llamara a su mamá y a su novia y les diera un mensaje de su parte, después de un tiempo lo vi, y supe que se había casado con esa novia”

Doris. Tan aplomada, tan valiente en su relato, ojala a sus ochenta y cuatro años de por seguro el enorme reconocimiento de su tarea. Siendo civil, nadie hubiese cuestionado que no viaje a las islas, pero ella no lo tuvo como opción, era miembro de la tripulación del Formosa, y con ellos partió sin saber lo que encontraría, estuvo a punto de no volver si la bomba estallaba. Pero volvió y aun hoy da testimonio de sus vivencias.

El Doctor Gerding, recuerda a Florence, la dama de la lámpara, aquella que iluminó las amargas noches de la Guerra de Crimea, llevando luz a los heridos, y había sido él quien trabajó desde sus publicaciones en la web, para hacer visibles a todas las enfermeras. Él, un forjador de paz, sabía de sus dolores, de sus abandonos, de sus recelos provocados por el olvido. El trabajo del Doctor en su blog pretendía ser un

tributo a todas las mujeres que portan, como Florence, la lámpara de la compasión, por el mundo.

El buque hospital argentino Bahía Paraíso fue el primero en ser requisado como tal, y luego de que se informara, según las normas de la Convención de Ginebra de 1949, debía ser preparado a tal efecto. La Armada Argentina, tuvo enorme dificultades para lograrlo, ya que no poseía experiencia en el área.

La imprevisión, de una guerra que al parecer no solo fue inesperada, al menos en la reacción del Reino Unido, no solo para la gente común, sino para algunos estamentos de las propias fuerzas armadas.

El transporte polar Bahía Paraíso cumplió dos funciones esenciales en la guerra, ser buque hospital, y apoyo logístico, había participado en la Operación Rosario el 2 de abril. La tripulación había recibido con alegría la recuperación de las islas, pero después de perder uno de los helicópteros y que murieran sus pilotos, tomaron cabal conciencia de lo que era la guerra que los esperaba.

Recuerdan ese episodio como una marca permanente en sus vidas, junto a otros dos, las noticias de la visita del Papa Juan Pablo II, de tan solo 31 horas, y la capitulación.

Al momento de ser convertido en hospital, era el buque más nuevo que poseía la Armada Nacional. Sus tripulantes tuvieron que ser instruidos en sanidad militar de combate, practicando durante todo el trayecto a la zona de operaciones, para poder cumplir cada rol con la mayor velocidad posible.

Un veterano, recuerda aquellos días a bordo y brinda detalles de las rutinas en el mar, El veterano de guerra y actual capitán de navío contador Fernando Santos, oriundo de Santa María (Catamarca), era guardiamarina por ese entonces y formaba parte del departamento de Abastecimiento en donde, entre otras ocupaciones, tenía a cargo la provisión de víveres, limpieza y materiales.

“Teníamos que estar alistados y atender a todo el personal embarcado, también realizaba guardias en cubiertas bajas y era habitual officiar de señalero en la cubierta de vuelo”, relató. Para él, el "Bahía Paraíso" es sinónimo de hogar y familia: fue su primer destino y el que le dejó una marca a fuego en los comienzos de su profesión naval.

Después de sus primeras intervenciones, el “Bahía Paraíso” quedó configurado como buque hospital. “Fue el primero en constituirse como tal. Se lo adaptó y simultáneamente se conformó el Departamento de Sanidad en Combate. Tuvimos que aprender cómo recibir a los heridos y ofrecimos toda nuestra voluntad y capacidad”, comentó Santos.

En total el equipo de sanidad en combate estuvo integrado por 28 médicos y 58 suboficiales entre instrumentadores y enfermeros, completando la nueva función con instrucción a la tripulación para optimizar la asistencia.

Al buque se le pintaron 6 cruces rojas, se desalojaron camarotes para convertirlos en salas de recuperación de traumatología, se constituyó una nueva sala de quirófano y en la enfermería se organizó la sala de terapia intensiva.

Asimismo, se modificaron dos paños como sala de internación intermedia y una de las bodegas se acondicionó como sala de recuperación de heridos leves; en paralelo se adjudicó al buque la función de apoyo logístico y para ello se cargó a tope otra bodega con provisiones calculadas para satisfacer las necesidades de 10.000 hombres en el terreno para 30 días.

“Cuando zarpamos empezamos con los procedimientos de sanidad en combate para instruir a la dotación del buque no médico para cubrir roles en el menor tiempo posible; parte de los cuales eran recuperación de heridos desde helicópteros o buques”, afirmó el capitán Santos.

En la tripulación del Bahía Paraíso, no había mujeres, pero sus huellas estaban en lo que fue su preparación y configuración.

Una de ellas destacaba por su corta edad al momento de cumplir con esa misión. Y como ella, había otras más.

Patricia Lorenzini es una mujer rubia, con unos ojos profundos, que se llenan de un brillo extraño cuando le piden que le hable de la guerra.

Es una mujer sencilla, agradecida de que se recupere su historia y la de sus pequeñas compañeras.

A Patricia, y a sus camaradas las habían reconocido por primera vez un 7 de marzo, 32 años después de la guerra. Evaluar cada uno de estos reconocimientos, para estas mujeres generosas y valientes, no llegaban tarde, solo al fin llegaban, “como un mimo al alma” a decir de Patricia.

Le gustaba que la llamaran Pato, nació en la ciudad de la Plata y se incorporó a la Armada como aspirante cuando tenía solo quince años, su familia lo vio como una gran oportunidad, ya que eran muchos hermanos y no podrían pagarle una carrera.

Ingresó el 8 de febrero de 1981, por lo que al momento del conflicto en 1982, tenía tan solo 16 años.

Todas las enfermeras y aspirantes de enfermería que estuvieron involucradas en la preparación del buque Bahía Paraíso, también asistieron a los heridos que venían del frente, y fueron quienes acompañaron hasta su alta a todos los sobrevivientes del crucero General Belgrano.

Desempeñaron tanto la tarea previa, como la posterior, en Puerto Belgrano. La Armada Argentina contaba entonces con dos cursos, el curso de aspirantes, que se componía de tres niveles, y en 1981 se abrió un curso no tradicional que incorporaba mujeres de quinto año de secundario, que tuvieran experiencia en enfermería en el ámbito civil.

Cuando el Bahía Paraíso fue requisado como buque Hospital, las cabos fueron alojadas en él, para la configuración y a las aspirantes les asignaron la tarea de preparar las cajas con insumos que llevarían en el hospital, y alcanzarlas al buque.

Fueron horas de mucho trabajo, sin descanso, sin saber muy bien a tan corta edad, que era lo que estaba pasando, mucho menos lo que estaba por suceder. Lo que vendría después.

Pato, habla con calidez, de manera sencilla, recuerda en sentimientos aquellos días y a su mente vienen palabras contundentes, dolor, angustia, impotencia, rabia, soledad.

Lo que más la marco, y la hace sentir una verdadera participante del conflicto, es la colaboración con sus pares, la disciplina que desplegaron juntas a la hora del trabajo sin descanso.

A su corta edad, le tocó estar en contacto con los heridos que volvían, no la dejaban intervenir por eso en casos graves, pero improvisó y desarrolló el don que todas las mujeres poseen y se sintió, hermana, psicóloga, amiga, de todos aquellos que llegaban tatuados por la guerra, en el cuerpo y en el alma. Lo más duro fue recibir a los sobrevivientes del hundimiento del Belgrano. No alcanzaban las herramientas con que se contaban para la contención. La tragedia superaba cualquier protocolo de sanidad.

Con cada palabra para reconstruir su historia, sus ojos volvían a ser los de aquella niña sensible, vulnerable, pero que apeló a toda su fortaleza para contener a sus heridos.

Muchos eran conocidos, que vivían en la misma base, con los que antes de la guerra compartían risas, los mismos lugares, la cantina, la iglesia. Tanto más duro hizo este vínculo previo, atenderlos como a hermanos cuando regresaron heridos.

Como tantas otras que vuelven al lugar del dolor, los ojos de Pato se humedecen con la llegada de los recuerdos. Y llora con desconuelo, y se repone a medias, al mencionar a los que no volvieron.

Fue el Bahía Paraíso, apenas zarpado como buque Hospital, el primero en ser requerido para asistir a los sobrevivientes del Crucero General Belgrano.

Respecto de los heridos, comparado con otros testimonios, las reacciones son similares, es que la guerra causa diferentes heridas físicas, pero las almas se lastiman para siempre en el mismo lugar.

Esa chiquita de dieciséis, que podría haber estado disfrutando su adolescencia entre sueños y enamoramientos, paso los días de la guerra y los posteriores en un lugar de adultos, actuando como adulta.

Los heridos, refiere Pato, “lloraban, tenían el alma totalmente destrozada. Lo impresión más precisa que recuerda, es que algunos pedían morir”, y como dijo otra enfermera, inglesa, ellas debían hacer pactos con ellos, mostrarles que el camino sería mejor, para que depusieran su actitud de no querer seguir viviendo.

Aquellos días fueron agotadores por la falta de descanso, angustiantes porque sus familias no recibían noticias de ellas, pero si sabían por lo que estaban pasando. En Puerto Belgrano también había simulacros que la llenaban de terror.

A pesar de su experiencia, en una edad en que se empieza a asomar a la vida, Pato dice que volvería a vivir todo aquello.

Ella repite, que “solo un 7 de marzo, 32 años después de aquellos días negros, se empezó a dar visibilidad a nuestra tarea”, aunque reclama, de manera tímida, casi como un ruego, que es necesaria la difusión. Porque eso implica que los que vienen puedan aprender, aunque desea que ojala, a nadie más le toque pasar por eso.

El Consejo Provincial de la Mujer, de la Provincia de Buenos Aires, por medio de la Ministra Cristina Álvarez Rodríguez, designó "Forjadoras de la Paz" a todas las mujeres que trabajaron durante la Guerra de Malvinas en la Base Naval de Puerto Belgrano.

La ministra fundamentó "estas mujeres, que dieron todo de sí en la asistencia a los soldados heridos durante la guerra, no han sido mencionadas en el relato de la historia de Malvinas" y subrayó que "por eso es importante que, en la víspera de cumplirse un nuevo aniversario del desembarco argentino en las islas, destaquemos su trabajo y su entrega".

Claudia Pato Lorenzini, Nancy Stancato, María Graciela Trinchin, María Alejandra Rossini, Nancy Castro, Liliana Castro y Cristina Battistela, -en su mayoría oriundas de la provincia de Buenos Aires- eran estudiantes de enfermería con 15, 16 y 17 años de edad en la época en la que prestaron servicio.

En Casa de Gobierno Bonaerense, donde se realizó el encuentro, la Ministra expresó además que "por su ejemplo, su experiencia y su gran compromiso social, ustedes son un orgullo para nuestra Provincia" y las convocó a "ser multiplicadoras de un mensaje esperanzador y promover la paz".

La distinción "Forjador de Paz" es una iniciativa del ministerio de Gobierno Bonaerense, y forma parte del programa "Gestión de Paz-Cultura de Paz", a partir del cual se destaca a personas que, por sus valores, ejemplo de vida y trayectoria, transformaron su vida y la de los demás.

Era sin duda un gran comienzo, no habían sido otra cosa que forjadoras de paz.

La Cruz Roja Internacional, determino una zona conocida como Santuario de la Cruz Roja, o Red Cross Box, la caja. Era un lugar que las coordenadas determinaban, fuera de la zona de exclusión, un lugar neutral donde atender a los heridos, del país que fueran. Un lugar virtual donde los buques hospitales pasaban la noche, donde ningún argentino, ni ningún ingles podía atacar.

Los miembros de Cruz Roja Internacional, coinciden en afirmar que ambos países cumplieron las normas de asistencia humanitaria establecidas por la convención de Ginebra, atendiendo y asistiendo a las víctimas.

El otro buque que se requiso para Hospital, fue Almirante Irizar, el rompehielos que se encuentra hoy en obras de reparación por un grave incendio sufrido en la noche del 11 de marzo de 2007.

Había sido construido en Finlandia en 1977 y fue entregado a la Argentina en 1978. Desde entonces participo año tras año, en el abastecimiento de las bases Antárticas Argentinas.

Por aquellos días, el 3 de junio de 1982 y ante el desarrollo nefasto de la guerra, se informo a las autoridades que el Q5, Almirante Irizar, se requisaba para buque Hospital

Se lo preparo en tiempo record en Puerto Belgrano y zarpo hacia la zona de conflicto como Hospital flotante.

Treinta y dos años después, en un auditorio colmado de militares, médicos, enfermeros, y veteranos, hablarían del Irizar, entre ellos, dos mujeres.

El ambiente era de emoción, abrazos, reencuentros, era ese, un ámbito donde muchas diferencias se habían superado.

Las exposiciones, se hacían en carne viva, todos los convocados para contar sus historias, transmitían una marca indeleble de la guerra. Pero el mensaje era claro, para los más jóvenes, ojala nunca les toque pasar por esa experiencia..

Hablo un sargento del Ejército, pertenecía al grupo que creía que la guerra era el único camino. El sargento había sido herido en combate, intervenido quirúrgicamente en Malvinas, en una precariedad sanitaria espantosa, creyó que moriría. Fue trasladado al Irizar, luego a Comodoro Rivadavia y cada alto en el camino lo ponía al borde de la muerte. Recobro la conciencia luego de la rendición, y lloro amargamente.

Recuerda el amor con que fue tratado por la cadena de mujeres que lo fueron recibiendo y ayudando en su recuperación, las del barco, las del Hospital Regional de Comodoro y las que finalmente los recibieron en el militar de Buenos Aires. Entre todas, conformaron una red que lo contuvo y lo sostuvo para volver a vivir.

Y con una de ellas, se reencontró en esas jornadas, en un abrazo eterno, profundo, hermanados por los hechos del pasado, que los siguieron todas sus vidas, hasta ponerlos allí, frente a frente, como si el tiempo no hubiese existido.

Se fueron presentando, entre aplausos y viva la patria, combatientes que habían sido concriptos durante el conflicto.

Y llegaba el turno de las dos mujeres, poco conocidas hasta ese momento por muchos de los asistentes, las veían a diario trabajar aun, como dos compañeras mas, sin saber que habían estado allí, donde fue la guerra.

Primero fue el turno de Susana, una mujer que parecía endeble, pero en cuanto empezó a hablar dio cuenta de una enorme fortaleza. Relato su trabajo durante el conflicto con austeridad, uso palabras justas, medidas, se refirió sobre todo a aspectos técnicos, que tenían que ver con la sanidad.

Su imagen era la de una mujer seria, muy rubia, muy delgada, la mirada se dirigía a todo el auditorio con seguridad.

Despertaba admiración en los rostros de los jóvenes médicos y enfermeros que la escuchaban, tan profesional, tan entregada, su sola presencia imponía una rara mezcla de autoridad y paz. Sus movimientos eran suaves, su voz firme.

Al concluir le cedió la palabra a Silvia Barrera. De aspecto alegre, pequeña, de cabello muy corto. Transmitía de entrada, que, a pesar de lo que iba a contar, nunca la abandono la alegría.

Todos atendían en silencio, un señor que hablo de pronto “estas chicas las tuve yo en el Irizar”, esas palabras estaban llenas de orgullo, y conto, a los que lo rodeaban, que él era el jefe de operaciones del buque, que había sido destinado ahí en diciembre de 1981, sorpresivamente, e intuía el porqué, la Junta Militar planeaba la guerra.

Siguieron escuchando a Silvia. Sus palabras eran acompañadas por una serie de fotografías, que ella misma señaló, fueron tomadas con su primera pocket, adquirida con su primer salario.

Las guardaba celosamente, ordenadas, porque pudo salvarlas de que se las quitaran, escondiéndolas en la ropa.

Las fotografías hablaban por sí mismas, unas tomadas antes de embarcar, otras en el buque, en la cubierta.

Hablo de su experiencia, de cómo fue ella una de las que atendió al sargento allí presente, su voz cambiaba, variaba su tono, hasta que rompió en llanto, en la pantalla, una imagen tomada desde el buque, mostraba los bombardeos sobre Puerto Argentino.

Silvia trabajaba como enfermera instrumentista quirúrgica en el Hospital Militar Central, tenía apenas 22 años en 1982. El 8 de junio las reunieron en el hospital y les informaron que necesitaban instrumentadoras quirúrgicas, voluntarias, para viajar a Malvinas. Se ofrecieron 20. Cuando les dijeron “hay que salir mañana”, solo quedaron cinco. Silvia por entonces tenía el pelo muy largo, y un novio militar que por entonces no tomaba a bien que una mujer fuera a la guerra. Ella pensó “hombres hay muchos, guerra una sola”, dijo adiós al novio, y se fue a una peluquería, se cortó el pelo muy corto, porque supuso que con el viento y el trabajo en Malvinas sería un problema.

No dudo un instante, al día siguiente, volaba rumbo al sur, donde sería, junto a sus compañeras, embarcada. Tomaron un vuelo de Aerolíneas Argentinas a Comodoro Rivadavia, y desde allí, fueron trasladadas de noche en un helicóptero.

Llego al Irizar el 10 de Junio. Una antigua creencia del mundo de los marinos afirma que los curas y las mujeres a bordo, son de mala suerte. Esto, sumado a que los militares no estaban acostumbrados a trabajar con mujeres, genero una escena en la que se sintieron extrañas.

Era de noche, cuando las dejaron en el buque, había estrellas, hacia frio, pero el destello de los bombardeos en Puerto Argentino, hacían que el paisaje del cielo se pierda

La tripulación no las esperaba, las llevaron al buque en helicóptero, y tuvieron que buscar un camarote para las seis, que no estaban previstas.

La adrenalina que provocaban los bombardeos, el temor, el mal de mar, la atención de heridos, hizo que los diez días que estuvo embarcada, no durmiera ni una noche, las afecto el mal del mar, por lo que solo comían pan. Cuenta que desde aquellos días, nunca más volvió a dormir bien, era una de sus secuelas de la guerra.

Silvia cumplía sus funciones en el área de terapia intensiva, la tarea se hacía difícil, a veces los vientos soplaban a más de 100 km por hora. A los heridos no los podían bajar en helicóptero y tenían que trasladarlos en un barquito pesquero, operación difícil porque el viento golpeaba un barco con el otro, lo que hacia la maniobra peligrosa.

En el quirófano, a veces se tenían que atar a la camilla, para trabajar seguros, el movimiento del barco era infernal.

Hablaban por radio con su familia, solo para contarles que estaban bien, porque las comunicaciones podían ser interceptadas.

Las historias que los heridos les contaban, no eran de lo sufrido en la guerra, les contaban sobre sus vidas previas, sus familias, no querían contar demasiado de lo sucedido en Malvinas.

Pero si hablaban del frío, de la lluvia y la nieve, lo demás eran historias duras, que se guardaban para ellos.

La noche del 13 de junio les prestaron un visor nocturno, ellas vieron la típica postal de Puerto Argentino, las casitas, las montañas, y soldados argentinos bajando sobre las laderas en medio de los bombardeos. No entendían la imagen, hasta que les explicaron que era la retirada.

Estuvieron diez días a 7 km del archipiélago, fueron muy intensos, y parecieron meses y grabaron en la memoria de Silvia recuerdos que perduraron toda su vida.

La peor noticia que recibió, recuerda, en medio de tanto trabajo humanitario, sin descanso, fue la firma de la capitulación. Hasta los que estaban ahí, en la zona, pensaban que la guerra la estaban ganando.

Como muchos, durante años Silvia no quiso dar reportajes ni hablar, sentía que la guerra se asociaba a la dictadura militar, hasta que se animo, sosteniendo un argu-

mento irrefutable, ella fue voluntariamente, porque para ella Malvinas fue un hecho patriótico.

Emociono a todo el auditorio, cuando agradeció a sus colegas que le permitieran hablar por primera vez en un ámbito militar de su experiencia, y habían pasado 32 años.

Silvia hoy sigue trabajando en el Hospital Militar, su imagen irradia alegría, brindaba la certeza, de que esa mujer dio luz en medio de las noches oscuras de la guerra, salvo vidas, acompañó con palabras, ánimo con miradas, y siguió dando ejemplo de dar vida hasta hoy, que pudo convertir la horrorosa experiencia de la guerra en un mensaje de fe.

Sus compañeras en el buque hospital fueron imprescindibles para Silvia son veteranas de guerra todas las embarcadas en el Irizar, porque estuvieron en la zona que determina el Ministerio de Defensa.

Cuando termino la jornada, Silvia, demostró ser una mujer encantadora, dulce, amable, sincera. Lucia orgullosa su brevet de veterana. En privado, conto una pequeña historia, que evidencia el enorme desconocimiento de su heroica tarea.

Un Jefe de Estado Mayor del Ejército, en ocasión de un acto, creyó que ella usaba el brevet de Malvinas porque era fan de la causa. Mierda.

Del otro lado, otras, una de ellas, referida por un miembro de una agrupación que se dedica a preservar la memoria de la historia del SS Uganda

Una mujer, que representaba la imagen dulce de las abuelas que se ven en las latas de galletas inglesas. Un rostro amable, pleno, unos ojos intensos, como el mar que había surcado por aquel 1982. Era fácil imaginarla joven, rubia y bella.

Se llama Nicci Pugh y fue la jefa de enfermeras del SS Uganda durante la guerra, otras 39 mujeres la acompañaban a bordo.

Nicci, hablaba con solvencia de docente, un inglés casi académico envolvía sus suaves movimientos, las manos sobre su regazo, denotaban la compostura absoluta, tipita británica.

En su departamento de Carnon Downs, deja de lado su formalidad y habla más relajada de los tiempos a bordo, de su vida como enfermera. Sus recuerdos son lejanos, pero no tanto como para contener las lágrimas.

La memoria emocional, cuando se habla de la guerra, es incontenible, de tal magnitud su huella en todas las personas, que aflora siempre.

Nicci era, en 1982, cuando se supo en el Reino Unido, que los argentinos llegaron el 2 de abril a las Islas, un oficial Superior de la Royal Navy, que servía en el Servicio de Enfermería Reina Alexandra.

En su libro "Nave Blanca, Cruces Rojas", relata el trabajo de la enfermería a bordo del SS Uganda durante la Guerra de Malvinas, apoyándose en historias humanas, experiencias emocionales únicas, vividas por ella y sus 39 subalternas, en contacto con los heridos.

Se había criado en una granja familiar en la zona rural, y se formó como enfermera en el Royal Devon, y el Exeter Hospital, en 1974 fue destinada a Cornwall como enfermera de quirófano.

Para 1980, había tomado una comisión de cinco años como enfermera Naval, estaba trabajando en Hampshire, en el hospital de la Royal Navy, cuando estalló la guerra.

Supo enseguida que se requeriría un buque hospital, pero no estaba aun decidido cual, por lo que le dieron una licencia y aprovechó para ir a visitar a su madre viuda.

Nicci, nunca pensó que le tocaría vivir lo que vivió, una verdadera guerra, en su mente daba vueltas la idea que solo sería un ejercicio militar complejo de alto rendimiento.

Cuando la megafonía del Royal Navy los llamó a todos a presentarse, una sensación de incertidumbre la embargó. Nicci conformaría la primera fuerza anfibia desde la Segunda Guerra Mundial.

Las situaciones críticas, ponen a prueba a las personas, y en todos los casos, las mujeres tuvieron las mismas sensaciones, y mostraron la misma fortaleza. El temor a lo desconocido, tanto para las argentinas que se embarcaban, como para las inglesas, se plasma en todas sus declaraciones.

A la hora de los héroes, no hay banderas, se es héroe porque el temor a morir hace que se arriesgue la vida, se cumplen órdenes, se siguen mandatos, pero siempre es la propia vida la que reacciona al peligro.

Todas estas mujeres, sin experiencia previa, hicieron lo que las circunstancias determinaron. Las inglesas contaban con el peso de la historia en otras guerras, aunque en la propia situación de estar frente a un conflicto armado, de nada vale esa historia.

Las enfermeras argentinas, más confundidas, más temerosas, pero igual de valientes. Argentina era la primera vez en su historia que requisaba buques hospitales.

Igualadas en el temor, dieron de sí la luz, la vida, acompañaron las muertes y lloraron a solas, para no desanimar a sus compañeras.

Azotadas por un mar azul, helado, violento, con olas de hasta diez metros, tuvieron los mismos malos presentimientos, por ellas y por sus camaradas. También por los hombres, los combatientes, que eran la razón de su estancia en el fin del mundo.

Nicci recuerda que, una vez seleccionados los equipos, todo era formación, requerimientos de insumos, un ir y venir con medicamentos, vendas, agujas. Tan atareada estaba que su preocupación cedió por unos días.

Estaba en la Isla Ascensión, y todo debía ser enviado desde el Reino Unido, por lo que corrían contra los plazos.

Mientras tanto un barco fue requisado a toda prisa, de la compañía de cruceros P&O. Sus pasajeros, adolescentes de un crucero educativo, desembarcaron en Ná-

poles, donde los equipos de montadores se pusieron a trabajar para convertirlo en operacional, con tres quirófanos, varias salas de alta complejidad e instalaciones medicas.

Nicci, la primera vez que vio el buque, las aéreas de quirófanos y salas pensó que se parecían mas a unos garajes abandonados que a los espacios clínicos limpios en que los transformaron con apremio.

Mientras se dirigían con el buque a la isla Ascensión, la idea que prevalecía aun a bordo, era la de una “guerra falsa”, que se resolvería diplomáticamente, antes de llegar a destino. Un destino que les sabia lejano y extraño.

Esa idea se extendía en la tripulación incluso cuando se ubicaron el 29 de abril en la zona de exclusión impuesta por los británicos.

Todo eso cambio el 2 de mayo, cuando se produjo el hundimiento del crucero argentino General Belgrano, fuera de la zona de exclusión, torpedeado por el submarino nuclear HMS Conqueror. También el ataque al HMS Sheffield, que fue golpeado por torpedos Exocet.

Fue entonces cuando la tripulación del SS Uganda, comprendió que no era ese un ejercicio de alta potencia, sino una guerra.

Paradójicamente, los primeros heridos que asistió el SS Uganda, fueron argentinos. Víctimas del hundimiento de un pesquero. Allí radica la tarea humanitaria que estipula la Convención de Ginebra.

Inmediatamente los heridos graves del Shiffield fueron llevados a bordo, Nicci describe la escena, conmovida. Hubo un cambio notable en la atmosfera del buque, todo se volvió sombrío, aunque la sensación de alivio llego tan pronto comprobaron que eran capaces de que toda la atención funcionaba sin fallas.

Los equipos médicos, normalmente montados en ruedas, tuvieron que ser adaptados para evitar las sacudidas del movimiento del barco.

Los días que siguieron a esos primeros heridos graves, fueron llegando más, con heridas leves, y quemaduras graves.

Después de los heridos y muertos en el mar, llegaron los de la guerra terrestre, con mortero, metralla y lesiones de arma de fuego.

Tuvieron más de cien pacientes con quemaduras, algunas en la cabeza, pie de trinchera e hipotermia.

Hace un alto en su relato, toma un vaso de agua y dice resuelta “atendimos mas de cien pacientes argentinos”

No hubo cambio en Nicci, con la misma emoción se refirió a los pacientes argentinos, en ningún momento hablaba de ellos como enemigos, eran pacientes. Y ellas enfermeras. La luz que impartía, la atención dispensada, eran absolutamente humanas. Recuerda que todos los pacientes que llegaban a ella y sus compañeras, estaban gravemente heridos, eran almas que sufrían, por igual, jamás pensó que eran argentinos, con naturalidad, recibieron la misma asistencia, con la misma excelencia, hasta que los intercambiaban en la Box Red Cross.

Los sentimientos personales son superados por el profesionalismo, por la necesidad apremiante que el otro requiere en atención.

Los médicos de guerra, en los buques hospitales, en los puestos sanitarios, en el campo de combate, avocados a la emergencia, a salvar, han sido muchas veces asistidos por mujeres, que contaron con esas herramientas únicas, que hacen más ligera la tragedia, porque consolaron.

Junto a Nicci había enfermeras de 20 y 21 años, a las que también ella debió contener y alentar en los momentos más duros. Ella sintió todo el tiempo a bordo, que debía ser fuerte para ellas, apuntalarlas cuando sus fuerzas flaqueaban. Eran su responsabilidad.

Tuvieron momentos muy tristes, trataban todo el espectro de las heridas de guerra en primera mano. Pasadas varias semanas, los heridos se iban recuperando, y tomando conciencia de que deberían superar enormes dificultades a largo plazo, lograr que lleguen a un acuerdo con ellos mismos para recuperarse de heridas permanentes. Nicci y sus enfermeras, recibieron más de 40 heridos que volvían a casa como amputados. Hablaban con ellos y comprendieron que lo peor que debían enfrentar aun no había llegado.

Durante las noches, la tristeza se centraba en alcanzar los apósitos para las curaciones de los quemados y ayudar con la atención de esos pacientes, era desgarrador. El dolor humano en carne viva y sin importar el idioma en el que pedían que hicieran cesar el dolor.

Entre esos heridos quemados, tuvieron a bordo del SS Uganda a Simon Weston. Cuya historia sería conocida en todo el Reino Unido. Un retrato al óleo suyo, se expuso en la National Portrait Gallery de Londres, junto a los de Shakespeare, Newton, Dickens, Darwin, Churchill. Él es entre ellos, el Hombre Anónimo. Llegó allí por una votación popular organizada por BBC en 2013, donde se debía elegir al personaje favorito que pasaría a formar parte de la muestra.

Simon fue elegido por el público entre una docena de hombres y mujeres que hicieron aportes al mundo del espectáculo, la ciencia, y la sociedad, entre otros. Simon fue puesto en ese listado por su lucha contra el infortunio. Un hombre anónimo, héroe británico de la Guerra de Malvinas.

Simon fue uno de los pocos sobrevivientes del bombardeo al buque Sir Galahad. Cinco días antes del cese de hostilidades, West, se encontraba a bordo del buque cuando fue bombardeado por aviones cazas argentinos.

Las bombas impactaron en el buque cargado de munición y combustible, que rápidamente se convirtió en un infierno. Murieron 22 marinos.

Simon llegó al SS Uganda con la totalidad de su cuerpo quemado, con pocas posibilidades de sobrevivir, sus gritos, hacían flaquear la voluntad de los más fuertes. Lo curaban, le hablaban pero nada hacía mitigar su calvario. Los diarios de Londres lo describieron como una bola humana de carne quemada.

El 9 de junio, sus gritos de dolor seguían en un hospital de Londres, donde lo único que se veía del soldado eran sus ojos asustados entre los vendajes.

Debió ser sometido a 70 operaciones, luego de la última, con sus manos vendadas, decidió que seguiría adelante y daría ejemplo de lucha.

Esa lucha, había comenzado muchos meses antes, cuando entre gritos de dolor, pacto con el personal de sanidad del SS Uganda, seguir vivo. Durante 20 años trabajo con paciencia por forjarse una nueva vida en su nueva piel injertada, se caso y tuvo tres hijos y es abuelo.

Dedico toda esa nueva vida a honrarla. Por eso fue elegido.

Nicci lo recuerda con orgullo, no había mucho para pactar con él, pero el tiempo le demostró que no fue en vano.

Se acuerda con emoción de todas esas noches a bordo, se le humedecen los ojos, que seca con un pañuelo de papel.

Muchos de sus heridos, terminaron cuidados en manos de organizaciones benéficas, como el S.A.M.A, Asociación de la medalla del Atlántico Sur, o la Asociación de combatientes del Servicio Británico.

El buque Polar Bahía Paraíso, naufrago en la Antártida en 1989, el 26 de enero, en Puerto Arturo, cerca de la Isla de Amberes. Llevaba 382 tripulantes y 89 turistas que lo abandonaron en balsas salvavidas, dirigiéndose a la estación estadounidense Palmer, se atribuye que haya encallado a las malas condiciones de navegación. Realizando un servicio contratado por personal de National Geographic, junto con el se perdieron dos helicópteros AS-61D "Sea King"

El Rompehielos Almirante Irizar, cumplió después de la guerra y hasta 2007, cuando el 10 de abril alrededor de las 19 horas se declaró un incendio en los generadores, permanece en reparaciones hasta hoy.

El buque hospital Inglés, SS Uganda, estuvo hasta su baja comandado por experimentados marinos, escoceses, ingleses, cumpliendo servicios como crucero y también prestando ayuda humanitaria.

En julio de 1986 fue trasladado por el personal de su última dotación, a una acería, para que sea vendido.

Acabo sus días navegando con bandera de Taiwán.

Al partir rumbo al nuevo destino, pequeñas embarcaciones lo acompañaron unos kilómetros y cuentan sus tripulantes, que un helicóptero del Servicio Real, le dio al Uganda un beso de despedida, posándose por un momento en su helipuerto, recuerdo de la Guerra de Malvinas.

La última noche, antes de ser entregado, su tripulación, en un rito de despedida por los servicios prestados durante tantos años, detuvieron sus generadores por última vez, lo anclaron con ocho cadenas y comenzaron el cierre. La maravillosa sirena de tres tonos del buque, se negó a pronunciar nada más que un vapor muy húmedo, como si el barco hubiera sido embargado por la emoción.

Sus últimos tripulantes, cuentan con nostalgia, como se retiraron en lanchas una vez apagados los motores, en la última vista que tuvieron de él, una bandera roja ya ondeaba en su mástil mayor.

Las enfermeras del SS Uganda, como las del Almirante Irizar, se toparon con la cruda consecuencia de la guerra. Nicci escribió su gran libro, Silvia Barrera, hizo de su triste experiencia un canto a la esperanza.

Pasada la guerra, ninguna sabia de la existencia de las otras.

De ambos testimonios, nace un sueño, con un encuentro, donde estas dos grandes mujeres, en representación de muchas otras, se dan un abrazo.

Patricia Lorenzini



Nicci Pugh



Buque Hospital Almirante Irizar.



COMODORO RIVADAVIA

Quien no nació en la Patagonia, jamás asimilara como propios su clima hostil, su bravura, su aspereza, que la hace única.

A quien llega de otra provincia, le resulta difícil y extraña. Las distancias de las grandes ciudades del norte, hacen que el forastero se sienta solo, atrapado, desarraigado. Se hacen grandes esfuerzos para no llorar, a la orilla del mar. El habitante de la Patagonia que no nació allí, se nota en la calle. Salta a la vista de los nacidos y criados, como los lugareños se llaman a si mismos, con orgullo de pertenencia.

Aterrizar por primera vez en Comodoro, es un paseo en montaña rusa, para el que no se sacaba ticket. El avión al llegar se adentraba mucho espacio en el mar, y desde allí vuelve, apuntando al aeropuerto, en un sinfín de pozos de aire y sacudidas de viento, que en el inconsciente acabarían, solo cuando se estrellara.

Era un recién llegado, aquel al que, parado en la escalerilla del avión, cuando aún no había manga en el aeropuerto, el viento despiadado le arranco el sweater que llevaba en los hombros, lo hizo volar y perderse en la mata más allá de la pista.

Comodoro es eso, donde el frío corta la cara, pero donde dentro del hogar la tibieza es infinita.

Otro recién llegado, salió a la calle un día de llovizna, una vaporización de agua fina, que se metía en todos los rincones, que generaba un barro verde producto del color de la tierra arcillosa del Cerro Chenque. En un ridículo deja vou, vestido de blanco, y con un paraguas, cruza la avenida Irigoyen. Cuando llego a destino, su ropa salpicada de verde, el paraguas torcido de tantas veces que el viento lo dio vueltas, le indicó que debía cambiar de hábitos en ciertos días. Aprender a no ser un forastero eterno.

Lo indicaban los arboles, pero el mensaje se descifra mucho después, torcidos todos hacia el mar, producto de crecer con un viento constante del oeste, azotando sus copas y sus troncos. Eso era la Patagonia, así era el clima en esa ciudad. Los indicadores estaban hasta en algunas esquinas, donde había unas agarraderas, tipo pasamanos, donde seguramente la gente se aferraba para avanzar en contra del viento. Mierda.

El recién llegado a Comodoro, era invadido por el clima, y también por un sentimiento nuevo, que se atribuye a la patria, y que se sentía en la ciudad a diario. No en una fecha o en otra, sino todos los días.

.Las banderas argentinas aparecían en los balcones y ventanas varios días antes de cada fecha, no solo para los partidos de futbol

El clima seguía sorprendiendo al que llegaba, provocando el eco de un fantasma horrible en el techo de una casa. Aunque era la rama inofensiva de un árbol, que azotaba con saña, avisando, que esa, era la ciudad del viento.

En las tardes de nostalgia infinita, por los padres, por las ciudades natales, ir a mirar el mar, en la avenida Ducos, era un consuelo que daba mucha paz. Algunos lloraban mucho rato, y cuando se reponían, respiraban ese aire cargado de sal que hacía revivir o morir. Y al cruzar la calle, una mata redonda como las que se ven en las películas del lejano oeste pasaba rodando en medio de un pequeño torbellino de polvo y se rompía la magia del consuelo.

Todo esto que le pasa a la gente que llega a vivir a la Patagonia, es el desarraigo. Y genera en las personas inquietudes, que no las dejan nunca. No hacía falta permanecer doce años, el desarraigo podía afectar también para toda la vida, a quien paso 74 días en una trinchera de turba.

El desarraigo disocia, porque todo lo que tenía que ver con la esencia de ser, eran los pueblos natales, pero en Comodoro Rivadavia estaba la esencia de Patria. Esa que genera un vínculo único entre las personas, el país y la tierra.

Comodoro Rivadavia es una ciudad donde se encuentra gente de todo el país, que siempre está de paso, y se piensa ir, aunque haga 40 años que vive allí. Es muy común escucharlos decir “cuando yo me vaya” o cuando “yo me vuelva a mi casa” y nunca lo hacen.

Una foto vieja, tomada con una cámara de las que los hijos ya no conocen, esas que se llevaban a revelar, llegó, apareció de pronto, escaneada, de la mano de Susana Matías, nacida y criada en Comodoro, testigo y participe de la guerra.

Tres jovencitas sonrientes, alrededor de una cama de hospital. La ropa que llevaban era la de la época de los 80, una campera azul inflada, un sweater marrón, una bu-

fanda escocesa, y una carpeta forrada con papel araña rojo. El frío se transmitía en sus prendas. En la cama, un joven soldado, también sonreía, como si la guerra le hubiese pasado a otro. Sus piernas en alto en un arnés. La frazada que lo cubría, era una de las tantas que una explosión de solidaridad hizo llegar al hospital.

La expresión del soldado, las caritas de las jóvenes, eran el corte congelado de un instante de realidad, con un pasado certero de guerra, y un futuro incierto. Anónimos, todos, compartían un momento de inmensa compasión, de risas provocadas por la mutua compañía. Los ojos del soldado, de profundo agradecimiento. Es que esas tres chicas lo devolvían todos los días, a su vida. Quien sabe de qué lugar del país era. Pero en todos hay risas, música, charlas y ahí volvía, olvidando el camino amargo que llevo a esa cama.

La ciudad cabecera del Teatro de Operaciones, ubicada en la Provincia del Chubut, está emplazada en la costa, mirando el mar. Ciudad del viento, del petróleo y la guerra.

Una historia vincula la foto y la ciudad, los días del conflicto, cuando todo cambio, sin que los argentinos que vivían por encima del paralelo, 42 cayeran en la cuenta. Esforzase por saber que hacían por aquellos días, no era fácil. El recuerdo devuelve lo que le paso a la mayoría, odio la guerra, y seguir con la vida.

La Patagonia argentina es rustica, dura, espinosa para los que no son nativos, la sensación de soledad permanente ahonda el desarraigo que produce. El desierto, la mata y el océano. Lo más cercano hacia el norte esta a trescientos setenta kilóme-

tros y hacia el sur, unos ochenta. Se vive con la sensación de estar atrapado entre el desierto, el viento y el mar.

Ese mar, cuya visión, salva de la locura a quienes no son locales. En Comodoro Rivadavia el verano es una pequeña primavera, y todo lo demás es invierno, con días muy cortos y noches eternas.

El habitante de la ciudad es rudo, como ensimismado, poco dado, y la historia de la guerra lo vio abrirse en participación y solidaridad, con todos aquellos que llegaron del norte.

Los barrios de la ciudad tienen nombres de kilómetros, emplazados a los largo de la ruta, aunque se llamen de alguna manera, siguen en el inconsciente colectivo siendo el km 8, el 3 o el 5.

También hay otros, de los que trasciende como nombre, la cantidad de viviendas que los componen, las mil ocho, las trescientas trece. Puro localismo, tan propio, tan característico.

Comodoro Rivadavia es hoy la sede de producción y administración de la riqueza petrolera del Golfo San Jorge. Pero en los ochenta, era otra cosa.

La ruta Nacional numero tres atraviesa el centro de la ciudad y serpentea el mar. Un camino tantas veces recorrido, por sus habitantes, el monumento a los caídos, la Plaza San Martin, el tribunal, la escuela numero Uno Patagonia Argentina, el Hospital Regional. La Escuela de Arte, que en 1982 era un terreno vacio, que fue helipuerto para aerotransportar los heridos que ingresaban.

La Ciudad creció , más de lo imaginable, luego de los noventa, su largo caserío se fue extendiendo hacia el sur, hasta donde la geografía lo permitió, subió a los cerros de las mesetas y para el norte llegó en barrios, mas allá del kilómetro 21.

Es Comodoro Rivadavia la ciudad más poblada de la Patagonia Argentina. Fundada en 1901, buscando agua se encontró petróleo en 1907, exactamente el 13 de diciembre.

Su población, conformada por inmigrantes de las más diversas procedencias, y habitantes locales le dan características particularísimas. Evolucionó desde aquella primera perforación casual hasta convertirse en la Capital Nacional del Petróleo. Fue Capital de la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia hasta su provincialización. Y aunque no es capital, es la que aporta en habitantes, producción y regalías a Chubut.

El ritmo de la vida cotidiana era el típico del Sur, noches que se extienden hasta media mañana en invierno, días eternos en verano. Ciudad campamento, que nunca perdió esa esencia hasta muy entrado su desarrollo.

Y así, de pronto, sin anuncio y de sorpresa, una ciudad de armoniosa tranquilidad, se convirtió en centro de operaciones de una guerra absurda, que por absurda fue improvisada y dejó envueltos a los argentinos, en una oscura sombra de desencuentro.

La foto, de Susana, del soldado agradecido con las tres jóvenes, sería la que comienza a reconstruir la historia. Difícil, pero aquel manto de susurros sobre la guerra, se fue desarmando y aparecieron voces, dispuestas a rescatar y a colocar a las mujeres en el lugar que ocuparon entonces.

El tiempo transcurrido desde la guerra no mitiga el dolor, cada recuerdo se mezcla con aquella euforia inicial y la frustración final. Un pueblo noble y manso, de una ciudad laboriosa, con hombres sacrificados en los pozos y mujeres solas en la ciudad, fueron el marco de las demostraciones más sinceras de solidaridad y humanismo. En el lugar continental donde la guerra fue, como no lo fue más al norte del paralelo 42.

La pérdida de libertad viene con la guerra, ya pesaba desde el 76, y se agravó. La ciudadanía del norte del país no sintió el agravante. Pero las ciudades de la costa patagónica, sometidas a oscurecimientos, amenazadas de bombardeos, tránsito de tropas, aviones y heridos, sintieron en carne propia esa pérdida de libertad. Alguien escribió "en toda guerra, la primera baja es la verdad" y la libertad también.

La ciudad de Comodoro Rivadavia se convirtió en cabecera del Teatro de Operaciones y fue enlace logístico con las Islas.

Tenían asiento en la ciudad, la IX Brigada Aérea, el Grupo II de Comunicaciones, La Cabecera de la Región Aérea Sur, pertenecientes a la Fuerza Aérea. A su vez, se encuentra una unidad del Ejército Argentino, una base Naval pequeña, Prefectura y Gendarmería Nacional.

Los comodorenses aquel 2 de abril, comenzaron a vivir en una ciudad militarizada por completo. Y sus vidas, en esos días, giraron en todo, en torno a la guerra. La rutina seguía a la fuerza, integrada a una nueva, la rutina de la guerra-

Vieron con asombro como llegaban tropas de las ciudades del resto del país, esperando su traslado a las islas, aviones, helicópteros, periodistas importantes que solo

habían visto en los canales de televisión de la Capital. Algunas vecinas recuerdan a Daniel Mendoza, transmitiendo para Buenos Aires desde la Plaza San Martín.

El Colegio Perito Moreno era por aquellos años, el punto emblemático de la juventud local. De gran prestigio educativo, chicos y chicas de todos los barrios de la ciudad asistían a clases allí. Un símbolo de virtud escolar. Ir al Perito era pertenecer. Los jóvenes nunca saben muy bien a qué, pero la pertenencia es parte fundamental en un adolescente, y el Perito se las daba.

Ubicado frente a la Plaza San Martín, inaugurado por la década del 50 como Colegio Nacional Perito Moreno, sobre la calle Moreno, entre 25 de Mayo y Mitre. Una construcción casi monumental para la época, destacaba en la ciudad. Su contra frente mira hacia el mar.

Desde las aulas del primer y segundo piso, se podían ver las olas, las imponentes marejadas. Algo que le fascinaba, a cualquiera que observara, los movimientos del mar ejercían sobre las personas un encantamiento único. Muchas veces fue víctima del mar, que en sus embates llenaba sus subsuelos de agua. En algunas marejadas históricas, se encontraron algas, peces y estrellas de mar, cuando bajaba.

La foto del soldado y las tres jóvenes, seguía queriendo decir cosas. Susana Matías, tenía la llave para abrir esa puerta.

Susana, nunca había hablado de la guerra más que al pasar, tenía muchos amigos que no eran locales, pero ese era un tema que la ciudad no tocaba, o lo hacía solo en algún homenaje. El ciudadano común, había cerrado el capítulo. Solo hablaban

con aquellos que se interesaban en el tema, tal vez cansados de que sus historias fueran poco interesantes, o de que no les creyeran.

Las historias se presentan cuando ellas quieren, es en vano buscarlas, solo aparecen en las vidas cuando están preparadas para salir a la luz.

Susana cursaba su quinto año en el Colegio Nacional Perito Moreno de Comodoro Rivadavia, en 1982. Y mientras otras chicas de su edad en las ciudades del norte seguían con su vida normal, siempre gris, pero sin variar sus actividades, Susana, vivió su propia guerra.

A las seis y media de la mañana de ese 2 de abril, se fue, como todos los días a la parada del colectivo, vivía con su familia en el Barrio Kilometro Ocho.

Ya en la parada se encontró con sus compañeros, aquellos que todos los días se esperaban y llegaban juntos a la escuela.

Fue allí donde se enteraron que Argentina, había recuperado las Islas Malvinas. Primero se quedaron mudos, como sin entender, tratando de recordar la historia, la geografía.

Llegaron al Colegio en silencio, todo era rumor en el salón de actos donde formaban a diario, antes de entrar a clases.

La directora estaba parada frente al micrófono con cara de desconcierto, como explicar a todos esos jóvenes que amanecían en guerra, como hacer que el día siguiera la rutina. El rumor se había transformado ya en charla a viva voz, preguntaban, se miraban, algunos gritaban "viva", otros los acompañaban, pocos permanecían en si-

lencio, muchos, temían por sus padres que eran militares, porque en la ciudad vivan muchos de ellos. Fueron llegando los profesores, y junto a la dirección decidieron liberar a los alumnos, para que pudieran ir al edificio de la Municipalidad, hacia donde se estaban yendo todos. Iban a cantar, lo único que podían cantar ese día, el Himno Nacional y la Marcha de Malvinas.

Susana vivió ese día, y los que siguieron, con una sensación extraña. Como todos en la ciudad. Con el pasar de las semanas, Comodoro se fue volviendo más verde, y más gris, sus habitantes empezaban a comprender que la guerra, que sería en el mar, también los pondría en riesgo a ellos.

Los soldados de las provincias del norte, llegaban, llenaban espacios, el gimnasio del colegio de Susana se convirtió en un improvisado dormitorio, y tuvieron que tener sus clases de educación física en la plaza, donde ya estaban apostados los canales de televisión nacional.

Otros soldados eran alojados en el Comando de ejército en Rivadavia, entre las calles Mitre y Belgrano.

Una red de mujeres comenzó a asomar, organizando, preparando, previniendo. Lo mismo pasaba en las islas, pero en ese momento, en el continente nadie pensaba en ellos. En ese momento eran el enemigo. No tenían nombre, por la cabeza de nadie se cruzó una imagen de una mujer o un niño isleño. Era lógico, todos estaban ocupados en su propia guerra.

Pero a la par que Susana y sus compañeras comenzaban a organizarse, en torno a otras mujeres que instruían, también mas allá del mar, ocurría lo mismo. Son las mu-

jeros las que construyen puentes de protección y contención, mientras los hombres levantan barreras, cavan refugios, los hacen con turba, o combaten.

Susana, mientras iba a clases, ya tomaba lecciones de primeros auxilios, asistía a la organización de los primeros esquemas de la defensa civil de la ciudad.

Había toque de queda, por lo que los civiles no podían circular después de las doce de la noche, a la población se le ocultaban los movimientos de tropas que embarcaban desde la ciudad hacia las islas, y las que iban llegando en su lugar, estos movimientos se hacían durante los toques de queda.

Las noticias, no siempre ciertas, pero si siempre alarmantes, hablaban de posibles amenazas a las ciudades costeras. Comodoro Rivadavia era el centro del Teatro de Operaciones, por lo tanto, Susana y sus vecinos, comenzaron con los preparativos de protección.

Miguel Fiordelli Chiacchiarini, un joven vecino de la ciudad, recuerda aquellos días con detalle, como fueron organizando la defensa de los barrios, como tomaban clases de primeros auxilios, de traslado de heridos, su papa fue designado jefe de zona en la organización de los operativos de la defensa de la ciudad, y el, Miguel, jefe de área. Susana en su barrio, era jefa de manzana y debía asegurarse que todos los vecinos tuvieran un botiquín de primeros auxilios en cada casa.

Cuando se ordenaban los oscurecimientos, las personas designadas en estos puestos se comunicaban entre sí, para garantizar los resultados, y que todos los vecinos bajo su responsabilidad, cumplieran al pie de la letra las instrucciones.

Para mediados de abril, comenzaron los simulacros y los oscurecimientos totales en la ciudad. Para evitar que los aviones enemigos, ante un posible ataque, tuvieran blancos civiles a la vista. "Si quieren venir que vengan, les daremos batalla", dijo aquel general, y estaban viniendo.

A la larga noche Patagónica, se sumo la oscuridad total de estos operativos, en sus ciudades costeras.

Las historia son coincidentes, todos tomaron conciencia del riesgo que corrían y cumplían las reglas a rajatabla.

Los soldados conscriptos que se alcanzaban a ver por la ciudad, esperando ser movilizados a las islas, eran de todas las provincias, la gente sentía un irremediable deseo de acompañarlos, las mujeres tejieron abrigos, y se los dieron, con la idea de mitigar en algo, la soledad y el clima que los esperaba. Les alcanzaban comida, dulces y cartas de aliento.

Los papas de Miguel, tenían un negocio mayorista de almacén y artículos de limpieza. Un día se presento un militar de alto rango, con grandes listas de cosas que necesitaban. Al día siguiente cinco camiones del ejército cargaron todo lo que figuraba en los remitos firmados por el militar, y más, porque el papa de Miguel, entrego todo, para que a esos soldados no les falte comida. Un año después recibió el pago por la mercadería.

Miguel, aun hoy se reprocha haber creído que ganarían la guerra. Tuvo oportunidad de presenciar las conferencias de prensa que daban los generales, y los vio tan con-

vencidos de la victoria, como no colaborar, aportar, aunque en eso se fuera la estabilidad familiar. Era por la patria.

La historia que cuenta Miguel, lo llena de tristeza. Trabajo en el centro de clasificación donde llegaban las donaciones para los soldados, vio y clasifiqué todo lo que se donó, luego supo que poco llegó, porque hubo inescrupulosos que hicieron negocio con la desgracia.

A Susana le tocó ver, más adelante, como llegaron los soldados heridos, quemados por el frío, a los hospitales de la ciudad y se preguntó por todas las medias y los abrigos que Miguel o su propia hermana habían clasificado.

Miguel recuerda la cantidad de botas inservibles que seleccionó, y cuantos pies congelados volvieron. Siente culpa por haberse salvado del servicio militar, y trabajó denodadamente en Comodoro para compensar algo, que no era necesario, pero que él sentía así.

En ese momento no supieron lo importante de lo que hacían. Hoy muchos veteranos recuerdan a esos voluntarios y voluntarias como anclas de salvación.

Bastaba hablar con muchos de estos héroes y heroínas anónimas, algunos por primera vez en sus vidas volvían a esa época evocando los recuerdos. Los mecanismos de defensa de la razón y la necesidad de sanar los habían hecho permanecer en silencio.

El arribo de los primeras secuelas de la guerra, cruel, dolorosa, sangrienta, llegó como un cachetazo que los dejó respirando dolor y muerte. Incredulos, como si hu-

biesen creído que la guerra, que según los diarios, estaban ganando, no traería dolor.

Tal vez un sentimiento infantil, ingenuo, que hacia impensado que llegara el verdadero combate, hizo que el golpe fuera duro como si alguien les hubiese gritado “esto es una guerra de verdad”

La mayoría de los argentinos, como les paso a los ingleses, y a los isleños, habían creído que alguien pararía esto. Era un pensamiento lógico, lo que no era lógico era el empecinamiento del gobierno. Y ahí estaba la trampa.

Susana asistió a acompañar heridos, cada día que duro la contienda, y mientras estuvieron en la ciudad, junto a otras chicas, como las de la foto. El hospital militar fue testigo de los silencios, las compañías y los juegos de todas ellas, que no hicieron más que de puente entre la guerra y la vida. Nada más y nada menos.

Los primeros días de Mayo, ya había heridos y muertos, la ciudad se daba cuenta de que la verdadera épica de la guerra, era el dolor. Y la conciencia del peligro se hacía concreta.

Los simulacros de evacuación a los refugios preestablecidos cobraban sentido. Tantas veces repetidos en la escuela de Susana. Cuando sonaban aquellos tres timbres, indicando la alerta, todos corrían a protegerse al gimnasio. Nunca supieron si eran reales o no, cuando la flota Inglesa estaba en el Atlántico Sur.

La imagen recurrente, el sentimiento repetido, común, a tantos, fue el temor. Hoy a más de treinta años Susana piensa en ese momento y a la mente le viene la imagen

del refugio. De rodillas, en el piso, con la cabeza hacia adelante, cubriéndosela con las manos.

Las evacuaciones a los refugios duraban minutos, hubo al menos dos amenazas de bombardeos reales a la ciudad, eso lo supieron después.

La guerra altera vidas, quita libertad, y en el caso de esta, esas consecuencias fueron zonificadas, porque nunca se supo en las ciudades del norte, como la vivían los patagónicos.

Corresponde aclarar que mientras todo esto comenzaba a suceder en Comodoro Rivadavia, en Rio Gallegos, y en otras ciudades costeras, en las islas, las bombas ya pasaban rozando cabezas.

Los acontecimientos ocurren simultáneos, fue, como dijo un especialista, una guerra breve, y sucedían a la vez hechos en cada escenario. Y es este un patrón que se repite, a los largo de los días del combate.

Mientras en Comodoro Rivadavia entrenaban para protegerse de un posible ataque, en las islas las casas se disfrazaban de refugios protegidos por turba. Como la casa de Verónica, bombardeada cuando aun los comodorenses temían a un posible misil.

Los simulacros de oscurecimiento, comenzaron por orden militar el 7 de abril de 1982, y la respuesta de la comunidad fue contundente. Ese primer episodio duro diez minutos, y fue una prueba de la reacción y el grado de compromiso de todos los habitantes de la ciudad.

Frente al comando del Ejército, en pleno centro de la ciudad, funciona un jardín de Infantes, muy tradicional, conocido como El Trencito, por un tren de chapa que tiene en su patio de juegos, las mamás que recuerdan llevar a sus niños por esos días, hacen referencia al movimiento inusual de vehículos y militares. La ciudad, tuvo continuidad en su propia rutina y le sumó la rutina de la guerra.

Incluso el Liceo Militar General Roca, albergó a mediados de abril, 7 prisioneros ingleses, que estaban allí esperando su traslado a Buenos Aires. Quien hace referencia a este hecho, es Sergio, un personal civil de maestría, que envuelto aun en el temor de aquella orden vieja, de hace 32 años, prefiere mantenerse anónimo. No se podía hablar de eso.

Y la rutina seguía, mientras las voces interiores, igual que aquellas de los isleños, gritaban que tenían miedo.

El aeropuerto de la ciudad, emplazado en una unidad militar, vio alterados sus movimientos en los vuelos comerciales. Ningún pasajero podía entrar acompañado y los que viajaban eran custodiados por la policía militar de entonces.

La edición del 21 de abril del diario Crónica, señala que el movimiento de camiones trasladando pertrechos y tropa desde el aeropuerto a la ciudad, llegó a entorpecer el tránsito urbano habitual.

En este marco las tareas de Susana y Miguel, encajaban en la convocatoria del 2 de abril, a una Junta De Defensa Civil, por decreto ley 6250/58 con el objetivo de la defensa antiaérea pasiva territorial. Cualquiera que hubiera tenido cabal conciencia de

lo que eso significaba, debió estar muerto de miedo. Porque significaba que algo podía venir del aire y detonar allí, en el corazón de la ciudad. Mierda

El decreto ley consideraba la tarea de los ciudadanos como carga pública, que sumado al temor, dio como resultado operativos de oscurecimiento perfectos hasta el día de la capitulación.

Los medios locales informaban las pautas necesarias para oscurecer casas, comercios, y fábricas, así como también la manera en que debían circular los automóviles. Y además explicaban y preparaban por si ocurría una alerta roja, que significaba inminencia de peligro. Dicha alarma era anunciada por sirenas, alarmas por radio y las señales de televisión durante unos minutos estipulados. Al finalizar el peligro, se volvía a hacer sonar las sirenas para indicarlo, de la misma manera.

Mientras duraba el alerta, lo indicado era buscar refugio en un lugar seguro, cortar el suministro eléctrico y de gas.

Para lo cual, los ciudadanos acopiaban fósforos, velas y víveres, por si debían permanecer más de la cuenta.

Un importante empresario cuenta “ yo viole todas las contravenciones en le alerta roja, mis hijos se habían ido a la confitería del Hotel Austral, y cuando llego el alerta mi mujer entro en pánico, yo me vine a la confitería, y no había nada, habían evacuado todo y a los chicos los habían metido donde está ahora el pasaje Kazakevich. Estaban todos amontonados, los chicos sabían lo que tenían que hacer, se los enseñaban en la escuela. Y mi hijo más chico que estaba en casa, cerró la llave del gas y agarro a la mascota. Había una enorme concientización de lo que pasaba”

Los medios locales de la época, hablan de noches más largas y de mucha incertidumbre. Al caer la tarde, en Comodoro Rivadavia durante los meses de otoño e invierno, los días son muy cortos, promediando las dieciocho horas, todo es oscuridad, todas las luces de la ciudad están prendidas. Salir a esa hora a hacer cualquier trámite, es hacerlo en medio de la noche.

Cuando se ordenaron los oscurecimientos, había mucho para hacer. El municipio cortaba el alumbrado urbano, los edificios públicos quedaban a oscuras y las casas particulares debían ocluir todos los lugares por donde, desde los interiores, se pudiera filtrar la luz, hacia el exterior. Se usaban diarios pegados a las ventanas, frazadas, y todo aquello que sirviera para que todo sea oscuridad y dentro, la gente pudiera seguir con sus actividades. Los vehículos que no pudieran evitar transitar por las calles, debían hacerlo con sus luces cubiertas con cintas que las opacaran.

Después de aquella primera orden del 7 abril, todas las noches hasta el 14 de junio, hubo que oscurecer todo, con todo lo que eso implica, explicar a los niños, procurar tranquilidad y tratar de seguir viviendo con algún grado de normalidad. Se oscurecían las escuelas, los hospitales. La oscuridad debía ser total y a veces venían con alertas de bombardeo incluido. Hubo al menos dos reales, y el más concreto se produciría el 22 de Mayo. Los testimonios son coincidentes, en el temor que provocaba esta situación, impensada para los habitantes de otras ciudades del país. Sirenas, oscuridad y miedo, eso era la ciudad de Comodoro Rivadavia en aquellos días, como otras ciudades costeras de la Patagonia, desde Bahía Blanca a Ushuaia.

El resto del país, imaginaba, o ignoraba, pensaba en la guerra como en una película repetida de tarde de domingo.

Una noche, la amenaza de bombardeo al Aeropuerto General Mosconi, fue real y concreta, sonaron las sirenas, y algunos que sintonizaban radio Nacional, supieron que la alerta era roja. Se oscureció todo, los camiones con soldados con las caras pintadas salieron a patrullar las calles, para controlar que el oscurecimiento fuese total. No hay un solo ciudadano, de los que vivieron ese momento, que no recuerde que hacía a esa hora, esa noche, en la que todo fue miedo y espanto.

La gente a la que la alerta la agarró en la calle, fue detenida por los soldados y obligada a buscar refugios, algunos utilizaron zanjas, alcantarillas, pluviales. Imaginable el temor, y los suspiros profundos, ahogados.

El empresario local, cuenta como, antes de correr a la confitería, con su mujer se metieron en unos pozos, que eran para un zanjeo de cableado subterráneo, frente a la seccional tercera de la ciudad. Cuando salieron estaban aterrorizados y llenos de tierra.

En las islas, mujeres, niños y hombres civiles, se ocupaban de las mismas cosas, al mismo tiempo. El miedo, es el primer lugar donde iguala la guerra.

A la vida de Susana por aquellos días, solo se la podía comparar con las de esas isleñas, que también debieron procurarse seguridad, defensa civil y refugio. Temían que si la guerra se prolongaba, se transformara en una lucha presente en la pequeña ciudad de Puerto Argentino para los argentinos, Puerto Stanley para ellas. Los aviones pasaban por sus casas tan rasantes, que a veces podían ver con claridad la cara de los pilotos.

Susana caminaba a oscuras por una ciudad militarizada, los cordones de las veredas se pintaron de blanco para que fueran referencia en la falta de luz, todos los que caminaban antes del toque de queda debían hacerlo cerca del cordón y llevando algo claro bajo uno de los brazos.

Otra voluntaria, Charo Carvalho, recuerda haber pertenecido a un grupo de jóvenes que colaboraban con el jefe de manzana, y pasados 32 años, no volvió a ver a muchas de aquellas personas que por esos días, estaban codo a codo con ella. En Charo el lugar del recuerdo está ocupado por el miedo y el trauma, se aterrorizaba con la idea de que un bombardeo sea real. Era muy chica, y cada uno guarda de esas experiencias lo que puede, lo que las emociones permiten. Siempre le habla a sus alumnos de aquellos días.

Susana asistía al hospital a diario, una gran sala común albergaba a los soldados, dos suboficiales custodiaban que no se hablara de la guerra. Jugaban a las cartas con los que podían, hablaban de música, de cosas de jóvenes. De la vida, de la muerte no, porque estaba prohibido. Susana nunca tuvo la certeza de que esto haya sido para preservarlos o para ocultar situaciones nefastas, producidas más allá de los combates.

Miguel, era el símbolo de aquellos jóvenes que no fueron al frente, pero que se quedaron apoyando con el corazón y el alma, a los que se iban. Y la desilusión posterior, y el dolor de la mentira. Había contado sobre una foto que apareció en los medios gráficos de Buenos Aires, se veía a un soldado argentino sosteniendo en brazos a un niño inglés muy rubio, el pie de foto decía que era en Malvinas. Miguel

reconoció el lugar y supo inmediatamente que había sido tomada en Comodoro Rivadavia y que el niño no era inglés. La foto quería demostrar libertad.

La paradoja de un gobierno ilegal, que ofrecía libertad a los isleños, cuando en el continente lo que menos brindaban, era esa libertad.

A pesar de eso, no dejó de colaborar en todo lo que pudo, no era ese el momento de pedir explicaciones, mientras otros caían en el frente de batalla. Él veía a esas mujeres anónimas, modificar sus rutinas para ayudar.

El Hospital Regional De Comodoro Rivadavia, ubicado en la Avenida Irigoyen, fue centro de derivaciones de heridos de guerra, apenas pasado el primero de Mayo. Si algún inconsciente individual o colectivo de la ciudad, albergaba la idea de que la guerra no era eso, se desintegró en pedazos en cuanto llegaron. Rodeados de secreto, control y silencio, como si los gritos desgarradores del alma no pudieran traspasar las paredes de las salas de internados.

El hospital se convirtió en militar, adecuándose rápidamente para la atención de heridos en combate.

Tan pronto como el 3 de abril se entregaron credenciales a todo su personal y se los obligó a portar el documento nacional de identidad. También se les entregó un adhesivo para poner en los parabrisas de los vehículos autorizados a ingresar al hospital.

Un comité de emergencia decidió la evacuación de los internos a clínicas privadas, para disponer así de todas las camas que fueran posibles. Se desmanteló la sala de partos y se convirtió en quirófano.

El 7 de abril se instruyeron turnos y guardias pasivas a las unidades de enfermería del centro quirúrgico y de esterilización. Ocho días después, se declaró la alerta y se establecieron listas de trabajo.

El 17 de abril se instalaron luces automáticas en los tres quirófanos, que se accionaban ante los cortes de luz, durante los oscurecimientos, se decidió dejar las sabanas negras en las ventanas desde las seis de la tarde.

La supervisora de enfermería de aquellas épocas, Elsa Lofrano, tiene recuerdos claros, y referencias duras respecto de la muerte. Ellos estaban acostumbrados a manejar a diario con ella, pero esto era diferente. Por lo general se atendían heridos de arma blanca, accidentados, pero lo que les tocó ver, superaba toda la rutina.

Las salas del hospital estaban clasificadas en A (heridos leves), B (mediana gravedad), C (graves), Q (quemados), I (irrecuperables), S (emergencias psiquiátricas)

Elsa recuerda con profundo dolor, como se fueron poblando cada una de las salas. Inclusive se colocaron camas en la capilla, donde lo único que no desalojaron fue el altar. Días inolvidables por tristes, por ajetreados.

Después de la capitulación, el Buque Hospital Irizar ancló frente a las costas de la ciudad, y un helicóptero que aterrizaba donde se encuentra hoy la Escuela de Arte,

evacuó 300 heridos al Regional. Elsa hace un alto en su relato, respira, se seca los ojos.

Los soldados habían pasado hambre y frío, lloraban, llamaban a sus madres, pedían comida.

El pueblo entero de la ciudad acercaba a diario, pan amasado en las casas particulares y en las panaderías, facturas y biscochos. La conmoción se manifestó en solidaridad ante lo que ocurría en los muros adentro del hospital, y mantuvo a la población movilizada hasta que el último herido se fue de la ciudad.

Elsa recuerda que algunos soldados escondían el pan debajo de la almohada, y cuando les arreglaban las camas, se los guardaban en los pijamas, el miedo a volver a tener hambre. Ella lo vio a diario.

Tuvieron que darles de comer de a poco, porque temían que se descompensaran. Cuando se fueron reponiendo, y ante la sobrepoblación del hospital, fueron dando de alta a los jóvenes y algunos fueron alojados en casas particulares de algunas enfermeras. Una vez más, fueron junto a toda la ciudad, sostén de almas en carne viva.

La enfermera tiene las imágenes del 82, grabadas en su memoria, en total se registraron 495 heridos, 268 de los cuales eran clase 62, cincuenta y cuatro por ciento, noventa y siete, clase 63, veinte por ciento, ochenta y nueve clase 56 a 61, dieciocho por ciento, cuarenta y uno clase 45 a 55, ocho por ciento.

Las cifras son un mensaje en sí mismas. Muchas madres, en ese 1982, obraron por poder de otras, en esos jóvenes.

Elsa sigue aportando cifras, el hospital registró 608 lesiones como pie de trinchera, producto de la humedad y la inmovilidad. Las heridas mas comunes son las que relata la enfermera, y las quemaduras por el frio.

La congelación o quemadura por frío es una lesión en el cuerpo causada por el frío intenso. En la mayoría de los casos, la congelación afecta a la nariz, las orejas, las mejillas, la barbilla o los dedos de las manos y los pies y puede dañar el cuerpo de forma permanente, hasta el punto de que en los casos graves incluso es necesario amputar. Muchos soldados argentinos e ingleses regresaron de la guerra en condición de amputados, en ocasiones por este tipo de lesiones. Las heridas por quemaduras provocadas por el frio, reciben, si son leves tratamientos térmicos, calor, mantas, agua tibia, si son de mayor gravedad por el tiempo de exposición, se tratan como una quemadura provocada por cualquier otro motivo, se limpian y lavan las heridas y se colocan vendas para evitar infecciones.

El pie de trinchera, es un mal que padecen los soldados desde la Primera Guerra Mundial, por ser la guerra de Malvinas, una mezcla de combate tecnológico con lucha de trincheras, fue muy común que los soldados padezcan esta patología. Su nombre procede de aquella época, en que los soldados permanecían meses en trincheras llenas de agua, sin descanso y sometidos a muy bajas temperaturas. También las botas muy apretadas o muy impermeables producen pie de trinchera por la acumulación de sudor. Las extremidades se hinchan, se ponen rojas, se produce pi-

cazón y dolor, y cuando el estado es avanzado, puede requerir amputación, ya que llega a provocar gangrena.

Fue la herida más repetida y común entre los combatientes argentinos apostados más de dos meses en el terreno del otoño e invierno húmedo de las Islas Malvinas. Muchos de ellos con calzado inadecuado, lo que provocó también quemaduras de frío.

El tratamiento que se realizaba a los heridos que llegaban con estas lesiones era mantener secos los pies, colocarlos hacia arriba, por encima del corazón, previo lavado, ya que llegaban muy sucios. Se administraban drogas antiinflamatorias y analgésicos. En casos extremos se debía amputar el pie. Cuando llegaban al hospital, los soldados estaban muy avanzados en el pie de trinchera. Un promedio de 65 días en condiciones adversas por el clima y la inmovilidad, fueron la causa. El 14 % de las bajas argentinas, retirados del campo de combate y derivados al hospital, fueron por esta patología.

Antes que se anclara el Irizar, Buque Hospital Argentino, en la Costa de Comodoro, los heridos llegaban en los Hércules C-130 al Aeropuerto General Mosconi de la ciudad.

Fueron días muy tristes, para todo el personal del hospital, solo sintieron alivio cuando los soldados se fueron de alta, muchos quedaron vinculados con las enfermeras y enfermeros para siempre.

Uno de ellos, compañero de Elsa por aquellos días, cuenta que costó mucho olvidar, los fueron superando como las fases de un gran duelo, tuvieron etapas de angustia, de bronca, y de aceptación.

Junto a las enfermeras profesionales del Hospital Regional, estaban las voluntarias, que dieron origen a un cuerpo de voluntariado que trabaja hasta hoy.

Malena, madre del actual Gobernador de la Provincia de Chubut, Martin Buzzi, era una de ellas en los días de la guerra, pudo volver a hablar de lo que vio y sintió, recién diez años después. Lo hizo con el diario local Crónica, “no todos están preparados para afrontar las atrocidades que se comenten en las guerras, en ningún lugar del mundo.”

Tanto ella como Eva, eran voluntarias, se revelaban ante el hecho de tener que hablar en susurros con los heridos, siempre había un suboficial u oficial subalterno controlando que no hablaran del hambre, o del frío. Se refiere y describe un hospital absolutamente militarizado, incluso se las amenazo con la expulsión si hablaban con los soldados de lo que no debían.

Le hubiera gustado que todos esos jóvenes heridos tuvieran más libertad para hablar, Malena estaba segura que hablar sanaba. Uno de sus hijos, se ocupó de que todos aquellos que no conocían el mar, o solo lo conocieron en las circunstancias del traslado hacia el combate, lo conocieran.

Los acercaba en sus sillas de ruedas a las ventanas y eso les daba mucha paz.

Un veterano, registro un recuerdo que habla a las claras de lo que fue la ciudad en aquellos días. Las enfermeras del hospital hicieron un pedido solidario por radio, necesitaban un televisor para una de las salas, para que los soldados vieran un partido de futbol. En pocas horas, había decenas de personas haciendo cola para entregar su televisor, Solidaridad, era la palabra que vinculaba a ese veterano con Comodoro Rivadavia.

De Felicia Gallardo, habla su hija, Betty, su mama llegaba del hospital agotada, pero cada día se levantaba dos horas antes para amasar pan, que llevaba al hospital. A Felicia, otras madres, le acercaban dulces y pasteles, para que le lleve a los internados. Su hija explota de orgullo cuando habla de ella, la refiere como su heroína anónima. Sabe que en el Hall del Hospital Regional en una placa figura su nombre, y lo vive como un homenaje.

Hubo cientos de voluntarias, en el Hospital Regional, que dejaron todo por ayudar a atender a los soldados, comprometiéndose, invirtiendo horas en recuperar vidas. Cuando los soldados se ponían mejor, estas mujeres llevaban a sus hijos, sus familias en pleno los visitaban, les llevaban comida y paz. Cada una de ellas sabe, es consciente de que apporto vida.

En Comodoro Rivadavia, la guerra duro mucho más que en el norte, que en los diarios, y en el recuerdo.

Con estas historias, se abrió una puerta, de secretos, de vergüenzas que habían dejado de serlo, dando paso a los orgullos de haber estado allí.

Se puede contar la guerra desde la táctica militar, la logística de la defensa, la estrategia del ataque, describir sistemas de armas, flotas y baterías de artillería. Se pueden evaluar las ambiciones de poder y de permanencia en el. Se debe rescatar a las personas que en una guerra trabajan para la paz.

Volver a Comodoro Rivadavia, después de la guerra, y de muchos años, es encontrar a la ciudad diferente, mirar su gente, sus calles, el Colegio de Susana, el Hospital, todo estaba, dibujado con otros trazos, y solo allí se entendían muchas cosas. Tantos susurros pasados cobraban voz, y si el que volvía era un forastero, se reconciliaba con ella.

La foto del soldado en la cama de hospital junto a las tres jóvenes, había trascendido el instante y había podido armar la historia.

Las fotografías de la guerra, fueron durante muchos años un gran misterio. Pocos soldados argentinos tenían cámaras, algún que otro suboficial. Las que se tomaron, o fueron confiscadas durante la rendición, por los soldados ingleses, o quedaron en las islas en los rollos. Las que mostraban a los soldados argentinos en malas condiciones, fueron prohibidas por la dictadura, apareciendo algunas muchos años después.

En el Museo Imperial Británico, se exhiben fotografías inéditas de soldados argentinos, la mayoría después de la capitulación. No se muestran tristes, sino todo lo contrario, hay en sus rostros expresiones de alivio, que se destacan por encima de las demacradas facciones, y risas.

Es en este museo, donde apareció un dibujo a lápiz o carbonilla que poderosamente llama la atención. Representaba una escena de soldados, en un descanso, entre una avanzada y otra. Eran ingleses en Malvinas.

Existían cerca de cuatrocientos dibujos, la autora era una artista británica.

Otra fotografía, apareció para armar la historia, era una imagen diferente, un mujer muy rubia, con un bebe en brazos, ella sonreía franca, con una actitud de alivio pleno dibujada en su rostro, si bien el marco no delineaba el lugar donde había sido tomada, por el pie de foto, era de Agosto de 1982, en Londres.

Jóvenes voluntarias en el Hospital Regional de Comodoro Rivadavia.



LA ARTISTA DE LA GUERRA

Los dibujos de soldados en las islas, sorprenden, y más grande era la sorpresa a medida que surgen las preguntas, o se hojeaban los cientos de libros escritos sobre el conflicto y no hay nada.

Hubo una mujer, la única, que navegó con los ingleses, camino los campos de batalla junto a tres mil soldados, y plasmo en papel y lápiz las imágenes cotidianas de la guerra. Peleo contra el frío que le endurecía los dedos, y contra la humedad, que amenazaba con dañar su trabajo. Y tuvo que tomar decisiones, sobre las escenas que iba a dibujar.

El Museo Imperial Británico, funciona en Londres desde 1920. Fue fundado al finalizar la Primera Guerra Mundial, en el Palacio Cristal de Sydenham Hill. Su ubicación actual, data de 1936, en el antiguo Hospital Psiquiátrico de Bethlem.

Tras el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento del museo fue rápido y se expandió hacia otras sedes ubicadas en Londres.

Una de esas sedes es el buque de guerra HMS Belfast y el Museo Churchill. Las colecciones del museo están compuestas por documentos oficiales, material de video, fotográfico, vehículos militares y aviones.

El objetivo del Museo es entregar una visión global del mundo bélico, pero sobre todo, presta especial atención a las guerras en las que ha participado el Reino Unido.

Recorriéndolo, de lo que se llega a tomar real conciencia es de la magnitud de los efectos de la guerra sobre la población civil.

El subsuelo del museo, expone piezas originales de las dos grandes guerras, y reconstruye algunos escenarios bélicos, en los que se puede experimentar la sensación de estar en la trinchera.

Una pequeña exposición es dedicada a los niños, mostrando el modo de vida, que llegaron a tener y como trataban de evadir la realidad, convirtiendo el terror en juego.

El buque HMS Belfast, botado en 1938, prestó servicios a Gran Bretaña durante 32 años, con participación en la Primera y Segunda Guerra Mundial. Entre 1950 y 1960 el buque fue destinado a cumplir tareas humanitarias. El 1971 comenzó su nueva etapa, como museo flotante, anclado en el río Támesis. Es el único buque superviviente de la Segunda Guerra Mundial, y sus nueve cubiertas se pueden recorrer construyendo recuerdos.

En un esfuerzo por atraer la atención del público, de extraordinarios artistas olvidados, el Museo Imperial de Londres, organiza una amplia exposición sobre el tema de las mujeres como testigos presenciales, participantes, comentaristas, y registradoras encargadas oficialmente de las guerras.

El Museo considera que el papel del artista en la guerra es la respuesta creativa de lo vivido, por militares, civiles, tanto hombres como mujeres.

El primer esquema oficial de artistas de guerra fue creado por el gobierno en 1916, con fines de propaganda y para perpetuar la en la memoria el esfuerzo de la gente que participo en la Primera Guerra Mundial.

Una gran cantidad de artistas fueron nombrados, a estos efectos, aunque solo 4 eran mujeres, de 47 hombres, y de esas 4, a tres se les rechazo su trabajo.

Ya a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, a las mujeres artistas, se les dio más libertad de acción y se creó un comité Asesor de Artistas de Guerra. Participaron más de 400 y 52 de ellos eran mujeres, aunque recibieron menos y más cortas comisiones, salarios más bajos, y menos publicidad.

De aquellas 52 mujeres artistas, solo dos recibieron comisiones en el extranjero, y solo a una se le asigno salario.

No fue sino hasta 1982, cuando Linda Kitson, fue encargada por el Museo Imperial de Guerra, para trabajar en el Conflicto de Malvinas. Fue la primera mujer artista autorizada a acompañar a las tropas que van al combate.

Esta historia, fascina, a quienes desconocen en absoluto que el Reino Unido, tuviera una mujer, dedicada al arte, mezclada entre sus soldados. Un hecho desconocido para muchos, incluso para los veteranos de guerra.

Kitson, nació en 1945, estudio en Saint Martin School of Art y en el Royal College of Art, donde se especializo en ilustración. Sus dibujos aparecieron en "The Times" y así gano su comisión a las Islas Malvinas, convocada por el Comité de Artistas del Museo Imperial Británico.

Linda se convirtió así, en la primera artista oficial femenina, en acompañar las tropas en acción durante la Guerra de 1982. Su intención inicial había sido desembarcar

en la isla Ascensión y capturar allí imágenes para sus trabajos, pero en lugar de eso, se quedó con las fuerzas a lo largo de todo el conflicto.

En Mayo de 1982, navego al Atlántico Sur, junto a tres mil hombres, en el Queen Elizabeth II, y más tarde se transbordo en las Giorgias Del Sur, al SS Camberra, llegando el 3 de Junio al territorio de Malvinas. Siguió a las fuerzas británicas en toda la isla, pero llegando a los lugares de acción dos o tres días después del combate.

Los dibujos, eran precisos, claramente mostraban escenas de la vida a bordo, a lo largo del viaje, y de los soldados en sus altos en la batalla, en sus campamentos, en sus avances. Linda, había tomado una decisión, la de no mostrar horrores del combate.

Durante un periodo de tres meses, hizo más de 400 dibujos. Sus trabajos transfieren lo que fue observando en los dos buques en los que navego, los aterrizajes en Bahía San Carlos, el despliegue de las fuerzas en Goose Green, Fitzroy, Darwin y Port Stanley.

Cuando se produce el alto el fuego, capturo la vida cotidiana de las tropas, mostrando aspectos diferentes del conflicto, pero no dibujo escenas de combate. Por una decisión personal, de aportar a que se conozcan las condiciones de los soldados en la guerra, y no el horror del producto de esta.

Linda debió trabajar con velocidad, sin dejarse afectar por el extremo frio, la humedad, dibujaba de día, y fue su propia decisión no transmitir en su obra imágenes sangrientas de las batallas, que las vio, pero evito. Su finalidad trabajando para el Museo Imperial, no era el sensacionalismo, sino captar lo cotidiano.

Sus dibujos fueron expuestos en el Museo Imperial Británico, en la sede del HMS Belfast, y han atrapado la atención del público, primero por su calidad artística, y luego, porque fue una mujer quien los hizo.

Otra más, descubierta, tras la neblina y cuya importancia radicaba en el mensaje de su obra. Con la sensibilidad propia del género, Linda logro mostrar las condiciones de cualquier soldado, en una misión lejos de casa. Su trabajo no fue proselitista, ni triunfalista, fue simplemente un apunte de la realidad, desde una óptica completamente diferente a la que el mundo está acostumbrado.

En una nota realizada en 2010 por el diario británico "The Thelegraph ", en su sección Britain at War Readers' Memories, Linda cuenta los días de la guerra.

"Tenía 37 años y me contrataron porque hago el dibujo rápido, me resisto a la palabra "bosquejar. Mis dibujos son una reacción a lo que está allí, sin tiempo para el embellecimiento.

Supongo que llamaba un poco la atención, porque me lleve un enorme baúl con más pinturas, tintas y lápices que en algunas ocasiones, se necesitaban hombres para llevarlo, pero creo que los ayude a ellos, porque era menos aburrido que el resto de sus funciones.

También tuve un taburete y una sombrilla de 7 pies. Un sargento me hizo un brazalete de camuflaje donde llevaba los cinco tipos de lápices con los que pude trabajar. El frio y la congelación de mis dedos eran un problema. Fue muy duro el frio, yo usaba cinco capas de ropa.

Me las arreglé para realizar alrededor de 100 dibujos, que envié de vuelta en el Queen Elizabeth 2, pero me preocupaban, pues eran mis bebés. Llevar el resto de

los dibujos sería una pesadilla, por eso los puse en un tubo con una nota que decía:
" Si me pasa algo enviar estos dibujos al museo imperial.

En Goose Green, tuve que tomar una decisión sobre qué aspectos de la guerra debía grabar. Mi idea era tomar las vistas que podrían ser reconocidas como experiencias comunes. Decidí que la visión horripilante de partes de cuerpos humanos, un casco con una cabeza todavía en ella - pictóricamente sensacional y relevante si fueran - no formaba parte de mi trabajo, tampoco las tumbas de guerra, que fueron grabadas en películas de noticias y en fotografías. Todavía me pregunto sobre esa decisión..."

Se convirtió en la primera artista femenina para acompañar a las tropas al frente e hizo cientos de dibujos a lápiz, sobre la vida de los soldados. Kitson dejó Southampton para Georgia del Sur en mayo junto con 3.000 hombres en el crucero requisado más famoso, el Quenn Elizabeth 2. Conocida por su velocidad, comenzó a dibujar inmediatamente y grabó numerosas escenas de este insólito viaje, incluidos los helicópteros despegando y aterrizando en las plataformas temporales, construidas sobre piscinas de la nave. La última etapa de Georgia del Sur a las Malvinas se hizo a bordo del SS Canberra.

Una vez que habían desembarcado, siguió a un día o dos detrás de los combates, rápidamente dibujaba todo lo que pudo de su avance a través de la tierra. Luchando contra las temperaturas bajo cero y el viento huracanado, su trabajo se centró en la vida en el campamento y las condiciones diarias que enfrentan los soldados, en lugar de los horrores de las guerras.

Las imágenes de la guerra, plasmadas a veces en lienzo, se han presentado desde la Primera Guerra Mundial, en imágenes mórbidas, como escalofriantes relatos de

trinchera. Aquellos artistas han estado en la primera línea de fuego, y vivieron entre las bombas y pasando delante de sus propias vidas.

Lo que no estuvo nunca bien documentado es que las mujeres que trabajan en las zonas de influencia de las guerras, tanto artistas como en otros roles. La respuesta creativa a la destrucción violenta, solo pudo ser plasmada desde la perspectiva masculina, y son esas obras las que han trascendido y tuvieron mayor difusión.

Las mujeres artistas en las guerras, tienen en Europa una larga historia, han puesto una perspectiva diferente, porque han captado impresiones cargadas de características de la propia mirada.

Guerras más contemporáneas, dieron lugar a diferentes obras de arte, los artistas de guerra de hoy son aquellos que captan imágenes que la gente puede ver en las pantallas de la televisión, en las fotografías de los medios gráficos, y han reducido progresivamente el valor de las obras de arte de primera línea. Se orientan más a informar y no a perpetuar las escenas desde una mirada artística. Aunque si hay artistas dedicados a hacer obras con armas en desuso para desmitificar el fetiche que significan, en algunas zonas del mundo de permanente conflicto bélico.

Las mujeres, que han podido, como Linda, ilustrar la guerra, han lanzado una luz fascinante sobre las historias sociales, industriales y personales, de los protagonistas del conflicto. Y aunque la producción gráfica no es tan numerosa como la de las líneas del frente de batalla, tienen un valor incalculable por representar una visión más completa del costo humano de la guerra

Esos dibujos, desconocidos, hechos por la mano temblorosa de una mujer con frío, en un territorio hostil, sorprenden. Poder producir arte en medio del dolor, de las au-

sencias, y que esas obras transmitieran un mensaje más que sobre las guerras, sobre sus consecuencias, hace valorar aun mas la obra.

Otra pequeña artista de la guerra, fue una niña, referencia de una isleña. Su nombre es Lisa.

Lisa Pole-Evans era una niña de ocho años de edad, nacida en Malvinas, cuando comenzó la guerra, vivía en la Isla Saunders, al noroeste de la isla Gran Malvina.

El 2 de abril, los padres de Lisa estaban ausentes, en Puerto Stanley o puerto Argentino según desde donde se hable, dejando a Lisa y sus dos hermanos más pequeños.

Se quedaron con su tío. Lisa estaba preocupada de la invasión argentina y creyó que eso significaba que no volvería a ver a sus padres de nuevo, pero ellos, se las arreglaron para llegar a casa a los pocos días.

El 8 de junio, en el noveno cumpleaños de Lisa, cuatro hombres de la Special Boat Service (SBS) llegaron a su casa. Los hombres habían estado observando el asentamiento durante un par de días para comprobar si había fuerzas argentinas en la zona. Se quedaron hasta mediados de junio.

Lisa Pole-Evans produjo un pequeño ensayo poco después del final de la guerra de las Malvinas, para participar de una competencia, organizada por el Club de Leones de Stanley, en el condado de Durham. El ensayo de Lisa gano el premio y fue expuesto en el Museo Imperial Británico. Era un mensaje sencillo de una niña que te-

mió lo peor durante una guerra breve e inexplicable, contando la experiencia del temor, con soldados en su propia casa.

Los niños, como Lisa, habían temido, como los niños refugiados durante las amenazas de bombardeo en Comodoro Rivadavia, y eso superaba, cualquier escenario.

Dibujo de Lisa.



SARAH Y EL SOLDADO CORDOBES

Para algunos periodistas británicos, especialistas en la guerra, solo dos figuras femeninas dominan la historia del conflicto. Una de ellas es Margaret Thatcher por su resolución en el envío del grupo de trabajo que le recuperó las islas. La otra es Sarah Jones.

Sarah es el símbolo de dignidad en la pérdida, para todo su país. Así la define Elizabeth Grice en su nota para "The Telegraph" del 2 de abril de 2012.

Ella es la viuda del Teniente Coronel Herbert Jones, Comandante del Segundo Batallón del Regimiento de Paracaidistas, muerto a tiros al cargar desesperadamente contra una posición de ametralladora argentina en Goose Green. Por esta acción se le concedió en condición póstuma, la Cruz de la Victoria, máxima condecoración al valor en combate.

Se dice que la acción de Jones, cambió el curso de la batalla, habían tenido ya varias pérdidas en el mar, y su arrojo le dio a las tropas inglesas, un aire de seguridad. Los argentinos comprenderían que estaban frente a un enemigo más preparado de lo que pensaban. Sarah sostiene "si un militar es líder, debe estar donde debe, que es la delantera".

Algunos medios británicos, trataron a Jones como un virtual suicida, hecho que le provocó mucho daño a su familia, y Sarah da a esto una respuesta que más bien, parece argentina " siempre tendremos detractores, es triste que cuando tenemos algo bueno, siempre nos mordisquean en lo positivo." Y agrega "el nunca le pediría a su gente algo que no haría el mismo"

Sir Max Hastings, nació en Londres en 1945, es un reverenciado y controvertido corresponsal de guerra, que cubrió once conflictos bélicos, y entre sus hazañas, está la de entrar el primero, por delante de las propias tropas británicas, en la recuperación de Port Stanley, durante la guerra de Malvinas. Se ha convertido en uno de los más importantes autores de historia militar, ha escrito una docena de libros, entre ellos Armagedón, sobre la derrota de Alemania en la II Guerra Mundial, y Némesis, dedicado a la derrota de Japón. Lo que más impresiona de él es su imponente altura, hace bromas con eso. Vestido impecablemente y con una puntualidad inglesa, se reúne con un periodista, y aparece en el frente del War Museum Londinense, entre dos cañones, como debe ser para él. El hombre de prensa que lo espera, lo observa con asombro.

Es del diario El País, de España, y le hizo la nota en febrero de 2008, en la charla, Hastings, habla de Jones.

El periodista español, Jacinto Antón, para romper el hielo le hace un comentario banal "Debe ser duro ser tan alto en medio de una guerra", a lo que Hastings responde "Bueno, nadie quería estar al lado mío cuando empezaban los tiros"

A pesar de que algunos de sus colegas lo consideran una "víbora, pomposa y egoísta, capaz de arrastrarse por una exclusiva" se muestra amable. En una larguísima entrevista, donde habla sobre sus libros, sus experiencias como corresponsal, el periodista le pregunta por Jones.

"Iba a hablarle de él, le conocí en las Malvinas, poco antes de que lo mataran; estuvimos hablando de historia militar, que le apasionaba. Estaba ansioso por entrar en

acción. Quería ser un héroe. No gustaba a sus hombres, los ponía nerviosos. Tengo una teoría: cuando un hombre gana la Cruz de la Victoria, o la Medalla de Honor del Congreso, después nunca lo ascienden. La idea que subyace es que un hombre capaz de ese valor es demasiado inconsciente para las responsabilidades del mando. Los héroes no son buenos líderes. En la II Guerra Mundial, cuando los británicos promovieron a gente de esa clase fue un desastre. Me temo que los que la gente tiene en general por héroes y valientes son en realidad bastante limitados. Todo ejército necesita un puñado de héroes, pero sólo unos cuantos, los justos para ganar, el resto ha de ser gente normal con ganas de volver a casa.

Un cálculo de héroes. No puedes ganar una batalla sin tener en tu unidad a un número determinado de gente muy valiente. Es una buena cuestión cuántos deben ser. Un coronel estadounidense de la II Guerra Mundial calculó que para tener éxito en un ataque necesitas que un 10% o un 15% de tus hombres vayan contigo, los otros pueden seguirte, temblando, más tarde.”

Para muchos otros ingleses, Jones es un héroe verdadero, controvertido, discutido, pero verdadero.

Sarah, a sus 72 años actuales es, una mujer hermosa, distinguida, atractiva. Practica esquí y ha permanecido soltera desde que su esposo murió. Es práctica y directa. Dedico su vida al compromiso de la atención de las secuelas emocionales de la guerra.

En una nota dada al Daily News en 2007, Sarah da origen a un título conmovedor, “Todavía lloro por mi H” Habían pasado 25 años. Es muy bueno mantener vivo el amor, nunca encontró el hombre que sustituya a H, el era un escritor de cartas proli-

fico. Muy especializado en mantener vivo ese amor. Su imagen no retrocede en la cabeza y el corazón de Sarah, sueña con él siempre.

Preside la Asociación Familias de Malvinas, y se ocupa del mantenimiento en todo el mundo de las tumbas de los soldados desconocidos británicos, como miembro de la Comisión de Tumbas de Guerra de la Commonwealth

Se conoció con Jones cuando estaba en la escuela, ella tenía 17 años. Pasaron media vida joven juntos, y sostiene que sus mayores atributos se los debe a la convivencia con él. Él procedía de una familia adinerada, era un hombre austero pero sofisticado, Sarah recuerda con una sonrisa tierna que lo que más le gustaba a H era comprarle botas y tacones, y ella los llevaba siempre puestos.

Se emociona al recordar cuantos argentinos murieron en la guerra, y la juventud de los soldados es algo que la consterna, “pobrecillos, eran un poco mayores que mis hijos, la mayoría ni sabía a dónde y a que iban, ha sido una experiencia muy amarga para ellos y por eso siempre debemos recordarlos”

Cuando recibió la terrible noticia de la muerte de su marido, simplemente le pareció irreal, aunque desde muchos días antes, ella presentía que no iba a volver. La realidad, le fue cayendo como gotas y cuando estuvo preparada para enfrentarla lo hizo.

Se mostro demasiado fuerte frente a sus dos hijos adolescentes, y se reprocha que eso pudo hacer que ellos se obligaran a ser fuertes también. Jones fue el militar de más alto rango muerto en la guerra.

Cada aniversario de su muerte, se planta un árbol o un arbusto en los jardines de su casa de Gran Wishford, cerca de Salisbury. Algunos de sus cinco nietos, de entre diez y catorce años, están ahí para ayudar cada año. Están comenzando a comprender lo que paso con su abuelo, y Sarah planea llevarlos a las islas, a donde ella ya fue en seis oportunidades.

Una sonrisa se le dibuja en el rostro cuando recuerda, lo que un amigo le dijo para serenarla, “quédate tranquila, los coroneles viejos malolientes nunca están en la línea de fuego”. Excepto ese 28 de mayo, que su marido estaba allí.

La semana antes de morir Jones, Sarah recibió una carta:

“No creo que haya ninguna posibilidad de que me pase nada, pero por si acaso, quiero decirte lo mucho que te amo, y te agradezco la súper mujer que has sido estos dieciocho años”

Ella respondió con cierto tono de reproche:

“ Porque demonios me case contigo? Debo haber estado loca, supongo que porque te amo, tonta de mi”

Jones jamás alcanzo a recibir la carta de Sarah.

Cuando vio llegar al coronel del Regimiento a su casa, ella pensó que venía a buscar ayuda para acompañar a las familias de los muertos en Goose Green. Cuando el jefe le informo que se trataba de Herbert, pensó en el día de su boda con él, que debió preparar en 72 horas porque partía en una misión, y a su cabeza volvieron todas

las veces que estuvo sola. Se está preparada para ser autosuficiente, pero no para ser viuda.

La vida al servicio de otros que sufrieron la guerra, la contención de su familia, hicieron que pueda sobrellevarlo.

El lugar donde murió su marido está marcado con un mojón de piedra, aunque él está enterrado en el pequeño cementerio de San Carlos. La larga tradición de los ingleses en las guerras, indicaba que el soldado era enterrado en el lugar donde moría. Dos meses después de concluido el conflicto, el gobierno británico autorizó a repatriar los cuerpos, pero Sarah ya se había reconciliado con la idea de que él se quede en Malvinas.

La historia de Sarah, es la de tantas viudas argentinas, al momento de recibir la noticia, de pactar con la vida para el futuro, de ser fuerte para los niños. Si bien ella es la de mayor edad, al momento de perder a su marido en la guerra, todas se han enfrentado al terrible destino de no volverlos a ver. Pero ninguna en Argentina tiene una vida tan pública desde el servicio como la de Sarah. Muchas viudas de oficiales, trabajan para el estado nacional, también sus hijos. Tal vez sea otra manera de honrar memorias.

Pero más allá, de la declamatoria de morir por la patria, ningún ser humano quiere morir por nada y sus mujeres tampoco quieren que lo hagan. Menos a la edad de los sueños y las esperanzas, y producto de una guerra extemporánea y bochornosa.

Encontrar a Sarah, fue ir al encuentro de un ser excepcional, por su historia personal, y por su extraño vínculo, indisoluble con ella.

Oscar Ledesma tenía 19 años en 1982, y manejaba una MAG, la única que funcionaba de las tropas argentinas, la mañana del 28 de Mayo en Goose Green. Era la única protección de sus compañeros muertos de miedo. Cuando el Coronel H Jones avanzo hacia él, tuvo que apretar el gatillo, por sus compañeros y por su vida. Por ninguna otra cosa más, por ese matar o morir maldito de la guerra.

El soldado, dijo una plegaria por todos los caídos en ese campo de batalla, no sintió nunca que fuera su guerra, pero estaba allí, y tuvo que hacerlo.

En un perfil de una red social, el soldado recibía saludos cariñosos, efusivos vítores al héroe, que se había cargado al militar de más alto rango de las tropas inglesas. Sus respuestas, demostraban quien era en realidad el soldado.

Un ser noble, lleno de la más pura grandeza, que no respondía los halagos por haber matado a un par, sino que enseñaba, con cada palabra, el enorme daño de cargar 32 años con lo que le toco. Ningún triunfalismo, ninguna bravuconada.

Su carta abierta a Sarah, hacía notar, cuanto valía la pena, rescatar vidas, y lograr que se sanen de una vez las heridas.

El soldado, asegura estar en paz, y sus herramientas espirituales volcadas en creaciones literarias de extrema sensibilidad, no dejaban dudas de ello.

Hoy Oscar, el soldado cordobés, busca a Sarah, para que pueda leer su carta y así, cerrar la historia.

CARTA ABIERTA A SARA (VIUDA DE HERBERT JONES)

“El tiempo obra en consecuencia de lo actuado y la memoria se rige por nuestros actos.

Con escasos 19 años me tocó enfrentarme con el Regimiento 2 de Paracaidistas Británicos la mañana del 28 de mayo de 1982, en el combate de Darwin Hill. Cualquiera hubiera sido su desarrollo, no modificará en mi alma y mi mente el recuerdo de aquel terrible enfrentamiento. Eventualmente me tocó apretar el gatillo para abatir un adversario y en momento alguno sentí odio al hacerlo, como tampoco me jacté ni alegré por aquel acto. No tenía opciones, debía salvar a mis camaradas que contemplaban aterrados como un Para asaltaba su posición, desconociendo que escasos metros se encontraba mi ametralladora, de la misma manera que yo desconocía quién era tan temerario soldado que en una muestra de asombroso arrojo atacaba una posición argentina. Una vez terminada la batalla elevé una plegaria por todos los caídos y pedí a Dios por sus familias.

Siempre tuve como pendiente el poder decirle, mirándola a los ojos, que su esposo cayó como un valiente soldado y que su ocasional adversario le honra cotidianamente con el mayor de los respetos al igual que a todos los caídos.

Le presento mis respetos, como también a sus hijos, herederos de un valiente guerrero.”

Oscar Ledesma

Es increíble como la vida sorprende. Oscar habla de su mujer, “es de las mujeres invisibles”, son las que acompañan la vida entera al veterano. Hacen un trabajo mu-

do, de bajo perfil, están, respetan silencios, leen dolores en ellos. Abrazan en una noche, cuando la pesadilla

Hoy, vive en la provincia de Córdoba, junto a una hermosa familia, y cuenta con una compañera imprescindible para él, su mujer, que siempre está cuando la guerra vuelve, alerta al síntoma, la depresión, al cansancio del peso del combate que no se va.

Así era la mujer de Oscar. Un puente más, entre la locura de la guerra y la vida. Es como él, muy discreta, y no tolera la idea del protagonismo de la mujer del veterano, que a veces cree ser más veterana que él.

Las palabras de los dos eran claras, precisas, sabias. Oscar tenía una visión puramente humana de la Guerra, era una mierda, que solo deja muerte. Una vez transcurrido el tiempo esa guerra y esa muerte no son patrimonio de nadie, porque solo generan deudas.

El soldado tiene una visión particular de lo que pasa con algunas mujeres, viudas o madres luego de perder un ser querido en combate en Argentina. Algunas convierten el dolor en silencio, otras simplemente lo padecen toda la vida y otras son invadidas por el resentimiento. Derivado de soportar ese "murió por la patria", frase que pareciera dar el mayor de los consuelos, pero que en el fondo, es el más grande absurdo a la hora de una explicación. Por la Patria se vive, no se muere. Y esas madres o esposas, que trataron de encajar el duelo en esa frase, no han podido elaborar el duelo en sus etapas, y se adueñaron del dolor y de los honores de sus deudas

La guerra es implacable, se abate con saña sobre sus protagonistas, nada se puede hacer con ella, más que hacer lo que les toca. Y eso es inevitable, como le ocurre a un bombero o a un rescatista.

Oscar, el soldado que le escribe la desgarradora carta a Sarah, es un poeta, el se define a sí mismo como “el poeta maldito”. Leer sus libros, llena de paz, aunque siempre hay momentos de perturbación en sus palabras, son sus propias secuelas.

En uno de sus libros aparece una cita “mi amigo el escritor solo es libre cuando escribe, porque cuando edita, queda preso de sus propias palabras”

Oscar escribió tres libros, tal vez por el deseo de libertad eterna, después de años prisionero peleando con sus fantasmas, no los editaba. Hoy está a punto de hacerlo, y está feliz.

Ledesma recordaba a un Coronel, cuya frase resume la diferencia entre un soldado conscripto que fue a la guerra y un militar de carrera. Si todos comprendían esa frase, sería más sencillo entender el dolor, inconmensurable, de madres, hermanas, novias que perdieron a sus seres amados en la absurda guerra. “El soldado era más importante que los cuadros, por el hecho que estaba allí para cumplir su deber obligatorio, y no por carrera, vocación o recurso laboral” Por eso había que cuidarlos, como a hijos, era la responsabilidad de los superiores. Porque una madre no quiere un héroe, quiere para siempre con ella a un hijo.

Cuando alguien le pregunta si el es un héroe, responde “Héroe es el padre de familia que se levanta a las 5 de la mañana y sale a trabajar para buscar el pan para su ca-

sa y vuelve a las 9 de la noche. Yo sólo hice lo que tenía que hacer para salvar mi vida, fue sólo supervivencia”.

El pensó en su madre, cada uno de los días que estuvo en las islas, sufría pensando en su terror, en su miedo. Y en lo que ella sentía, tener un hijo en frente, la marco para siempre.

El soldado también tiene recuerdos que confirman su nobleza. Hablaba perfecto inglés, y colaboro con los heridos una vez finalizado el combate.

"Todavía recuerdo a un pelotudito Oficial de Fuerza Aérea que me insulto porque yo oficiaba de traductor en San Carlos en la atención de los heridos y me dijo que cerrara la boca que yo era un soldado raso todo mugriento y no podía hablar inglés y yo le respondí mi mugre es la haber estado en el frente de combate y vos y tu impecable ropa se pueden ir a la reputísima madre que te parió. Parece que resultó porqué desapareció de mi vista y seguí preguntándole a los heridos que era lo que les molestaba El oficial era un muchachito que fumaba cigarrillos ingleses, que le daban ellos. Parecía que la guerra, en la carne, era nuestra. Y no sentí que nunca fue mía.

En la búsqueda de su encuentro con Sarah, de que su carta le llegue, apelar a la ayuda del agregado militar argentino en Londres, fue un error. La respuesta al pedido, fue otra vez, la de un impostado en dueño de la verdad.

Otra vez, el lenguaje de la división y la violencia. La no comprensión desde donde se trabaja para la paz.

Valía la pena evocar aquel escrito de Borges, donde Juan López y John Ward tenían un encuentro imaginario, y soñar con el encuentro de Oscar y Sarah, o alguno de sus dos hijos.

Muchos soldados veteranos argentinos, admiran a Jones, no tienen dudas de su heroísmo, valoran que un coronel, se pusiera al frente de su gente y sea el primero en caer. Eso los llenaba de asombro.

Otra historia y un encuentro, ya se concretaron, brindando esperanza al corazón del soldado cordobés, de que le suceda a él.

En 1982, el entonces Teniente Primero Duarte, mato en combate al Capitán Hamilton, de las fuerzas especiales británicas.

Fue la viuda de Hamilton, la que busco al entonces Teniente Primero. Se encontraron 20 años después de la Guerra, en la agregaduría militar argentina en Londres.

La viuda quería expresarle, que gracias al testimonio de Duarte, a cerca de la bravura de su marido, este, había sido reconocido por el Reino Unido como un héroe.

Vicky Hamilton le dijo en ese encuentro “usted no es un asesino, estaba luchando por su país”, a lo que él respondió “El muerto pude haber sido yo, de haber sido así, un militar ingles estaría hoy hablando con mi mujer”

Esta historia comenzó el 10 de Junio de 1982, en Puerto Howard, en la Isla Gran Malvina, rebautizado por el Regimiento 5 de Infantería de Corrientes, como “Puerto Yapeyu”

Aquella mañana del 10 de Junio, Duarte junto a tres suboficiales, buscaban un lugar para vigilar las tropas inglesas en San Carlos. Oyeron voces y Duarte recuerda:

“Pensé que podían ser kelpers. O gente nuestra, otra patrulla, O el enemigo. Uno de los sargentos que venía conmigo, Eusebio Moreno, quiso tirar una granada. Le dije que esperara. En eso veo que avanza un soldado, morocho, de bigotes, con un pasamontañas. Le grité entonces que alzara las manos. Por las dudas lo grité en inglés también: *“Hands up”* El tipo pegó un salto al costado con los ojos así de grandes. Ahí le vi el uniforme. Me tiró con su M 16 y las balas pegaron frente a mi cara, en la piedra detrás de la que estaba a cubierta: se me llenaron los ojos de tierra”

Duarte le disparo a uno de los británicos. El otro se rindió. Era el cabo primero Roy Fonseca que pasó a ser prisionero de las fuerzas argentinas. De regreso en Puerto Yapeyú, Duarte envió a uno de sus oficiales a recoger a quien, sabía por Fonseca, era el capitán John Hamilton, de las fuerzas especiales inglesas (SAS)

“Lo velamos en el regimiento, y lo enterramos con honores militares. Había muerto protegiendo a su compañero, lo que me hizo respetarlo como soldado. Yo sé que estas cosas a veces no se entienden muy bien pero, en la desgracia enorme que es una guerra, estas actitudes tal vez la humanicen un poco. Pero tres días después, los prisioneros éramos nosotros. Le comenté entonces a un coronel inglés que habíamos enterrado a Hamilton y le di sus placas identificatorias. Le dije que había combatido con mucho valor y que me gustaría quedarme de recuerdo con el cubrecabeza de Hamilton. El coronel se emocionó y es él quien hace el informe en el que cita lo que yo le dije.”

Gracias al relato de Duarte, el gobierno británico condecoro a Hamilton. Su viuda recibió la distinción de las propias manos de la reina.

Veinte años después de Malvinas, Duarte y Vicky Hamilton se encontraron en la Embajada Argentina en Londres.

“Yo estaba un poco nervioso porque no es algo muy común, como se imaginarán. Pero se ve que la mujer quería conocerme porque fue lo primero que me dijo: *"Quería conocerlo y agradecerle, porque gracias a su gestión la valentía de mi esposo fue reconocida"* Para ellos no es poca cosa que un enemigo exprese su reconocimiento a la bravura de un soldado. Y me contó que la reina le dijo que sabía de esa valentía, lo que para ella era muy importante. Es una mujer muy aplomada, me dio la impresión de que tiene una calidad y una calidez humana muy grande. Mi-re, yo viaje para encontrarme con esta mujer por la gestión de un diario británico. Y cuando el periodista inglés le habló a ella de *"su héroe"*, en referencia al marido, esta mujer lo frenó y le dijo: *"Un momento: también él es un héroe."*

“Para mí, ese encuentro con la viuda del capitán Hamilton cerró un círculo. Tuvo mucho más de sentimental que de racional. Con los años, de todo ese muestrario de miserias que es una guerra, a sus hijos, a los míos, lo único que les va a quedar es eso: las buenas acciones, los buenos sentimientos. Malvinas fue una guerra en la que uno le vio la cara al enemigo. Y cuando el enemigo muere, siempre queda una herida. No es que uno se sienta responsable por el adversario, pero siempre hay algo que no es natural en la muerte de una persona, en matar a una persona. No sé si se puede decir "matamos a una persona". Combatimos, y uno de los dos murió. Puede ser yo”

Vicky murió hace dos años, tras una valiente resistencia contra el cáncer. Se fue en paz, su historia con la guerra, había sido cerrada.

Volviendo a las palabras de Sir Hastings sobre Jones, ojala Oscar Ledesma tenga su momento con Sarah. Porque esas son las historias que despejan la miseria infame de la guerra, y abren los caminos de la reconciliación y la paz.

Sarah Jones.



EL GRITO DE ALICIA

La Fuerza Aérea Argentina adquirió poco tiempo antes de la guerra, un hospital reubicable que había sido utilizado por Estados Unidos en la guerra de Viet Nam.

Planteada la situación de 1982, la idea de las autoridades militares era trasladarlo a Puerto Argentino, para la atención de los heridos. La logística, la improvisación, la falta de previsibilidad de la reacción del Reino Unido ante la recuperación, hicieron que ese hospital se instalara en la IX Brigada Aérea, entre el 3 y el 10 de abril, en el kilómetro ocho de la ciudad, donde se encuentra el aeropuerto. Y allí se quedó hasta el fin de la guerra.

A la IX Brigada, comenzaron a llegar los aviones Hércules C-130 con los heridos, los sacaban de Puerto Argentino, en operaciones riesgosas, sin detener los motores. Los pilotos dan cuenta del estrés de cada vuelo, el silencio que los invadía hasta que salían de la zona de peligro, y las imágenes dolorosas del interior del avión lleno de camillas, con jóvenes, en su mayoría conscriptos, heridos, quemados por el frío, o desnutridos.

Uno de los que comandaban esos vuelos, hablo de una historia, que se rumoreaba respecto del manejo de la comida y el hambre y la dolorosa experiencia del piloto la confirmo.

En el Hércules, nadie sabe cómo, había aparecido un cajón, lleno de golosinas, en cada vuelo, luego de pasar la zona de peligro, repartían las golosinas a los heridos.

Un joven, con las manos totalmente quemadas por el frío, miraba con ojos ansiosos el reparto, el militar se acercó a él, y se dio cuenta que no podía sostener con sus manos vendadas, nada. Tomo un chocolate, se lo fue dando de a pedacitos, hasta

que con avidez se lo comió todo, y cuando acabo, le hizo una pregunta que al militar le apuñalo el alma “ Cuanto le debo?”

Una vez aterrizados en Comodoro Rivadavia, se los clasificaba en el hospital montado en el aeropuerto y se los derivaba a los dos hospitales de la ciudad, el Hospital Regional, y el Hospital Militar, donde era voluntaria Susana Matias.

Se realizaron muchas aeroevacuaciones en helicóptero, según la gravedad de los heridos que recibían, frente al regional, donde está hoy la escuela de Arte, bajaban, para darles ingreso al nosocomio a los soldados.

La aeroevacuacion consistia, debido a la gravedad del herido, en bajarlo del avión, darle las primeras atenciones en el hospital móvil y trasladarlos en helicóptero hasta el Hospital Regional o al Militar.

La Fuerza Aérea Argentina, había comenzado en 1980, la experiencia de incorporar enfermeras instrumentadoras quirúrgicas, profesionales, como militares asimiladas. Ingresaron con el grado de Cabo Primero, y luego de la guerra las enviaron a hacer el curso de oficiales. Fueron las precursoras de la incorporación de mujeres a las Fuerzas Armadas en Argentina.

La primera semana de abril, llegaron al hospital reubicable, primero cinco mujeres, luego ocho mas, todas cabo primero, y fueron testigos de la vuelta al continente de aquellos que caían heridos en combate.

Entre estas mujeres, que llegaron, estaba Alicia Reynoso.

Alicia hablo desde el alma, desde el abandono. Era hasta ese momento una mujer más, de las invisibles de esta historia. Y se convirtió en la punta del hilo conductor, que llevo a enhebrar vidas, que fueron intensas y que ocuparon un lugar que debía hacerse visible.

La historia de Alicia conmueve, habla, tratando de hacer entender como en treinta y dos años, pocos se habían interesado por vivencias como las de ella y otras mujeres.

Alicia tenía 23 años cuando le informaron que iría a Comodoro Rivadavia, a la guerra. Mucha gente se sorprende de su testimonio, o lo descrea. Paso allí los peores días de su vida, rodeada de horror, maltrato, dolor y sangre. Permaneció hasta mediados de Junio, con la misma sorpresa que fue destinada, fue enviada a Córdoba, a la Escuela de Aviación Militar, donde la instruyeron como oficial, sin que nadie tuviera en cuenta que venía de la guerra, no le permitieron ver a su familia, no le brindaron contención ni asistencia. Nadie le pregunto por sus pesadillas recurrentes.

Siguió con su vida, estudio radiología, se enamoro de un suboficial y para poder casarse con el debió pedir la baja a su grado de oficial y continuo siendo agente civil de la Fuerza Aérea, como enfermera profesional. No estaba permitido el matrimonio entre personal militar de los diferentes cuadros de oficiales y suboficiales, y quien debía resignar su condición para poder hacerlo era la mujer.

En 2010 tuvo un accidente cerebro vascular, y en etapa de recuperación comenzó a hacer psicoterapia. Nunca hablo de la guerra.

Hasta que un día, se le escapó “ni en la guerra la pase tan mal” y eso abrió, veintiocho años después una puerta que no cerraría más. Porque a partir de allí, comenzó su lucha por la visibilidad.

Se había recibido de enfermera en Santa Fe, nacida en Gualeguaychu, viajó con una amiga a Buenos Aires a buscar nuevos horizontes laborales. Le surgió una posibilidad de suplencia en la Fuerza Aérea, y allí se quedó. Se incorporó como personal militar, era la primera vez que la institución incursionaba en esta experiencia. Llegó a jefa de enfermeras del Hospital, pero le costó abrirse camino en un mundo masculino y machista. La invitaban a desfilarse en las fechas patrias, pero cuando podían, la mandaban a lavar los platos.

El 2 de abril de 1982, en su casa de Buenos Aires, el portero subió hasta su departamento a decirle que la buscaba la policía. Tenía que presentarse en el Hospital y cuando llegó, le informaron que se iba a la guerra. Confiesa que no entendía nada, no sabía ni donde quedaban las Malvinas, y alcanzó a dictarle a una amiga, una carta donde explicaba cómo podía, a su familia a donde se dirigía.

En la madrugada del 3 de abril, llegó a Palomar, le entregaron un arma, y al comprobar la cantidad de soldados preparados para embarcar, tomó cabal conciencia de que se iba a una guerra de verdad. Había gritos, euforia, llantos. La subieron a un avión lleno de soldados que le decían de todo, a ellas y a sus cuatro compañeras, de su misma condición. Llevaban el Hospital reubicable adquirido a Estados Unidos y usado en Viet Nam. Estaban capacitadas para armarlo y desmontarlo.

Los primeros días fueron duros, no podía hablar por teléfono con su familia, solo podía escribir y recibir cartas, donde le daban cariño y aliento, pero también le demostraban el temor de no volverla a ver.

Una noche, la del terror en toda la ciudad, la de la amenaza de bombardeo al Aeropuerto, no habían construido aun el refugio, por lo que debió meterse en una cloaca. Por debajo de sus rodillas pasaba el agua podrida y las ratas. Nunca tuvo tanto miedo, hasta que fue superado, por el de la llegada de los heridos.

Los primeros llegaron con pie de trinchera, muertos de frio y mal alimentados. Las lágrimas brotan en los ojos de Alicia, el recuerdo de la compuerta del avión abriéndose, y la imagen misma de la tragedia. Cientos de heridos, gritos, llantos, plegarias. Muchos llamaban a sus mamás, muertos de miedo y de dolor. Llegaban destrozados, llenos de esquirlas, con fracturas expuestas. La mayoría tenía dieciocho años.

La tarea de Alicia consistía, junto al médico, en clasificar los heridos, acomodarlos en el hangar, y administrar los sueros con morfina.

Su condición de mujer le dio un plus de herramientas que los hombres que ejercían el mismo trabajo que ella, no contaban. Ella pudo ser amiga, hermana, novia, madre, llegaban en tan malas condiciones, que algunos ni siquiera sabían dónde estaban.

Y hay cosas que se guarda, las más feas, aquellas que más le hirieron el alma, porque no cree que aporten en tiempos de paz.

Alicia hizo lo que pudo en la contención, y lo hizo bien, una mano apretada ante el dolor, otra en una frente afiebrada, fueron muchas veces tablas de salvación de esas

almas tatuadas por la guerra. Recuerda que los hacía rezar, y ella lo hacía a la par de ellos.

Alicia Reynoso, guarda recuerdos concretos, un pedacito de avión enemigo, las cartas de su familia, y una foto, que la muestra bella, jovencísima y enfundada en un uniforme.

Hoy habla, de aquellos días, con la seguridad de haber estado a la altura de las circunstancias. Al horror de la guerra absurda lo comprendió enseguida, el silenciamiento de su historia, por parte del estado y de su propia institución, es algo que aun hoy, no comprende.

Alicia vive y trabaja en la actualidad, en la Segunda Brigada Aérea de la Ciudad de Paraná, convive con los recuerdos, enarbola con dignidad la bandera de la difusión para visibilizarlas a ella y sus compañeras, da charlas por todo el país, y cuando puede, sale a pescar con su nieto.

Sus compañeras fueron en Comodoro, todas valientes, forjadoras de paz, trabajaron en condiciones adversas, en un escenario con olor a muerte y sangre. Fueron luz en la oscuridad de todos aquellos soldados que al llegar a ellas, sintieron que estaban a salvo.

En el Aniversario número 32 del Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea, el 1 de Mayo, fueron invitadas por primera vez, por la Institución, a desfilar, y llevaron el estandarte de Veteranas de la Guerra de Malvinas.

También volvió a la Escuela de Aviación, 32 años después de que la sacaran del hospital de Comodoro y la enviaran a hacer el curso de oficial. Recuerda muy bien donde la capacitaron, donde la entrenaron y donde la hicieron llorar el día de la capitulación.

Por primera vez, hablo ante un auditorio de estudiantes del último año de la carrera militar, algunos militares y pilotos veteranos.

A sus charlas lleva un baner, con la foto de ella y sus compañeras con una leyenda “Nosotras estuvimos allí”

Su exposición fue de una valentía enorme, de una contundencia incuestionable, hablo con la autoridad de haber estado. Fue silenciada, y lo explico, por varios motivos, por órdenes de la superioridad, que apenas acabo la guerra, les dijo a las mujeres de eso no se habla. También porque guardaron sus recuerdos en un lugar muy profundo para poder seguir con la vida.

Ese día, conto como las subían a aviones de Aerolíneas que prestaban apoyo logístico y no les decían a donde iban, con la prohibición de no mirar por las ventanillas, que permanecían cerradas, buscaban y llevaban heridos. Alicia no puede asegurar, ni negar, que no toco alguna vez, en uno de esos viajes misteriosos, suelo de Malvinas. Pero la orden fue el silencio.

Recuerda al prisionero ingles, no saben cómo llevo ni de donde, permaneció unos días en el hospital reubicable, y ellas lo atendieron. Estaba aterrado, alterado por la idea de que pudieran fusilarlo, ellas debieron dejar su armamento para atenderlo y

hacerlo custodiadas. Fue una situación extraña. Peligrosa, de la que también les prohibieron hablar.

Alicia tardó veintiocho años en hablar, como tantas otras, y otros, y lleva una ventaja, ha podido hacer la catarsis de la guerra, tan necesaria para sanar el alma. Otros, esperan poder hacerla aun. La vergüenza del regreso, oculta, silenciada, tuvo mucho que ver.

Cuando estaba en la Escuela de Aviación Militar, recién llegada de la guerra, el 14 de Junio lloro amargamente, y un oficial la vio, la “bailo”, en el lenguaje militar de entonces, bailar, era hacer correr a un subordinado por el terreno, durante media hora por ponerse a llorar. Un oficial que ni siquiera se había movido de su casa.

Ella sabía todo, conoció cobardes, cuyo trabajo era en esas circunstancias ir a la guerra, y no lo hicieron, como lo hicieron los conscriptos, sin ninguna opción.

Algunos, se hacían practicar pequeñas operaciones, en el hospital donde estaba Alicia, para no volver a estar afectados a la guerra, por una verruga, se volvían a casa. Cada uno reacciona como puede ante semejante desgracia. Porque eso el combate, una desgracia.

Luego de la guerra, regreso, en dos oportunidades al hospital reubicable, emplazado en otro escenario, rodeado de diferentes miserias, de otros horrores, Alicia cumplió dos misiones humanitarias para la ONU, en 2004 y 2007, en el mismo hospital, emplazado en Haití. La primera vez que entro, en la primera misión, lloro. Un oficial miro su brevet de Veterana de Guerra y le pregunto donde lo había comprado.

Alicia aun hoy, después de tanto tiempo y algunos reconocimientos oficiales, la siguen negando, ignorando su historia.

Treinta años después del conflicto, Alicia y sus compañeras fueron reconocidas por su labor por el Congreso Nacional, y en la Institución como Veteranas de Guerra de Malvinas. No reciben pensión alguna.

En el Liceo Aeronáutico de la localidad de Funes, Santa Fe, solo un año antes de estar en Córdoba, habían inaugurado una sala de la mujer, donde entregaron para exhibir, sus chapas identificadoras y garibaldinas que usaron durante la guerra.

Su visita a la Escuela de Aviación de Córdoba, era un lugar de reconocimiento, la sala de Honor del Casino del Cuerpo de Cadetes, les dedicaría un sector. Era un enorme avance, que llegaba media vida después, pero llegaba.

Llego acompañada de Stella Carone, otra veterana, cuyas propias hijas no supieron hasta más de 20 años después que ella estuvo allí. Guarda recortes de diarios y tapas de revistas del 82 donde eran ellas las protagonistas. Luego, el silencio, y las órdenes de callar, lo cubrieron todo.

Stella es callada, deja que Alicia sea la voz, no evita las lágrimas cuando recuerda, sentada a su lado mientras expone, por primera vez, después de 32 años, ante un auditorio de su propia Fuerza Aérea. Stella se fue de baja de la fuerza, apenas terminó la guerra y sepulto en la memoria, lo que inevitablemente, con fuerza, vuelve.

Alicia es la voz, de todas sus compañeras, que tímidamente la acompañan, que estuvieron con ella en aquellos días amargos de 1982. Cuando se refería a aquellos

días, prefería no usar la palabra guerra, porque opto por sembrar para la paz. A pesar del olvido, el desprecio, las agresiones, esa mujer de carácter, no guardaba rencor, era consciente de la responsabilidad de su mensaje, y eso la hacía más grande, mas forjadora de paz.

Alicia y el resto de las enfermeras de la Fuerza Aérea, no tuvieron opciones a la hora de ir a la guerra, eran militares entonces. Las enfermeras del Irizar lo habían hecho voluntariamente.

Fue Alicia quien hablo de Liliana Colino y movió una nueva búsqueda, que fue rápida, aunque no se consiguió la voz de la protagonista.

La Fuerza Aérea, cuenta con la única mujer que piso, dentro de un Hércules C-130, territorio isleño, o al menos la única que se reconoce como tal. Su nombre es Liliana Collino. Algunos dicen que desoyó una orden que prohibía a las mujeres ir a la zona de exclusión,

Se conoce su historia, de Liliana, porque esta publicada en la página de la Presidencia de la Nación:

“El director del Hospital Aeronáutico me preguntó y yo respondí encantada, a tal punto que tenía armados los botiquines de emergencia. Al otro día viajé a Chubut desde Buenos Aires, y fue el único vuelo tranquilo que abordé”.

La misión de Colino era la de salvataje y enfermería a bordo de los cargueros Hércules, que volaban bajo y a oscuras. El viento y las olas del Mar Argentino sacudían el fuselaje a la ida, colmado de pertrechos y contenedores, y a la vuelta con heridos a

bordo. Cuando tocaba la pista de Malvinas no podía detenerse porque, por su peso, costaba hacerlo rodar en una situación de escape. Abría la compuerta trasera y rodando iba dejando la carga. Muchas veces, las ambulancias subían la rampa en movimiento para descargar a los combatientes adentro del avión. Durante uno de los viajes, el capitán decidió despegar debido a un alerta, y Colino casi quedó en tierra. Dos compañeros hicieron una cadena humana y lograron subirla de regreso. La vuelta, a veces con la escolta de naves enemigas, se realizaba en silencio para no ser detectados.

“Hubo un alerta roja en Comodoro, estábamos embarcando en la pista y yo, flaquita con un botiquín enorme, tuve que salir corriendo al refugio”.

“Estaba acostumbrada a ver cosas feas en el hospital. Antes de Malvinas hubo un accidente con un avión que venía de Bolivia y se quemaron seis tripulantes, y fue terrible. Por todo lo demás uno se acostumbra, el personal herido viajaba con las piernas rotas, pidiendo ser curados. De noche en Malvinas y mientras cargábamos, se veían luces blancas y rojas que pasaban y desaparecían de repente, y se escuchaban bombazos. Los cuerpos de los heridos iban acostados en el piso porque el movimiento continuo no nos dejaba acomodarlos en camilla.

Nos trajeron el último día de mayo a Buenos Aires y de ahí, a Córdoba para el curso de alférez, donde nos enteramos de la rendición; no podíamos entender. En 1986 y después de pedir infructuosamente mi ascenso a teniente durante cuatro años, pedí la baja.

“Las mujeres no hicimos la suficiente fuerza para hacernos ver y, en mi caso, conocí a las demás veteranas el día que nos reconocieron.”

“Estuve en las islas, vi esa tierra, y sentí el intenso frío y la humedad, y no sé cuántos argentinos se animarían a vivir allá. Si las recuperáramos, creo que muy pocos se mudarían”

A la derecha. Alicia Reynoso.



“Había dos soldados argentinos muertos, tirados boca abajo, aun puedo ver una mano pequeña y sucia tirada sobre el pavimento. No sentimos nada, lo que realmente fue horrible, nunca me imagine cuanto te endurece la guerra. Los dejamos atrás, y cuando volvimos, alguien los había cubierto y lo que se ha quedado todos estos años conmigo, es esa pequeña mano sucia”

Eileen Vidal, isleña.

EN LAS ISLAS

Un cementerio de filas perfectamente ordenadas, cruces blanquísimas, inmaculadas como las almas jóvenes que descansan en ellas y el ruido ensordecedor del viento, que solo compite con el golpeteo de cientos de rosarios enganchados en las cruces. Es Darwin, la presencia eterna en Malvinas, de lo que paso en 1982.

Más allá del imperialismo y de la guerra cruel y absurda desatada por un gobierno ilegítimo, están las personas. Las que vivieron aquel 2 de abril como una recuperación, y las que lo hicieron sintiendo que era una invasión.

Una dictadura que apelo a la manipulación más baja, tocando en un pueblo el sentimiento de patria, con el solo objetivo de permanecer un poco más en el poder. Una bravuconada cuya finalidad era forzar al Reino Unido a negociar, y les salió muy mal.

Como en otras oportunidades, los argentinos se vieron obligados a ser, en días, especialistas en geografía, derecho internacional y teorías sobre soberanía, cosas de las que durante años nadie les había hablado.

Mucha gente, antes de la guerra, solo sabía que aquel era un territorio lejano y propio, y muy pocos tenían una idea clara.

Los hechos suceden encontrando a las personas en lugares determinados, sin que ningún análisis pueda cambiar eso.

No importa cómo llegaron a estar allí en ese instante en que todo se da vueltas y se pone negro, porque empiezan a silbar, en sus cabezas las bombas.

“Usted tiene derecho a vivir en libertad” decía, paradójicamente el panfleto que entregaban los argentinos a los isleños luego del 2 de abril. Desde un primer momento,

lejos de creer en la oferta de libertad, los isleños se sintieron presos, y tuvieron una participación activa de resistencia, sabotando comunicaciones, cortando cables, otros ayudaron con sus vehículos, cuando llegaron las tropas británicas, al reconocimiento del terreno.

El relato más completo sobre lo que vivieron los isleños durante la ocupación argentina de las islas, los escribió Graham Bound, titulado "Falkland Islanders at War" publicado en 2002.

En el reconstruye, en base a testimonios, la vida de los isleños entre abril y junio de 1982. Las actitudes fueron desde la indiferencia hasta la resistencia pasiva, y otros como el ex jefe de policía Terry Peck, llegaron a combatir contra los argentinos. Otros tuvieron reacciones tan violentas, que debieron ser confinados a lugares lejanos a Port Stanley.

Terry Peck se resistió a conducir por la otra mano, se enfrentó a los soldados argentinos en una ruta, negándose a abandonar el carril, luego de eso, lo fueron a buscar a su casa y escapó al monte, y lo hizo con la convicción de que sus opciones eran la huida o ser un desaparecido como los de Argentina. Conforming un ejército clandestino de resistencia de un integrante, permaneció escondido hasta que llegaron los ingleses y colaboró con ellos.

Muchas publicaciones particulares, desarrolladas en breves relatos, dan cuenta de los sentimientos de los isleños respecto de la ocupación argentina. Lisa Watson, una niña de once años en 1982, llega a describir como los perros de su padre estaban

contentos por esos días, porque estaban sueltos todo el día, para alertar a la familia sobre presencias no deseadas.

También cuenta como dos soldados argentinos le pidieron a su papa, que usara sus fusiles para cazar unos patos, porque ellos tenían hambre y no eran buenos disparando.

El granjero, lo hizo, y expresa su preocupación “era mucho más fácil odiar el concepto vago y distante de una Nación Argentina, que despreciar a los que parecían dos seres humanos perfectamente normales” A esos mismos chicos, se les permitió bañarse en casa del granjero, y se dejaron olvidado el jabón, por lo que los niños hacían bromas y decían que si alguien lo usaba se le caerían los dedos.

Otro isleño, que vivía muy cerca de unas baterías antiaéreas argentinas, relata en “Falkland Family At War. The Days of Argentine Ocupations” que cada vez que disparaban se abría la puerta de su cocina. Sostiene que vivieron 74 días prisioneros.

Como en Comodoro Rivadavia, la pérdida de libertad, otra vez, más allá de las decisiones políticas, los lugares comunes de los seres comunes que padecieron la guerra donde esta los alcanzo.

Los relatos eran escritos con diferentes grados de empatía, pero muchos concuerdan en los soldados argentinos que pedían comida, tan temprano como el 6 de abril, ya algunos se acercaban a los vecinos, con hambre. Muestran preocupación por esos jóvenes, que desabrigados deberían empezar a subir a los cerros, donde el frio era impiadoso. Los sentimientos que describen son encontrados, hubo reacciones como “en Buenos Aires hay comida, vuelvan”, como otros que demuestran que los

isleños muchas veces vencieron el sentimiento de amigo-enemigo y les daban pan y algo caliente.

Este es un tema no resuelto aun, fronteras adentro de la Argentina, se niega sostenidamente la falta de comida, como también se asegurarla con la misma convicción. Esa podía ser una punta del misterio sobre las mujeres argentinas en la guerra, tal vez el silenciamiento provenía, de lo que ellas habían visto, y eso era el hambre y el desabrigo.

Los testimonios de las isleñas, mas ocupadas en observaciones domesticas, son casi unánimes al respecto, incluso la señora Sarah G., una vecina de Stanley, recuerda a algunos soldados golpeando su taza metálica en el jardín, para pedir comida. Asegura haber visto oficiales golpeando a los conscriptos, obligándolos a lavar su ropa en el agua helada de la bahía y algunos empujados luego como castigo. Los vio llorando y temblando de frio, y les dio comida, porque pensó en su hijo, lo imagino pasando una situación similar y la sangre le hirvió de rabia. Si esos secretos contaron esos jóvenes al volver al continente, las que los escucharon, fueron ignoradas.

Sarah G., pensó en su propio hijo, porque las madres lo son en todas las geografías y en todos los idiomas.

La visión generalizada sobre Argentina, de los habitantes de Malvinas contemporáneos a la guerra, era la de un país desordenado, que mando en un número elevado de casi niños al combate y de un gobierno irresponsable que no evaluó donde podía terminar todo. Las generaciones más añosas de los que vivieron el conflicto en las islas, algunos británicos, procedían de vivir como niños la Segunda Guerra Mundial,

y el fantasma de aquello, les provocaba ira. Habían elegido vivir en el lugar más tranquilo del mundo.

Emma Steen, conto a un reportero ingles, que encontró algunos autitos de juguete en su patio luego de la invasión. Unos soldados los llevaban consigo, y en la retirada se tuvieron que despojar de todo. “Un gobierno irresponsable y poco serio”, sentencio.

Los argentinos no eran los únicos hombres jóvenes, allí, las investigaciones de los reporteros británicos, arrojaron que había muchos de 17 años entre los marines, y en principio, no les publicaron esas historias.

Solo se conocieron después, cuando los protagonistas hicieron sus propios relatos, como el de Tom en Monte Longdon.

La señora Lucy Beck, habla sobre las consecuencias de la guerra, que alcanzan tanto a hombres como mujeres y niños, y el estrés post-traumático que ha sido inevitable. Sostiene que pudieron ser millones las víctimas, cuando se comprobó que algunos buques británicos llegaron al área del Atlántico Sur cargando armas nucleares, esto se confirmo en 2003 después de la presión que ejerciera “The Guardian” sobre el Ministerio De Defensa, posiblemente fue accidental porque no hubo tiempo de descargarlas antes de zarpar, pero la Historia Oficial de la Guerra, escrita por Lawrence Freedman, asegura que fue intencional, en caso que el conflicto se intensificara y Rusia interviniera a favor de Argentina.

Cuanto riesgo habían corrido todos, sin saber nada. Riesgos que suman sombras, que cubren a los protagonistas, con sus vidas arruinadas para siempre, en muchos casos.

De todos los textos, escritos por isleños, el más perturbador, y el que más esclarecedor resultado es el de John Fowler, "1982 All That Difficult questions from a difficult Time in the Falkland Islands", el libro de John fue publicado en Argentina bajo el título "1982, días difíciles en las Malvinas" y ofrece una visión completamente diferente sobre la guerra.

Hay cosas que nunca pensó vivir, sobre todo cuando fue un funcionario joven, que vivió con su familia en el lugar más pacífico del mundo.

El relato de John es sobretodo humano, narra el alivio que sintió cuando derribaron un avión argentino, y la pena que no evito, porque paso tan bajo por su patio, que pudo ver la cara del piloto.

Se planteo, si ayudar a un argentino a poner correctamente los cambios de una Land Rover, para no caer colina abajo era "Colaboración".

No pocos, se habían planteado estas cuestiones. También era previsible, en la guerra nadie se sensibilizaba con el enemigo, pero si el enemigo lo representaban jóvenes que no tenían idea de muchas cosas, la situación es diferente.

La idea de que la ocupación acabaría sin guerra, era lo que pensaban en las islas, o lo que deseaban.

Pero es que para los isleños era tan impensado todo, que muchos de ellos reaccionaron como seres humanos, simplemente.

Los argentinos e isleños, vivieron en lugares grises donde unos desearon ser ayudados y los otros vencieron lo políticamente correcto y lo hicieron.

Hubo madres que veían a esos pequeños desabrigados y sintieron pena por ellos, otras en cambio fueron indiferentes.

La niña que interroga a su padre ante el paso de soldados argentinos, demuestra la brecha abierta en el corazón de los isleños:

“Papa, son hombres malos? – Bueno, no conocemos a ninguno de ellos, así que es difícil contestarte. Puede ser que no nos guste lo que están haciendo, pero eso no significa que sean todos malos. Puede ser que tampoco les guste estar aquí, pero deben obedecer órdenes. Simplemente no sabemos, unos pueden ser malos, pero otros pueden ser muy buenos- Entonces, papa, porque nadie los quiere?”

John acerca a la primera pista de la historia, de la mujer rubia, cuya fotografía con el niño en brazos, había sido tomada en Londres en agosto de 1982. Porque en el libro de John, la misma mujer sonreía a cámara, y detrás de ella se veía un soldado argentino con la cara llena de alivio porque todo había terminado. La misma mujer, primero en Malvinas.

Muchos de los pobladores, procedían de antepasados llegados a las islas en 1849, a bordo del Victoria, y sus apellidos existían desde aquellos colonos. Algunos se radi-

caron definitivamente en Malvinas, otros llegaron, si instalaron, vivieron y se desarrollaron por generaciones, en la Patagonia Argentina.

Fueron dejando simiente, mezclándose entre sí, y con otros que fueron llegando luego, dando origen a leyendas argentinas sobre ellos y la consanguinidad, hechos improbables, respecto de enfermedades derivadas de estas uniones entre primos y parientes.

Entre ellos se hacen bromas tales como que cuando van a una primera cita se recitan la genealogía para no caer en relaciones entre parientes.

Han tenido un desarrollo social, que se puede reconocer en algunos lugares de la Patagonia, como Gaiman, lleno de colonos galeses, en Chubut, dedicados al comercio, la pesca, la cría de ovejas y el cultivo de frutas.

Se fueron ubicando geográficamente, los de niveles económicos más elevados, cerca de las costas, y los que decidieron apostar por alguna actividad agropecuaria incipiente, en las lomadas de los cerros, protegidos de la bravura salada del viento del mar.

Se podían imaginar como una comarca rural inglesa, con actividades sociales formales e informales, con infaltables pubs en la zona más céntrica donde los encontraba la tarde. Una vida tranquila, fría y silenciosa. Un cuadro bucólico. Gente mansa, como los comodorenses, que vieron venir la guerra sin poder hacer nada para evitarla.

En la actualidad se conocen todos, aunque son más que aquellos que vivían allí en 1982. Ellos se definen a sí mismos como “el país más pequeño y hermoso del mundo” Aman esa tierra, de eso no hay dudas.

Desde la guerra se sumo un gran numero de personas, entre militares y civiles vinculados a las actividades de las bases, que no son estables, sino que son destinados allí y removidos cada cierto lapso de tiempo.

La población está compuesta en su mayoría por descendientes, británicos y escoceses, blancos, en mucha menor medida de Santa Elena, y una exótica minoría de Gibraltar.

Por primera vez desde las últimas elecciones legislativas, son gobernados por gente de generaciones nuevas, que se dedican por entero a la administración política, ya que antes lo hacían a medio tiempo, manteniendo sus actividades privadas y no percibiendo salario por la administración pública.

Respecto del conflicto con Argentina, algunos tienen posiciones duras, irreconciliables y prefieren no entablar ningún tipo de dialogo con argentinos, Se percibía en algunos, con los que el intento de comunicación fue imposible y por ese expreso motivo. Además no eran tiempos buenos para intentar un dialogo, ya que la Cancillería Argentina se empeñaba en agitar fantasmas, en vocear bravuconadas innecesarias, en mostrarse con dictadores latinoamericanos que aseguraban devolverían las islas al pueblo argentino. Lo que suena irresponsable, que nada tenía que ver con la soberanía y la diplomacia. Habían pasado muchos años, pero los civiles jamás olvidan las guerras.

Según los datos del último censo de 2012, 38 argentinos viven en las islas y no se involucran en debates sobre el conflicto. No tienen lugares donde solo se reúnen ellos, están perfectamente integrados a la vida de los isleños.

Uno de ellos, es el encargado del mantenimiento del cementerio de Darwin, Sebastian Socobo, donde descansan los soldados argentinos. Llego a las islas buscando aire durante la crisis del 2001 y reconoce que jamás dejara de ser argentino, pero jamás dejara lo que consiguió allí.

En el Malvina House, la barra de tragos, es atendida por otro argentino, el hotel lleva el nombre de su última dueña, porque estaría mal visto llamar a algo Malvinas, en las islas.

Son reticentes a hablar con periodistas argentinos, porque quieren vivir en paz. Varios se casaron con isleñas, como Sebastian, y todos son agradecidos del trato que reciben. No padecen inseguridad, tienen estabilidad económica y se han incomodado últimamente por las declaraciones de la cancillería argentina, que lejos esta de apostar al dialogo.

Una isleña, Arlette Bets, dueña del hotel, Lafone House, cuenta que los argentinos residentes son muy bien aceptados por la sociedad, jamás fue testigo de problema alguno. Señala que los argentinos que conoce son gente adorable. Y como el joven argentino que trabaja en el bar, sostiene que últimamente hay malos sentimientos hacia Argentina, solo por el discurso de su política exterior, cargada de mensajes, que para ellos, suenan violentos.

El sentimiento general de los isleños que vivieron la guerra, es que esta, les robo la libertad. Algunas mujeres y también hombres, a los que los combates de 1982 les azotaron la tranquilidad, sienten que ellos, conforman una abstracción. No son del todo británicos, aunque lo votaran así, el vínculo con la tierra y la historia, eso que se define como Patria, lo tienen con las islas. Y no hay que ahondar mucho, se siente así, cuando cada uno de ellos se refería a las islas como “el pequeño país más hermoso del mundo” Habían llegado como inmigrantes, venciendo el clima atroz e inclemente, habían evolucionado, se integraron en una sociedad con identidad propia.

Malvinas es hoy un territorio lleno de recuerdos, el turismo de la guerra, muestra la crudeza de lo que vivieron los combatientes. Y su territorio está sembrado de minas. Otro puñal más, clavado en kilómetros de esa tierra, con el que sus habitantes conviven a diario. El gobierno del Reino Unido, ha realizado campañas para desactivarlas, pero aún quedan miles de ellas.

El diario El Patagónico, de la provincia de Chubut, refleja esta realidad en una nota del 28 de marzo de 2008.

Fredi Carrera, periodista, cuenta con detalles a cerca del tema de las minas antipersonas en Malvinas.

“El tratado de Ottawa, Canadá, es una Convención sobre la prohibición del empleo, almacenamiento, producción y transferencia de minas antipersonales y sobre su destrucción. El compromiso internacional de desarme, entre otros aspectos, busca que los campos minados dejen de ser una pesada y riesgosa carga para las comunidades que son víctimas de la guerra.

En las islas Malvinas el proceso de desarme aún es parte de la vida cotidiana. En diferentes puntos del camino desde el aeropuerto hasta Puerto Argentino se pueden visualizar los letreros “Slow minefield” o “Danger mines” con una calavera cruzada como señal de peligro vital y en un fuerte color rojo que no permite que pase desapercibido.

El lunes, el gobierno de la isla encabezado por Nigel Haygood (gobernador general en representación de la corona británica) oficializó el desmantelamiento de un sector de 3,7 millones de metros cuadrados que era afectado por los campos minados que se encontraban a unos 5 kilómetros del centro de la ciudad. Allí 18 obreros procedentes de Zimbabue trabajaron durante tres meses para eliminar el peligro y habilitarlo como un lugar de esparcimiento.

Luego del acto de apertura del sector, Socebiat (32), uno de los 18 trabajadores, dialogó con Diario Patagónico mientras permanecía parado sobre un pozo de unos treinta centímetros donde se encontró uno de los artefactos explosivos. “No hay minas en este lugar. Encontramos 79 bombas, pero no minas. Estaban activas”, sostuvo con un extraño acento inglés y la alegría de saber que ayer volvía a su casa vía Londres para reencontrarse con su familia, que al principio se mostró preocupada por el delicado trabajo que tomó por intermedio de la empresa Bactec.

El hombre permaneció en las islas durante tres meses con sus compañeros y compatriotas. El lunes todos ellos estaban felices mientras el gobernador y otros miembros del gobierno inglés emitían un efusivo discurso ante la comunidad y la prensa que se acercó hasta el lugar, sorteando con vehículos doble tracción el dificultoso

camino isleño que se hunde ante el paso de las personas, entre medio de las rocas y el verde húmedo del campo.

Dick Sawle, miembro de la asamblea legislativa del gobierno en 2009, compuesta por ocho integrantes, explicó a Diario Patagónico luego de los discursos y la presentación de un grupo musical de niños que “aún quedan cuatro zonas como campos de mina”.

“En este momento no lo van a limpiar, pero son más de 3 millones de metros cuadrados que ahora están limpios de cosas peligrosas y entonces se pueden utilizar de nuevo” agregó.

Los otros cuatro campos minados que ahora fueron recercados -al igual que dos campos sospechosos- están ubicados en proximidades de la zona del Corral de Piedras que entre 1842 y 1848 construyó Jacob Goss con la intención de contener al ganado expulsado de Lafonia para ser utilizados como carne vacuna en Puerto Argentino.

El proyecto de desmantelamiento a cargo de la empresa Bactec International -- contratada por el Foreign Office y el gobierno de las islas-- se inició en 2011 con tres campos de minas y el objetivo de limpiar los terrenos que no podían ser utilizados. Andy Frizzell, fue quien creó y dirigió el proyecto inicialmente. Sin embargo tuvo que regresar a Mozambique a principios de marzo y fue remplazado por Guy Lucas, director ejecutivo de la empresa y militar británico experto en la materia que acompañó al ex gobernador Rex Hunt de regreso a las islas tras la guerra de 1982.

Luego de la apertura del lugar, los obreros fueron agasajados por los isleños quienes se acercaron hasta el lugar con dulces, cervezas, sándwiches y otros productos que adornaron la celebración. De esta forma, luego de casi 30 años los británicos comenzaron a deshacerse de los residuos de la guerra. “Es un momento de felicidad para nosotros porque ahora tenemos más paisaje, mas área para hacer lo que deseamos. Limpiar todas ‘las Faklands’ será una cosa muy difícil, pero poco a poco se va logrando”, agregó el funcionario que desde noviembre de 2009 es miembro de la asamblea legislativa.”

Las minas en la actualidad son miles, y se ha detenido la tarea de remoción, los funcionarios, cuando fueron preguntados por este tema, no han brindado respuestas.

Un personaje muy particular, se destaca en el paisaje de las islas, Patrick. Un custodio de las reliquias de la batalla de Monte Longdon. Recomendaba la excusión a todos los turistas que llegaban a Port Stanley.

El monte con vista a la ciudad capital, fue el testigo de la batalla más sangrienta del conflicto. Se llegaba por un camino pavimentado, que luego se desintegraba en grava, y seguía por tierra, a través de lechos de turba y matas de baja altura.

Subiendo la ladera de la colina, se podían observar armas de artillería abandonas, perpetuadas en el frio como un recuerdo sordo.

Las trincheras permanecen intactas, construidas por los soldados argentinos, aun pueden encontrarse algunos pedazos de lona, zapatillas, y algún que otro elemento testigo de la presencia en el refugio. Dos meses pasaron allí, aguantando el frio y pasando hambre, a la espera de que algo pase. La cuna de sus pesadillas. Allí las

gestaron, y permanecen en sus noches hasta la actualidad. Muchos de los que vuelven, han reconocido la suya, intacta en el frío desde hace 32 años.

Patrick ha tomado como tarea juntar los elementos de la batalla y preservarlos para los combatientes de ambos bandos. Aconseja recorrer cada centímetro del campo de batalla, objetos diversos señalan los refugios argentinos. Y aun se conmueve pensando en esos “muchachos” que vivieron sus peores días allí. Patrick parece un hombre duro, y hace un comentario “sus madres no sabían por lo que estaban pasando”. Conserva como un tesoro una etiqueta de cigarrillos, que fue de rojo intenso en el 82, hoy desteñida, aun se lee la marca, Jockey Club.

Desde que ocurrió la guerra, Patrick ha pasado años tratando de dar sentido a lo que pasó en esas pequeñas islas y dice “el pasado puede ser tan remoto como el Atlántico Sur”

Los isleños estaban ahí en 1982, cuando tuvieron que prepararse para la defensa, cuando sus vidas se alteraron. Claro que sintieron la recuperación como una invasión. Eso se podía entender y esforzarse por comprender a aquellos que los responsabilizaban, los culpaban, o declaraban a viva voz que se lo merecían por estar ocupando una tierra que no les pertenecía, era en vano

Cuando supieron que los bombardeos serían inminentes, con la ciudad ocupada por argentinos y la flota inglesa en la costa, también comenzaron a organizar, oscurecimientos totales, acopio de alimentos, construcción de refugios.

La ocupación argentina de las islas, durante 74 días, representó para los isleños la peor pesadilla, algunos recuerdan como las tropas argentinas de un día para el otro

los obligaron a conducir en sentido contrario al que lo hacían, y dieron la orden de que la escuela enseñara y se hablara español, la forma de intentarlo fue caótica y arbitraria..

Estos recuerdos, se mezclan de rencores, cuando consideran que la vida en las islas se disponía como en una aldea rural, a la que la invasión, intento arrebatarle la propia cultura, e imponer una que les era ajena.

La imagen del caos y el desorden fue creciendo, hasta los últimos días de la ocupación, cuando soldados argentinos vagaban por Port Stanley pidiendo comida.

Tantas historias no contadas, o poco conocidas, que nada tenían que ver con el valor de los soldados argentinos, sino con el absurdo de la operación. Rayando a veces en el ridículo.

La orden emanada de un gobierno delirante, el cumplimiento de la misma por miles de soldados que no tenían otra opción, y que a la hora de defender a la Patria, lo hicieron con una convicción incuestionable.

Lucy, guarda todos los recortes de la época de la guerra de 1982, porque siempre tuvo la intención de escribir una historia que contara sobre los muertos civiles durante la guerra de Malvinas.

La lectura de los recortes amarillentos de los periódicos de Lucy, recordaban a todos los muertos, los jóvenes que eran los soldados, los heridos en cuerpo y mente que siguen sufriendo en la actualidad. La visión de Lucy era de una claridad única, y se

acomodaba en ese lugar, preciso, de frustración y dolor, igualando a ambos países en esos sentimientos.

En un recorte del Daily Mail, del 13 de Octubre de 1982, reproduce un comentario que Margaret Thatcher le hizo a un soldado, en el desfile de la Victoria de Malvinas.

“ Esta disfrutando el día?” pregunto la señora Thatcher al veterano, ciego por las heridas de guerra, lo que habla por sí mismo. La insensibilidad de enviar a las tropas a morir o quedar invalido por la Patria, y realizar tan frívola pregunta. El pobre soldado no disfrutaba del día, ni lo haría de la vida en mucho tiempo más.

Los heridos y discapacitados de la Guerra de Malvinas ingleses, fueron invitados al desfile de la Victoria, en Londres, solo después de una manifestación pública, que se hizo mediática.

Escondiendo las secuelas, también los veteranos británicos se sintieron usados, y con ellos sus familias.

Lucy sigue revisando sus recortes, piensa en lo que escribirá, y llega al punto sobre el que aun 32 años después, hay desconocimiento y poca difusión.

Muchos civiles han muertos en las guerras del siglo XX, civiles de los que nunca se recuerdan sus nombres. No se entierran en filas ordenadas como los muertos militares, ni son atendidos por la Comisión de Tumbas de Guerra del Commonwealth.

En las islas, murieron tres mujeres civiles, y esta vez, si se conocen sus nombres, Señora Susan Whitley , Señora. Doreen Bonner y la Señora. Mary Goodwin. Son

ellas tres, las que murieron durante un bombardeo por el propio fuego amigo británico. Se habían refugiado en una casa durante un ataque a Stanley.

Hay dos versiones respecto del hecho, uno que señala que fue el HMS Avenger, que por un error de cálculo, detono una bomba conocida como cascara, contra la casa donde se refugiaban y otra versión indica que fue una bomba racimo. Uno de los sobrevivientes, se inclina por la primera versión, porque llegó a conocer al hombre que disparaba en el Avenger.

Los nombres de estas mujeres no aparecen en el Memorial de Saint Paul, pero son recordadas en el Memorial de la Capilla de Malvinas en Pangbourne, frente al pequeño cementerio de San Carlos, donde descansan los muertos ingleses en combate.

También en el monumento a la Liberación frente a la secretaria de Stanley. Las recuerda SAMA, la organización de la Medalla del Atlántico Sur. En la página web el Ministerio de Defensa, hay un cuadro de Honor en memoria de las tres mujeres, y Lucy, cuestiona, la inclusión de civiles en un homenaje militar. Porque, sostiene con vehemencia, ellas no eran militares, no optaron por morir en la guerra.

Susan Whitley era profesora de economía doméstica, y en una exposición anual que se realiza en las Islas, se exhiben sus obras, sus artesanías y bordados. Se creó un fondo fiduciario para educar niños y niñas de las islas en estas artes, y el fondo lleva su nombre.

Lucy agrega que siete mujeres más murieron en la post-guerra, como consecuencia de accidentes provocados en las rutas deterioradas, por la explosión de las minas antipersonas que aun se encuentran.

El buque y su accionar en Malvinas, el HMS Avenger, fueron la punta y el retorno a una situación repetida. Cuando se preguntaba a algunos veteranos de alto rango por el hecho, dudaban, un par de ellos, autores de innumerables libros sobre la guerra, donde describen a la perfección combates, y batallas, no demostraron tener idea de algunas de las consecuencias. Porque cada uno vivió la propia, porque las únicas tres mujeres muertas eran enemigas, o porque simplemente están aun hoy, ocupados en el recuerdo de su batalla personal.

Personalizar la guerra que vivieron los civiles, es poner blanco sobre negro, en las consecuencias que estos padecen, y de lo poco se ocupan los gobiernos al respecto.

Esta historia conmueve profundamente desde un principio, preguntar a cada isleño, daba cuentas de que por supuesto, todos la conocían, muchos evadieron el tema, otros remitían con los protagonistas que sobrevivieron.

Dos niños muy pequeños se salvaron de la explosión del refugio, uno de ellos, posaba en brazos de su madre en una foto tomada en Londres.

Lucy, entre sus amarillentos recortes, todos provenientes de los periódicos "The Guardian" y "Observer", aporta un dato inédito, en la Guerra, del lado Ingles, murieron ocho civiles de nacionalidad china. Parece que en su mayoría eran marinos mer-

cantes, en buques contratados, eran lavaderos, carniceros e instaladores eléctricos, nadie les ofreció la opción de no ir a la guerra.

Sus nombres eran Yu Sik Chee , Yeung Swi Kami, Leung Chan, Sung Yuk Fai (o Pai) , Ng Por, Chan Chi Sing , Lai Chi Keung , Kye Ben Kuro . Murieron en el Sir Tristram, el Sir Galahad, el Atlantic Conveyor, el HMS Sheffield y HMS Coventry.

Lucy se emociona, con la nota sobre el hundimiento del crucero General Belgrano, y recuerda a un sobreviviente que relata “los chicos eran muy jóvenes, entraron en pánico, y se tiraron al mar, donde el agua era helada y áspera”

Después de cada guerra se han escrito crónicas, épicas, relatos, todos valiosos, para la reconstrucción histórica. Muchos han dejado fuera el testimonio de tantas mujeres como Lucy, que documentan sus vivencias con periódicos de la época, y dan la posibilidad de rearmar episodios prácticamente desconocidos. Echando un manto de sensibilidad propia del genero, sobre situaciones, en las que los narradores masculinos no reparan. Simplemente porque no les es propio.

Las grandes guerras, han dejado cantidades obscenas de civiles muertos, más allá de los soldados, que aun sacuden al mundo, con un dejo de hipocresía. Porque en realidad no parecían importarle a nadie.

Para algunos autores, la guerra del Atlántico Sur, había sido una breve batalla desigual, lo que se interpretaba como una guerra pequeña, comparada con otras. Para los protagonistas, tenía una dimensión imposible de medir, en dolor, en duelo.

Las tres civiles muertas, con sus nombres y apellidos, llegan sin anunciar, que los argentinos podrían conocer a una sobreviviente del acontecimiento nefasto, que fue capaz de brindarse con toda generosidad a contar su historia.

Su nombre es Verónica, y es ella, la mujer, rubia y bella que enviara generosamente su fotografía, portada de un diario ingles, donde sostenía a su pequeño hijo en brazos.

Y en los sondeos de dolores irremediables, que sirvieran como ejemplo de luz, como aporte al dialogo, había muchas mujeres. Una de ellas, vio su vida marcada por la guerra para siempre

Ella es Anita Flanagan, y las referencias periodísticas los diarios de Kent, no hablan de su vida, más bien de su muerte.

Se caso tan enamorada como se puede estar en los veinte años de la vida, formo una familia y convivió con él hasta que fue convocado, para zarpar en el Atlantic Conveyor rumbo al Atlántico Sur.

Vivieron juntos, durante dieciocho años en Beverley Close, Rainham.

Anita era una mujer sencilla, que no comprendía bien, como muchas, a que iba su marido a tan remoto lugar. Pensó en una rutina, en un ejercicio militar como tantos otros.

Sus temores más profundos llegaron con las noticias, a partir del 1 de mayo. El hundimiento del Crucero General Belgrano y el ataque al HMS Sheffield.

Anita temblaba de miedo, pensando que podía no volver a ver a Edmund. No concebía la vida sin él, y nunca imaginó una tragedia bélica que los separara. Si bien el Reino Unido era un país acostumbrado a participar en grandes conflictos, a finales del Siglo XX era imprevisible, que occidente tuviera muertos en combate.

El 25 de mayo, dos aviones Super Etendard, de la Armada Argentina, con el indicativo Mina, cargados con dos misiles AM 39 Exocet, despegaron a las 14:34 horas de Rio Grande, con rumbo Noroeste, se reabastecieron con el KC-130 Berlín, viraron rumbo este hasta el punto donde debían iniciar el vuelo rasante. Dispararon ambos Exocet, sobre el HMS Atlantic Conveyor, un gigante portacontenedores inglés, que actuaba como virtual tercer portaaviones de la flota. Uno de los misiles dio de lleno en su enorme estructura, explotando dentro.

Murieron once hombres, se hundió luego de las 16:00 horas, en lo profundo de un mar remoto, que se trago los sueños y el amor de Anita para siempre.

Jamás lo superó. Lo sobrevivió casi veinte años, llorándolo cada día. Nunca volvió a enamorarse, y su único anhelo era volver a reunirse con Edmund. Así se lo hizo saber a su hija Cassandra, su última voluntad fue que la cremaran y esparcieran sus cenizas junto a las de su marido, en el Atlántico Sur.

Anita murió un 9 de agosto, su servicio religioso fue celebrado en la Iglesia de San Agustín en Gillingham y fue cremada en el Medway Crematorio. Tenía 57 años al momento de su muerte.

A partir de ese momento, su hija Cassandra, de 29, dedicó sus días a tratar de cumplir el deseo de Anita, de descansar eternamente junto a Edmund. Se dirigió a cuan-

ta organización británica pensó que podía ayudarla, cuando consulto a Royal British Legion, le respondieron que no hacían ese tipo de traslados. Cassandra ni siquiera pedía viajar, solo que alguien llevara las cenizas de su madre a las costas de las islas, como era su voluntad.

Fue finalmente Aled Jones, una estrella de los medios de Londres, quien haría un especial para BBC en el 20 aniversario de la guerra, quien declaro sentirse privilegiado de cumplir el último deseo de Anita.

Su historia, era simplemente un símbolo de lo que provoca la guerra, en los que la padecen y la sobreviven, afectando sus propias vidas y las de quienes los trascienden.

Anita bien podría ser una de las viudas argentinas, en un permanente ir y venir de una tragedia común, al común de las personas.

Cuantas mujeres como Anita sobreviven aun hoy a los héroes argentinos, algunas rehicieron su vida, otras se quedaron siempre solas, honrando el recuerdo.

Anita perdió a su marido en el hundimiento de un buque, y muchas madres perdieron hijos en otros.

La lista oficial de los muertos en el hundimiento del Crucero General Belgrano, es larga, una abanico de provincias ocupan el casillero del lugar de nacimiento, y un único y escalofriante "mar argentino" ocupa todos los que corresponden al que señala donde descansan sus restos. Leer esa lista desgarró, la cantidad de madres, es-

posas, hijas, que cargan aun hoy con el recuerdo de la muerte más trágica y más helada. Una historia propia de la película más dramática jamás realizada.

Muchos de los desaparecidos en el mar Argentino, fuera de la zona de exclusión, son jujeños. El crucero se hundió luego de ser torpedeado, por el submarino de propulsión nuclear Conqueror, el domingo 2 de mayo de 1982 a las 16:01.

Juana era con todos sus años, una mujer sencilla pero de una gran lucidez. No entendió bien, al principio, porque querían hablar con ella, de ella misma. Siempre le preguntaron por su joven hijo. Dueña de una mirada profunda, que vaya a saber cuánto dolor guardaba, es austera en sus manifestaciones. Tal vez, no contaba con un vocabulario rico para describir sus emociones. Esto lo suplía transmitiéndolo por medio de sus movimientos lentos y unos suspiros profundos. No hizo falta hacerle preguntas, espontáneamente, ella recordaba aquel 2 de mayo.

Su hijo recibió el telegrama de que sería incorporado a la marina, y su madre ese día lloro. Sin imaginar que muchas más lagrimas le mojarían la cara por el resto de su vida.

El día que lo embarcaron en el Crucero General Belgrano, le alcanzo a escribir una carta donde le contaba que lo mandaban a la guerra. Y nunca más supo de él. Solo que el crucero se hundió ese 2 de mayo, y que murieron 323 de sus tripulantes, pasaron varios días hasta que se dieron a conocer los nombres de las víctimas.

Juana suspira en el patio de su casa, humilde, sencilla. En el otro extremo del mapa, sabe que el nombre de su hijo quedo escrito en un mar, que ella nunca conoció. Lo imagina helado, porque le contaron. Los ojos se le humedecen relatando los home-

najes que todos los años le hace el pueblito entero a su hijo. Ella es un custodio de su memoria, para todos sus habitantes, es la madre del soldado que murió en la guerra.

Juana ceba mates, debe tener setenta años y alguno más. Sus hondos silencios, arrugan el alma. Quien sabe que entendió de todo lo que rodeo a la guerra, si sabe bien que siente.

Un dolor profundo, que la acompaña desde hace más de tres décadas, no hay rencor ni en su mirada ni en sus palabras, solo la resignación de un alma pura de madre, a la que un mar helado y negro le arrebató a su hijo.

Lo vieron arrojarse al mar, muerto de miedo.

Y había tantas Juanas a lo largo de la geografía argentina. Como las había, más allá del mar, en otro continente, en un país con más experiencia en la guerra, pero no por eso lo sufrían menos.

Juana era, una mujer mas, a la que la guerra le quito media vida, casi todas las sonrisas, y muchas esperanzas.

La historia de Juana, está más cerca de las Islas, porque su hijo murió más cerca de Herber que de su madre, y quedo en el mar, para siempre, más cerca de Edmund y Anita Flanagan que de su pueblo.

La guerra era un pasado tan remoto como el Atlántico Sur, como dijera Patrick.

En Argentina, los silencios y las mentiras de los últimos casi 40 años habían dejado crecer relatos de todo tipo. Algunos se habían adueñado de la verdad, y otros se hicieron del patrimonio de las historias y decretaron ausentes de los que nadie hablaba.

Respuestas miserables, silencios inexplicables, han ido permitiendo que se creen dueños, de la verdad, de la gloria y son quienes manejan esos silencios.

Muchos, han hecho de la guerra y del dolor un negocio, como ha pasado en muchos otros casos con otros dolores en este país.

La guerra es la experiencia más traumática para una sociedad en su conjunto, pero en este país, se había aislado a los protagonistas, convirtiéndola en un puñado de individualidades. Porque la sociedad tomo distancia, y se reconcilio con los individuos héroes y veteranos, pero no asumió la tragedia como social. Hacerlo, permitiría que cada uno de nosotros pueda ser participe, al menos, de que se elabore un discurso nuevo, mas inclusivo.

Las islas fueron el escenario principal de un combate breve, pero no por breve dejo de ser sangriento en la batalla. Las mujeres a las que les toco de cerca el ruido de las bombas y sus esquirlas, jamás olvidaron esos días.

En las fotos que tomo Silvia Barrera, desde el buque hospital Irizar, cuando ya Puerto Argentino estaba siendo bombardeado, pocos días antes de la capitulación, probablemente una de esas columnas de humo que se levantaban hacia el cielo, salían de la casa de John y Verónica Fowler.

Transcurría abril y el tiempo no seguía tan bueno como la primera semana, cuando la broma era entre los isleños “como dios es argentino, ahora tendremos buen tiempo”

Todos habían recibido instrucciones de quedarse dentro, pero muchos, aprovechando los últimos días no tan malos, salían a sus patios. La mañana del desembarco, por la casa de John habían pasado los volunteer corps, portando armas y viejos uniformes, que al lado de los recién llegados argentinos, parecían “una hinchada menesterosa que acababa de perder un campeonato”. John se arrepintió de no tomarles una foto, que en ese momento hubiera representado el recuerdo de que todo terminaría pronto, porque deba la sensación de que en cualquier momento alguien gritaría “acaben con esta locura”

La invasión los había dejado mudos, porque no tenían certezas de sentirse absolutamente protegidos por el gobierno del Reino Unido, muchos temían que los entregaran a los argentinos y en aquellas horas no paraban de preguntarse por sus destinos.

El gobernador llamo a una reunión que los tomo desprevenidos, John asistió como directivo escolar, y lo oyó decir que le habían avisado de Buenos Aires que venía una invasión. Fue todo cuanto dijo, y al siguiente día se rindió a las tropas argentinas. Cuenta la leyenda una versión de que el gobernador salió de sus oficinas con un paraguas al cual había atado en pañuelo blanco. Probablemente esta imagen, un tanto ridícula, sea parte de la leyenda urbana de Stanley. Otros dicen que ante el pedido de un oficial argentino de que abandone el gobierno, se vistió con su uniforme de gala, calzo su espada, y así se entrego. Ambas versiones, recogidas de la

oralidad de los isleños, son iguales de pintorescas, si no fuera por lo que vino después.

Para algunos autores argentinos, tras algunas negativas de Hunt de abandonar el lugar y luego de varias ráfagas de ametralladora de argentinos, el gobernador británico aceptó hablar con el jefe de las fuerzas argentinas, el contraalmirante Carlos Busser y ordena la rendición de las tropas inglesas, eran las 9.15 del 2 de abril de 1982. La Operación Rosario, fue breve, y solo arrojó una baja argentina.

John reconoce que luego del desembarco, el trato con los civiles fue bueno, Los pocos casos de robos que el recuerda fueron incursiones a casas abandonadas de soldados que buscaban comida o asaltos a algún gallinero.

Todo abril fue tranquilo y a John el desembarco le sonaba a una película de Peter Sellers. Se fijaron compensaciones por cada gallina abatida o ventana rota. Si alguien deseaba salir de casa, debía hacerlo exhibiendo previamente un pañuelo blanco, aunque fuera para ir al patio a orinar.

John es preciso, no deja fuera ningún detalle de aquellos días. Recuerda que la radio argentina informó que a partir de ese momento se conduciría por la derecha, y se hablaría solo español, en todos los ámbitos, hasta en el faro, aunque el farero se las arreglaba para transmitir por radio a Londres, lo que se le daba la gana, en inglés.

Mientras tanto, en las narices del gobernador argentino, los pastores hacían caravanas por las noches con sus camionetas y tractores, trasladando el material de los paracaidistas británicos.

Era una versión bastante más ridícula de la situación argentina, de la que mostraban los diarios de Buenos Aires, donde contaban con mentiras infames, una sumisión absoluta a la autoridad.

El primero de mayo John se encontraba avivando el fuego, tenían un bebito de días y el frío ya se sentía. Sintió que le explotaba la estufa. Era un Vulcan que llegaba desde Ascensión, bombardeando el Aeropuerto. La onda entro por la chimenea y lo tiro en la alfombra. Luego comenzó a ver pasar jeeps con soldados malheridos. Fue allí cuando perdieron las esperanzas, este bombardeo y el hundimiento del Belgrano, echaron por tierra la idea de que la guerra eran solo palabras.

Comenzaron los oscurecimientos totales, y todos debían quedarse en sus casas con las ventanas cubiertas desde el atardecer hasta la mañana siguiente, regia el toque de queda.

Pronto los Fowler, que vivían en una casa cómoda y solida que pertenecía al gobierno, comenzaron por ese motivo a recibir huéspedes. Ya aviones ingleses bombardeaban el otro lado de la isla. Su casa era considerada segura.

Enseguida, lleo Mary Goodwin, dueña de una hostería donde paraban todos los científicos que pasaban por Malvinas para ir a la Antártida. Contaba historias increíbles, atendía a todos con solicitud y lo que más feliz ponía a John era que cocinaba como una reina.

Tres categorías de afectados saltaban a la vista. Los militares, que optaron por esa carrera con los riesgos que ello acarrearba, podía ser una guerra uno de ellos, era su trabajo. Los soldados conscriptos que estaban allí porque les era obligado, no tenían

opciones, no lo habían elegido, y los civiles, los seres más vulnerables en cualquier guerra del mundo, también los menos reconocidos. Ellos deben ser la bandera para detener las guerras. Y aunque esto fuera una utopía, había que decirlo, porque decirlo era intentarlo.

Por esos días, a la segura casa de John, también llegó el hijo de Mary, un ex marino a quien le faltaba una pierna, Doreen Bonner, con su hija discapacitada, a quien dedicaba su vida, prodigándole cuidados. La joven se llamaba Cheryl, y desde que recordaban estaba en una cama, y era absolutamente dependiente de su madre.

Susan Whitley, se sumo al grupo de refugiados en la casa de John, era una profesora de arte y economía domestica. Era la que Lucy recordó en medio de sus recortes amarillentos de periódicos de la época. Su marido era uno de los mejores amigos de John, que llegó con ella, Steve.

Nadie nombraba la muerte por aquellos días de otoño, las vidas de la casa se reducían a estar dentro y salir a renovar las películas en una casa de Stanley que alquilaba cintas de video, y de paso servía de paseo a la pequeña Rachel, hija de John y Verónica.

En mayo paso algo terrible, horrible a decir del propio John. Un avión salió de las montañas y paso tan bajo por el patio de su casa, donde él jugaba con Rachel, que pudo ver la cara del piloto. Por la intensidad de la metralla imagino que era un piloto británico. Uno, o diez, o mil disparos dieron en el aparato que voló en pedazos. No le resulto difícil pensar en la desesperación de ese hombre atrapado en el infierno. Y

no pudo creer, que junto a su pequeña hija, desde la intimidad del patio de su casa, asistían al espectáculo de hombres cazándose entre ellos como animales.

Rachel corrió despavorida hacia el interior de la casa, y dejó atrás a la niña que nunca volvería a ser, su seguridad y alegría quedaron sembradas para siempre en ese patio, convirtiéndola en una persona triste e introvertida, y tal vez allí comenzó el origen de las muchas depresiones que padecería a lo largo de su vida adulta.

Como John se quedó con dudas sobre la identidad del avión, consultó en la biblioteca algunos libros y descubrió que se trataba de un Mirage argentino, derribado por error, por fuego amigo.

La historia de la explosión en la casa de John, donde murieron las únicas tres mujeres civiles de la guerra, ha sido contada por él en primera persona en su libro, y repetida por muchos, que le han agregado o quitado detalles, dependiendo de la cercanía, la memoria y la emoción.

Los argentinos de este hecho no sabían mucho, aunque habían pasado más de treinta años, y el libro de John se editó en la Argentina, a nadie o a pocos, pareció interesarle la historia. Por múltiples factores, porque en el 82 eran el enemigo, porque luego se silenció todo lo que ocurrió, y porque el transcurso del tiempo los volvió invisibles, y como en todo el mundo, se rescataron las gestas, dándoles tonos de épica.

El día que todo voló en su casa, Verónica Fowler, la esposa de John en ese momento, se resistía a entrar al bunker que habían armado. Era un lugar que le resultaba hostil y oscuro.

John se pasaba los días estudiando los ángulos de donde podrían provenir los disparos, su cocina daba al mar por lo que pensó en un bunker más bien en el centro de la casa, además a los que más le temía, era a la guerra callejera, jamás pensó que el fuego llegaría del cielo o del mar.

Se ocupó de armar un refugio en el centro de la casa con cajas de whisky llenas de turba y libros.

La turba, ocupa un lugar de importancia en los refugios construidos por los isleños, y también en las trincheras de los argentinos. Para los isleños de aquellos años, era el calor, el fuego, el hogar, el combustible casi primordial, provisto por el mismo terreno. Para los argentinos, fue refugio y abrigo donde las ropas no lo eran, y la turba amortiguaba los disparos.

En las islas la turba era la fuente de combustible y de la construcción, cada sencilla casa, poseía una turbera en su patio, esto es un depósito, para proveerse en la necesidad doméstica del día a día.

Los hogares de turba, pueden sonar a una pobre forma de hacer frente al frío en los crudos inviernos, de Irlanda, de Escocia y de Malvinas. En realidad, el verano es el momento del corte de los tepes, o panes de turba, para secarlos y apilarlos para el consumo en las turberas.

La turba es un combustible conveniente para el uso doméstico, donde conseguir leña es difícil, y aun donde no lo es, porque es de combustión lenta. Su uso es probablemente anterior a la historia escrita. En Canadá y Estados Unidos se usó entre los siglos XVIII y XIX y en algunos lugares se la utiliza aun hoy.

Como en el extremo sur del mismo continente Americano, sobre todo en las Islas del Atlántico Sur. Los cortes de turba tanto en Irlanda como en Escocia, se siguen utilizando hoy en algunos hogares por pura tradición, de allí la herencia a los habitantes de las Islas, además de ser abundante en su territorio.

La ceniza de la turba provee calor constante, por lo que los hogares en los lugares, fríos puede mantenerse encendido todo el año. Siempre el corazón del hogar de turba, mantiene un brasa encendida, que al amanecer solo se necesita agregar otro pan y soplar, para avivarla.

En muchos países, ha habido grupos de trabajadores especialistas en extraer turba y alcanzarla a los hogares, en las Islas, era una tarea del habitante, una ceremonia de conjuro contra el frío, que duraba todo el año, en sus diferentes etapas. Recolección, secado y almacenamiento.

Durante los bombardeos, la artillería nocturna comenzaba a las once de la noche, se oía un chasquido desde el mar, luego un silbido, que no acababa nunca, hasta que estallaba en el blanco.

En la casa de John, tuvieron un aviso, había caído un proyectil en el jardín, que no exploto, pero John no se entero porque dormía en el bunker. Steve, el marido de Susan, fue a contarle lo que pasaba y se reunieron todos en la cocina a tomar un té. Como era el lugar más peligroso de la casa, porque daba al mar, convenció a todos a que fueran a un lugar más central.

John volvió al bunker a dar un vistazo a los niños, y oyó, la canción más aterradora de su vida, el ruido del misil, que se presentía cada vez más cerca y no llegaba nun-

ca al blanco. Doreen se abrazó a Verónica, y luego del estallido la casa quedó a oscuras.

El tanque de agua destruido despedía una lluvia metálica, una nube de polvo los cubrió a todos, cuando se disipó, Doreen seguía abrazada a Verónica, sin vida. Una esquirla le seccionó la columna.

Susan murió con su taza de té en la mano, mirando a la cocina, sus lentes puestos llenos de polvo y Mary murió dos días después por el estrés y las heridas.

Verónica recibió varias esquirlas superficiales, pero mantuvo la calma en todo momento y sus pequeños resultaron ilesos dentro del bunker.

Esa misma noche se fueron al hospital, donde se acomodaron con los niños en un cuarto, hasta que John le sugirió que se metieran con los pequeños debajo de la cama, donde pasaron dos noches. Sentía que el cuarto del hospital no les brindaba ninguna protección y comenzó a amontonar cosas y a sellar y oscurecer las ventanas. Y hasta llegaron a dormir dentro de un armario.

Verónica encontró una casa vacía cuando salieron del hospital, en un rincón del patio había un aparato que no llamó su atención, ni tampoco a Rachel que jugaba por allí. Un día vino un amigo con un perro que no dejó de olfatearlo, hasta que al paso de un soldado le preguntaron que era. Como toda respuesta, el soldado tomó a John del brazo y le dijo “debemos abandonar inmediatamente este lugar”

Era una bomba beluga, de las que caen como racimos y son sensibles a la luz y al calor. Siempre listas para estallar. Debieron abandonar su nueva casa, volver al

hospital, donde Verónica, por primera vez, desde que habían comenzado los 74 días de esa maldita guerra, grito, indignada, que estaba harta, insulto, hizo una catarsis que le sirvió para tranquilizarse, y tal vez, para salvarla de las esquirlas que no se ven, las del alma.

La noche de la explosión en la casa de John y Verónica, fue la anteúltima de la guerra. La más negra de todas las que vivieron, la que no olvidarían mientras vivan.

A John los persiguieron las pesadillas del estallido muchos años, y una mezcla de culpa por no haber abandonado las islas, como lo hicieron muchos. Para él, hubiera sido una traición para sus amigos y esa tierra, que lo recibió como inmigrante y le dio todo.

El escalofriante zumbido que llegaba desde el océano, como el mismo lo describe, le hacía temer, por su mujer, por sus hijos, se despertaba bañado en sudor, esperando el apocalipsis.

La historia de la familia Fowler, es la más significativa de lo que viven los civiles en la guerra, vulnerables, conscientes el peligro, haciendo lo que podían para protegerse de la lotería de las bombas.

Como ocurriera en Comodoro sin que llegaran a estallar, solo porque la guerra acaba de pronto, no porque no hubiera sido posible.

Los minutos que siguieron a la explosión, no fueron peores, porque el hombre que manejaba la artillería en el mar, se dio cuenta que algo andaba mal con el blanco y decidió ordenar detener la acción. Era el Capitán Hugh McManners, volvió a las is-

las, se contacto con John y fueron a comer al Malvinas House, era un hombre lleno de fantasmas, Fowler no lo considero más culpable que a su computadora, que le dirigía los disparos. Otros dijeron que apunto a ese blanco para dar a un objetivo argentino cercano, por lo que se gano el apodo de Carnicero MacManners. Aunque John piensa que si no fuera por él, peores hubieran sido las consecuencias de no detener el fuego.

El fuego “amigo” que vivió Fowler cuando vio caer el avión argentino desde su patio, y el mismo que detono su casa dejando tres mujeres muertas. El mismo que describió Doris West en el Formosa, como si un fuego que mata pudiera ser amigo.

Demasiado, para una sola vida. A John, la invasión lo había asustado menos que la liberación, las tropas inglesas avanzaban con éxito sobre las islas ocupadas, hubiera deseado estar muy lejos. Sus sentimientos eran confusos, estaba del lado de quien iba ganando, pero se conmovía enormemente por las caritas de los jóvenes soldados argentinos hambreados.

Este era un punto lamentable, que se escuchaba siempre como un eco del horror, podía ser propaganda contra Argentina, pero había trascendido las islas. Durante muchos años nadie había hablado, pero con el tiempo, llegan las necesidades de contar, y muchos soldados lo habían sacado a la luz.

Los testimonios de las mujeres isleñas que le relataban como pedían comida, jóvenes, desabrigados, desolados, tan pronto como el 6 de abril. Y una mujer, no podía sacarse de la cabeza, a aquellos dos obligados a meterse en la bahía helada, a

quienes un militar de mayor rango les había pateado la taza de té proporcionada por ella misma. John también los vio, y lo señaló en su libro.

En una publicación en una red social, donde aparecía la foto de un veterano que recibía una medalla, y los comentarios debajo de ella eran contundentes. Lo llamaban asesino, torturador, otros veteranos conscriptos lo ubicaban perfectamente en el lugar de las más enormes miserias, el hombre de la foto era quien guardaba bajo llave, la comida que era para ellos.

Una cosa era el valor y el coraje de estos soldados hechos hombres a fuerza de balas, que con verdadera convicción defendieron a la patria, y otra muy distinta, la mentira sostenida y el ocultamiento de la violencia ejercida dentro de la situación de violencia en si misma que es la guerra.

Dentro de las Fuerzas Armadas Argentinas, aun más de treinta años después, hay silencios, que no responden a la infamia del ocultamiento en sí, sino a la cultura vertical del corporativismo. No se habla del maltrato a los soldados, no se habla de las mujeres.

La historia de John no es precisamente la de un vencedor orgulloso, Se lo puede identificar fácilmente, como una víctima más de esta loca guerra. Como lo fueron los soldados propios, los ajenos, los amigos olvidados de Comodoro Rivadavia, que no sumaron heridos y muertos solo porque todo se hizo breve.

No era acaso la foto de Verónica en Malvinas, luego de sobrevivir al fuego amigo, posando junto a un soldado argentino aliado por el final, la síntesis de lo que provoca la guerra?

En el museo Imperial Británico, se pueden ver más fotos de soldados argentinos aliviados por la capitulación.

Existían pactos de silencio, del que solo llegaron al presente los ecos. Porque la lucha de los sobrevivientes fue larga y dura, conseguir un lugar donde no los acompañara el horror, resulto imposible.

Del último día de la guerra, el posterior al ataque a su casa, John recuerda que la ciudad era un desastre, una inmundicia, reinaba el silencio, aunque todos, británicos y argentinos estaban congregados en Stanley. Los servicios colapsaron, y John y Verónica, con un bebe de dos meses, la pasaban peor. El clima no ayudaba, porque todo estaba cubierto de hielo y nieve congelada.

El almirante jefe de las tropas británicas, pregunto a John si no sentía temor de la turba que bajaba armada de los montes, marchando a paso marcial como si fueran a un desfile. Se estaban rindiendo, eran incapaces de matar a nadie en la ciudad, respondió John.

En un raptó de lucidez, los ingleses solo dejaron en Stanley soldados que no hubieran entrado en combate, y nadie mato a nadie en ese último día. En Monte Longdon en cambio, si hubo ejecuciones de soldados prisioneros. En la ciudad no hubo venganza, se respiraba alivio, pero también tristeza.

A John le explicaron que el HMS Avenger, fue el que mato a las mujeres de su casa. Como todas las noches había estado disparando contra Monte Longdon. Al amanecer empezó a retirarse, entonces desde la costa llego el ultimo Exocet, el Avenger alcanzo a eludirlo.

En argentina, un militar estudioso de la guerra, conto que no se sabía con certeza de la acción del buque, incluso había algunas historias de que se lo pinto como a otro, que había sido hundido, para no contarlo como baja.

Al otro día del ataque a la casa de John, termino la guerra, y por la noche llego el invierno. Una tormenta del polo sur, helo todo a su paso con ráfagas de 200 kilómetros por hora. Seguía nevando en Malvinas y la sensación térmica llego a más de 20 grados bajo cero.

El frio, vínculo a John para siempre a un soldado argentino, que conoció luego de muchos años, uno de esos dueños de una pobre alma helada en el confín del mundo.

Su nombre es Miguel, y una noche, junto a otros seis, bajo de Monte Longdon, y se metieron a una granja vacía. Hurgaron todo el lugar buscando comida y Miguel se llevo un pulóver.

Sintió pena por los dueños de la casa, que olía como la suya, deseo con todas sus fuerzas poder quedarse allí y en el poco sentido que tenía todo.

Cuando Miguel se encontró con John, había vuelto a visitar las islas, la trinchera donde estuvo hacinado, y a devolver el pulóver. Su madre lo había querida así.

John, expone sus recuerdos, desde la pura humanidad de sus sentimientos, fueron los peores días de su vida, y los de su mujer Verónica. Ninguna expresión revanchista, porque John, como el resto de los isleños, no gano nada con la guerra. En la guerra, pierden todos.

Esto excede, lo que pudo el Reino Unido mejorar sus vidas luego. Porque el precio fue muy alto, impensado, y los ecos del horror los acompañan hasta ahora.

Crucero General Belgrano



MIENTRAS PASA, LA VIDA ES BELLA

“Esta es una historia sencilla, pero no es fácil contarla. Como en una fábula, hay dolor. Y, como una fábula, está llena de maravillas y de felicidad.”

La Vida es Bella, película.

Marisa accedió hablar de la guerra, luego de 20 años que no lo hacía, ni se vinculaba a ese recuerdo, con la condición de no dar datos sobre el destino militar de su marido, solo que era un oficial, ni al arma a la que pertenecía. Los silencios de la guerra se respetan, y los testimonios son igual de fuertes, a la hora de mostrarnos las secuelas.

“La guerra me atravesó para siempre el cuerpo y el alma, una fría mañana de Junio, cuando un compañero de mi marido, me aviso que había sido herido en combate. Después vino el jefe de la unidad, con el vehículo oficial y el cura, no tuve mucho más que entender cuando paro en la puerta de mi casa.

Fui una flamante viuda a los veintitantos años, se me esfumaron los sueños, el amor, y me invadió un dolor profundo, ahogado, en la obligación de una entrega que no quería sentir. Porque cuando supe de la guerra, pensé que era absurda, como la dictadura, pero no dije nada. Me había criado en un mundo que nada tenía que ver con ese, camuflado. Pero me toco enamorarme, dejar mi tierra natal y acompañar.

Hasta que quede sola, y vinieron los homenajes, los honores, y pasaron los años, de mas honores y mas homenajes, no aguante demasiados, corte con eso porque me arrugaban el alma, me ponían, en un lugar de la historia en el que yo no quería estar.

Jamás me explicaron, pero supuse que paso lo que debía ocurrir, en esa guerra que odio, por el resto de mi vida, pero no dije nada. Hice lo que pude, jamás olvide a mi primer amor, no tuve hijos a quien explicarle como y porque murió su padre. No quise quedar atada a aquello. Me negué, como me hubiese negado a la guerra, y no dije nada. Hago terapia aun hoy, y mi vida es más o menos buena. No me planteo si hubiese sido mejor pegada al pasado, al homenaje. Mi homenaje es el recuerdo de los besos que alcance a dar, los abrazos que alcance a recibir y las palabras dulces. Elegí, en mi caso, entre la vida y ser una viuda de la patria. Esas fueron opciones que yo misma me planteé. No sé si fue digno, no sé si estuve a la altura de las circunstancias, hice lo que pude, lo que me salió.

Que si me lo han cuestionado? Si, muchas veces. Por eso me aleje y no hable.

Hasta hoy, y será la única vez.

Estudiantes de veinte y tantos años, en un instituto de formación militar, se muestran sorprendidos, a la edad en la que sus mayores habían ido a la guerra, por unas historias, de mujeres, que los llenaron de emoción.

La guerra para ellos hasta ese momento, eran las armas, los aviones, las granadas. Se dejaron atrapar, y con pasión, realizaron un trabajo maravilloso, sondeando vidas, encontrando almas, que los sacaron por un rato de aquel avión de caza o de transporte, y los llevaron a la crudeza de la guerra. Esa, que la épica del combate no cuenta.

Entrevistaron, guiados por la cátedra, muchas esposas de veteranos, oficiales ellos, que volvieron de la guerra, y ellas, en el mientras tanto, hicieron lo que pudieron con lo que les tocó y protegieron a sus hijos de la realidad.

Fueron fuertes, como lo había sido Sarah en el peor momento, y fueron humanas y débiles, y las descubrieron llorando y temiendo. Y rescataron sus historias, humanizando la guerra.

La mujer de un militar profesional, sabe los riesgos que corre, la vida que llevara de un lugar a otro, hasta incluso, que su marido puede ir a la guerra. Hoy no existe ese temor, pero en el 82, con la experiencia previa del conflicto de límites con Chile, flotaba entre los militares, aunque sus familias no lo hablaran, la posibilidad de un despliegue, de una partida sin aviso.

Los militares habían tenido muchas bajas durante el accionar de la guerrilla armada, previo al golpe de estado de 1976, por lo que vivir en guardia era un hecho habitual para sus familias.

Si bien la guerra no las expuso al mismo peligro, si dejó a las mujeres solas, haciéndose cargo de todo, cuando hace 32 años, las cosas no eran como ahora.

Los testimonios conseguidos por los alumnos, hablan de mujeres sensibles, no solo por la propia situación, sino por la guerra en general. El temor, durante días, semanas o algunos meses, de que el jefe de la unidad donde estos hombres revistaban, apareciera en sus casas con el cura, fue algo de lo que no se olvidaran jamás. "Hoy no me tocó a mí, pero mañana puedo ser yo".

Esta es una experiencia que sostenida en el tiempo, mas allá de unos pocos días, es altamente traumatizante. Ahogar el temor, las ganas de llorar, ocultando a los hijos el riesgo que corrían sus padres, recuerda en la medida de estas circunstancias, la entrañable película “ La vida es Bella”, en este caso, una madre, hizo lo que pudo para hacer que sus hijos, vivan felices, aunque a ella se le estuviera yendo la vida en eso.

Graciela

“El 5 de abril mi esposo fue desplegado al Sur (aparentemente a Río Gallegos), lo cual me dio cierta tranquilidad; pero, a la semana me llaman por teléfono. Cuando escuché –“Señorita, de Malvinas Argentinas le van a hablar”, sólo recuerdo que un hielo recorrió todo mi cuerpo; algo similar a entrar por un túnel oscuro, sin salida. Hacía cuatro meses habíamos llegado a vivir a nuestro nuevo destino, Mar del Plata. Ahora se me presentaba un futuro incierto con cinco hijos de seis meses, dos años, cuatro, seis y siete respectivamente. Por ellos me recuperé inmediatamente y pude ser fuerte en tan terrible momento. Sabía que él estaba haciendo lo que debía, con valor y total entrega al servicio de la Patria.

Pero...podía morir. Mi padre, teniente Cnel. (R) del ejército, había sido asesinado por la guerrilla de los años setenta. Dios podía pedirme otra prueba más...esos eran mis pensamientos. Me defendí como una leona protegiendo mis niños de todo dolor, continuando la vida como si su papá estuviese en un lugar seguro y tranquilo.

El poco desarrollo de la tecnología de entonces, no impidió que mantuviera contacto con él, quien se encontraba en la Base Aérea Militar Malvinas. El teléfono se constituyó en un medio para comunicarme, las cartas sirvieron al momento de querer saber de él. Jamás él escucho un llanto al teléfono o un te extraño, vuelve. Solo lo

alenté y le daba fuerza, como esposa de un Oficial de la Fuerza Aérea, yo sabía que él estaba preparado, que esto era para lo que se preparó toda su vida.

Sentí mucha soledad, al estar lejos de mi familia, en un lugar nuevo, sola realmente. Creo que me salvó el haber trabajado con niños en la docencia, y entonces trataba de que nunca faltara el juego y la alegría además de realizar las tareas diarias. Lloraba en las noches, cuando no me veían, lavando pañales y escuchando las novedades en la radio.

Una vecina que tenía un hijo viajando hacia el sur en un buque petrolero, preocupada también por la situación, se acercó a mí y fue el inicio de una linda amistad. Ella fue un poco amiga, tía, abuela. En fin, Dios a veces nos envía ángeles en el momento que lo necesitamos. Hoy, con veinte años de diferencia de edad, aún continuamos nuestra hermosa amistad.

A fines de mayo mi hermana insistió en buscarme y llevarme a su casa en Leones (Córdoba) previendo lo peor. Yo me negaba, hasta que me convencieron y esto motivó pedir los pases en las escuelas de los chicos (recuerdo que lo hice hablando con lagrimones; era mucho ya. A veces me quebraba). De mis niños, la que más sintió la ausencia del padre fue mi hija Paola. Una tarde nos sentamos a ver un video donde salía mi esposo señalando el cráter que había dejado una bomba. Yo les contaba que él se iba a otro lado donde no tenía peligro. Pero Paola, con sus cuatro años recién cumplidos, se dio vuelta y me dijo: -“entonces papá puede morir en esa guerra

Finalmente nos vinieron a buscar en una camioneta donde llevamos frazadas, almohadas, ollas, pues seríamos once en total en la nueva casa.

El 20 de mayo llegamos a Leones; en la Provincia. De Córdoba, la educación iba adelantada, asique los dos más grandes necesitaron de maestra particular. Todo un cambio, pero se beneficiaron con las novedades y los primos. Algo difícil para todos, claro, ya que entre los niños de mi hermana y los míos sumaban ocho.

Mientras tanto, seguía recibiendo algunas cartas que me daban esperanzas del re-encuentro, pero a la vez pintaba una realidad muy diferente a la que escuchábamos en la televisión o radio. Sentía que cada carta o llamado era una tregua más.

Como artillero estaba destinado en el aeropuerto de Puerto Argentino, asique cuando avanzaron los ingleses, mis esperanzas se adormecían lentamente. El Santo Padre mediaba, pero...

El 13 de junio, como pudimos, le festejamos el cumple número siete a mi hijo Esteban. Todo era confuso. Pero el 14 a la mañana, me llama una vecina que nos prestaba el teléfono. Era él; a horas de la triste rendición, en una guerra con tantas muertes sufridas, Rodolfo había sido relevado y estaba en el continente; en Comodoro Rivadavia. Habían despegado en un Hércules que salió de noche y al ras del agua. No puedo transmitir con palabras el sentimiento que me embargó en ese momento. Sólo puedo agradecer a Dios este regalo sanador de tanto dolor contenido.

A los poquitos días, luego de ver a su padre y hermanos, viajó a buscarnos. Sentí que éramos familia otra vez; que a su lado la vida siempre me había sonreído y en ese momento palpaba que nuestro amor nos mantendría juntos por siempre.

Mi esposo se mantuvo sereno, tranquilo siempre desde que regresó; sólo lo he visto sobresaltarse con algunos sonidos que le recordaban los bombardeos. No es de ha-

blar mucho del tema, pero sí sé que fue una experiencia dolorosa la muerte de los dos soldados que estaban cerca de ellos, y de tantos compañeros de armas.

Paralelo a tantas pérdidas dolorosas de muchas familias conocidas y amigas, nosotros, por gracia de Dios, pudimos regresar a Mar del Plata, y continuar nuestra vida cotidiana, unidos, en paz y con alegría. Ojalá nuestras “hermanitas perdidas”, las Islas Malvinas, sean por fin reconocidas ¡Argentinas!”

Para Graciela y su marido, la guerra es un episodio que no terminara nunca, solo ellos saben íntimamente eso.

Gabriela

“sorprendida en mi luna de miel con la noticia, no de la guerra de Malvinas, pero si la posible guerra con Chile, por eso mi esposo tuvo que partir con 15 días de casado.

Mi marido al llegar allá se encontró con un rumbo diferente, rumbo a las Islas Malvinas, sin poder decirme una palabra de la situación. Estaba en mi nuevo departamento de casada, y tenía todo en caja, recién estábamos empezando una nueva vida.

Desde el primer día, me dijo que él amaba volar y era un soldado de la Patria, y si tenía que dar la vida por ella, la iba a dar. Yo alenté y apoye a mi esposo siempre, yo sabía que mi vida iba ser diferente, tenía que ceder muchas cosas para seguirlo a él, y jamás me arrepentí de nada. Yo estaba convencida del camino que había elegido cansándome con un militar, por eso, acompañe a mi esposo en el conflicto, demostrándole a él, que las cosas en casa estaban bien, que él solo tenía que cumplir con su misión

Las comunicaciones eran cortas llamadas telefónicas y algunas cartas que nos enviábamos. Él me llamaba de la hostería donde se hospedaba junto al resto de los combatientes en San Julián, y apenas podíamos hablar solo diez minutos, ya que dividían el tiempo para que todos pudieran comunicarse con sus seres queridos.

Cuando hablábamos no había lugar para el llanto, no me permití flaquear en esos momentos y menos cuando hablaba con su familia, yo tenía que demostrar o hacer el intento, de una fortaleza interna. Las cartas demoraban mucho. Nos comunicábamos como podíamos. Yo vivía la situación siempre en compañía de mi madre y hermano.

No tengo familiares militares no tenía ni idea de cómo era la vida militar, para mí era todo nuevo, y en ese tiempo estaba la tratativa diplomática. Uno iba escuchando de acá y allá. Uno vivía con lo que decía la prensa. Al principio era no van a venir los ingleses, porque estaban lejos. Luego se dijo que están viniendo, pero que era solo para intimidar. En el transcurso de un par de días se iba poniendo más complicada la situación en las islas. Hasta que un día nos dijeron que ya estaban allá. Fue fuerte. El hecho ya estaba. De a poco iba empeorando la situación allá y también acá porque uno tenía que ser fuerte para afrontarlo. Nosotros habíamos vivido solo 15 días juntos. Y ahora pendía todo de un hilo. Durante ese periodo vuelvo a Mendoza a buscar mis cosas porque tenía todo allá. Estuve un par de días y vuelvo con mi mamá y mi hermano, vivíamos en el edificio de la Fuerza Aérea llamado Santa Rita. El ambiente ahí era terrible porque ya había bajas y era a quien le tocaba. Aparecía el auto con el Cura. Había hombres que le habían informado a las esposas que estaban volando sobre Malvinas... cada pareja manejaba la historia como podían.

Empecé a trabajar de vuelta para mantener la cabeza ocupada. Yo cuando flaqueaba rezaba, me apoye mucho en la fe y siempre tenía eso en la cabeza, que mi marido no me había mentado. Era así y era una realidad que tenía que asumir, tenía que estar o hacer el intento de estar a la altura de las circunstancias. No había lugar para nada. No sabíamos cuándo ni quien iba a volver. Al no tener una comunicación directa no se sabía nada. Era solo esperar.”

Se habló de la guerra en casa, pasaron 20 años y yo me empecé a enterar cosas de ella a través de conferencias charlas y cosas así. Fueron muchos años sin hablar de la guerra.

Pienso que la guerra es para una persona es muy fuerte, aunque vos te prepares para afrontarla. Es vivir una situación límite, hay algo dentro de la persona que ante este tipo de situación reacciona antinatural. Yo siempre respete ese silencio. Si él decidió no contarme, siempre lo respete. Sé que hablaba con los pares pero jamás me conto nada. En lo personal me enteré después de 20 años de sus misiones y no por él.

Durante la guerra yo tenía que estar a la altura de la circunstancia. Hacía lo que podía como podía, a la vuelta de la guerra sentí y siento dos cosas, que son desamparo y duelo. Yo creo que eso de no hablar tenía que ver con el duelo, es una herida que no va cerrar nunca. Cada uno lo afrontó como pudo. Es un duelo que hasta el día de hoy está. No se supera. No nos olvidemos que más allá de la preparación que tenían muchos soldados, se suicidaron y fue por el duelo y desamparo.

Ser militar no es una profesión sino una pasión. Cuando te casas con un militar creo que si vos no aprendes a querer la institución no aguantas el estilo de vida, porque

hay mucha resignación de la mujer, cosas que tenés que dejar, y si no les enseñás a tus hijos lo mismo no podés.

Si volviera el tiempo atrás haría exactamente lo mismo. A mí no me gusta pensar que tendría que haber hecho o dicho algo, porque lo que paso ya paso, sería una pérdida de tiempo, pero en general en la vida. Para mí hay que hacer una autocrítica de las cosas que podés mejorar en el presente y proyectarte en el futuro, lo que paso no se puede cambiar.”

La guerra atraviesa a las quienes la padecen, dejando partes dentro de ellas, inevitablemente, sin que nada se pueda hacer. La lucha con ese ser interior que volvió de la guerra es permanente, pero siempre está la esperanza, de los que volvieron, en que la vida sea bella.

Costa de Malvinas



VERONICA

Verónica es un ser increíble en sinceridad, sobre su vida se puede leer en el libro de John, pero tanto más interesante, es desde su propia mirada todo lo que paso entonces, cuando vivió la guerra.

Su lenguaje es austero, justo. Considero desde un primer momento, interesante que las mujeres de la guerra hablen, se conozcan sus historias, y ofreció un pequeño diario que escribió sobre la noche del estallido en su casa, para aportar a la difusión de lo que sufren los civiles.

Se la podía imaginar, tan británica, impecable en sus modales. Al leer sobre ella en algunas publicaciones y en el libro de John, se descubre una personalidad de esas que impactan por su claridad de pensamiento. Parada en la puerta de su casa de

Stanley, con su cabellera rubia suelta sobre los hombros, declamando “todo esto es una mierda”

Era la cara y la voz de la isleña que padeció la guerra en primera persona. Que demuestra que se pueden reconstruir vidas sin revanchas ni rencores.

En el refugio de su casa, protegió a sus pequeños hijos, aguantando un suspiro de frustración por lo que les pasaba.

Verónica en la actualidad está casada con un español y pasa solo medio año en las islas. Guarda por John, su marido durante la guerra, un profundo respeto, que se evidenciaba en cada palabra que lo refería a él y sigue usando su apellido.

Ella habla de su libro, de sus descripciones puramente humanas, de lo que les tocó vivir en esos días difíciles en Malvinas en 1982.

Su foto le ponía rostro a las palabras y a la voz de una mujer, hija de escoceses, inmigrante en Malvinas. Esa fotografía, tomada en Londres, la mostraba sonriéndole a su hijo pequeño en brazos, su cabellera rubia como el oro, guardaba el brillo de un sol de otra vida, anterior a los días de la guerra.

En 1971, cuando le informaron a la madre de Verónica, en Dundee, Escocia, que se casaban y se iban a trabajar a Malvinas como maestros, su respuesta a John fue “oh, bueno usted será capaz de estar en casa para el fin de semana”

Londres está casi tan lejos del Polo Norte como del Polo Sur. Un lugar remoto, desconocido, para emigrar. Donde la presencia de pingüinos indica que la mayor parte

del año esa tierra está cubierta de hielo. Un clima oceánico, hace que la nieve sea escasa, aunque el frío sea inclemente.

Parecidos a los inviernos de la costa patagónica de Comodoro Rivadavia, donde frente al mar ni un solo copo de nieve, mientras tres o cuatro cuadras mar adentro, las calles juntaban veinte centímetros.

Ese 2 de abril del 82, para Verónica, era una belleza particular de sol y cielos azules, que acompañó la llegada de los argentinos y se quedó con ellos por unos días. El día que terminó la guerra, el invierno llegó con tal crudeza, que quedaron en el recuerdo de todos, los tibios días de la primera quincena de abril. Y el clima no se mostro así nunca más.

Stanley, es una capital pequeña y pintoresca, que recibe más horas de sol al año que Londres, los días son claros, el aire fresco, y la no existencia de contaminación hace que sus habitantes se deban cuidar mucho de las quemaduras solares.

Otra cosa que sorprendió a Verónica al comenzar a interiorizarse por el lugar donde iría a trabajar como maestra, fue el tamaño del archipiélago. Conformado por más de 700 islas, algunas pequeñas como una piedra y otras tan grandes como provincias europeas.

Cuando Verónica llegó en los 70, la población se dividía en partes iguales entre Stanley y los campamentos. Le contaron que las personas que vivían en campamentos eran de ascendencia escocesa y habían ido a trabajar con las ovejas. Eran trabajadores austeros y honestos, todo lo contrario a los pobladores de Stanley, que eran considerados gente de orígenes con menos cultura, descendientes de quienes

alguna vez exploraron el petróleo o simplemente de los que botaron los barcos por mala conducta en el Siglo XIX.

Hasta 1982 las casas de Stanley, eran alimentadas con turba, todas las viviendas tenían su propia turbera. Recuerda gastar sus noches, hasta de verano, cavando la tierra para acumular turba para el invierno.

Ya después de la guerra, comenzaron a vivir más civilizadamente, con gas y electricidad, con aparatos de televisión, desarrollando una vida social antes impensada en el inclemente territorio.

Indagar sobre que es un habitante de Malvinas, resulta una pregunta importante con una respuesta compleja.

El punto de visto oficial argentino, sostiene que desde 1833, cuando fue nombrado el primer gobernador británico de las islas, la población ha sido importada por el Reino Unido, para negar el reclamo de validez de soberanía. Como una población creada artificialmente sin entidad propia. Cuentan algunos isleños, que cuando se les pidió su punto de vista sobre la consulta a los isleños, a un ministro de relaciones exteriores argentino, dijo que daba lo mismo que esa consulta se hiciera en Malvinas, en Windsor o en Slough. Respuesta, que para ellos, no considero que en las islas viven familias que se remontan a ocho generaciones.

En la consulta realizada en Marzo de 2013, los isleños votaron seguir siendo un territorio de ultramar británico.

Los buzones rojos, los jardines bien cuidados, los autobuses de dos pisos recién importados, las cabinas telefónicas representan en todo a los británicos, llegan casi cincuenta mil turistas al año en época de cruceros que llenan las calles de Stanley, pero la realidad es más compleja, los isleños sienten orgullo de tener un gobierno autónomo e independiente, aunque haya alguna lealtad a la corona. Son gente con identidad propia, que los vincula con la tierra, el clima hostil y la vida única que llevan en las islas.

A diferencia de Escocia, cuyos jóvenes se van a lugares remotos a estudiar y hacer sus vidas, los isleños consideran a sus jóvenes como una inversión para el futuro, y siempre están deseosos de verlos de regreso en casa, propiciando desarrollos que los atraigan. El tirón de las islas es muy fuerte, Verónica y John se fueron dos veces, y siempre regresaron, incluso después de la horrible experiencia de la guerra.

En la actualidad se encuentran separados, y aun están ahí, Verónica enseña literatura en Stanley, y John ha sido superintendente de escuelas, director de la oficina de turismo y editor del periódico The Penguin News.

Entender el sentimiento del isleño hacia las islas, no es difícil, para vincularse con la tierra hay que sufrirla, disfrutarla, padecerla, con todo lo que implica, y volver, aunque en momentos se desee huir, para no regresar jamás.

Cuantos argentinos habrían estado dispuestos en 181 años a emigrar a las islas y hacerlas su patria? Lo poco poblada que estaba su Patagonia, solo brindaba una pista confusa.

La historia de Malvinas, es para Verónica, una historia de inmigración, principalmente de Gran Bretaña, pero también de sitios menos obvios.

Natasha Niebieskikwiat, en su libro "Kelpers, ni ingleses ni argentinos", donde plasma la más profunda y original mirada de la historia de los habitantes de las islas, señala que cincuenta páginas de la guía telefónica, están ocupadas con Macs, pero también hay un montón de Alazias, Andersen, Farías, Hanssen, Jacobsen, todos inmigrantes de Escandinavia y otros países de Europa. Cuando en 1987, un permiso de pesca llevo a las islas, de la pobreza a la riqueza, una nueva dimensión de diversidad étnica se desarrollo. Hay gente de más de 15 nacionalidades, y en más de 200 hogares el ingles no es la lengua principal hablada.

Después de la guerra, la red de transportes del Archipiélago, comenzó a entrar lentamente en el siglo XXI. Durante mucho tiempo, el único contacto con el mundo exterior era por mar, 2000 millas ida y vuelta a Montevideo. Ahora cuentan con un servicio de taxis aéreos, piloteados por isleños, además de una manga de viento, y "la tranquilizadora visión de una Land Rover, conectada a una camión de bomberos", cuenta John. Hay vuelos directos cada ciertos días desde y hacia el Reino Unido, hoy también existen vuelos de la empresa Chilena, tanto desde Punta Arenas, como desde Buenos Aires con escala en Rio Gallegos.

Esta situación está lejos de ser la ideal, pero por lejos es mejor que la que soportaron entre 1972 y 1982. El mayor acceso al mundo exterior, la mayor diversidad, una forma de vida cada vez mas suburbana, le dan a la sociedad de las islas características únicas, irrepetibles, que conforman el ancla de los que siempre vuelven, como Verónica.

En los días en que la producción de lana era el pilar de la economía, los inmigrantes llegaban a trabajar a las granjas, lidiando con el mismo frío, el aislamiento, desarrollando capacidades de supervivencia. Todos aprendieron a montar a caballo, a hacer frente a la turba como único combustible. Ingleses, escoceses, escandinavos, estadounidenses y hasta algunos pocos argentinos, han pasado por el mismo filtro social y son hoy habitantes con propia identidad.

Un pequeño pero resistente número de personas, que soportó la adversidad del clima, la desprotección del gobierno del Reino Unido por muchos años, “si los pusieran todos juntos en el estadio de Wembley pasarían desapercibidos por escasos” es una frase difundida entre ellos. Pero conforman una identidad cosmopolita, y evitan convertirse en parte de Argentina, pero trabajan, piensan y sueñan con la autodeterminación completa. Porque son isleños, con orígenes británicos, con una propia identidad y entidad.

La libra malvinense es la moneda que emite el Reino Unido en las islas, tanto en monedas y billetes, tienen el mismo valor nominal que las libras, y son intercambiables.

Verónica, concuerda con estas definiciones, y afianzaba su idea de la abstracción de los habitantes a los que les pasó la guerra, y hacía sonar más fuerte aquella pregunta sin ninguna respuesta, sobre cuántos argentinos hubieran emigrado allá de serles posible. Posible era porque de hecho los había.

Verónica era una mujer valiente, que vivió el invierno eterno de la post-guerra, que se fue de las islas y volvió dos veces.

El lugar de la casa que más se identificaba con Verónica, era la sala, estilo Laura Ashley, era su reflejo más íntimo. Y era el lugar central de la casa, el más seguro, a decir de John, para construir un refugio.

Verónica escribió, inmediatamente después de la guerra, lo que ella misma llamó “el cuento de un ama de casa” El tono es coloquial, pero no por eso menos duro, áspero.

“De las muchas indignidades e ignominias, sufridas durante esa pequeña guerra podrida”, dice Verónica, con una voz cortada por la rabia. La rabia de ver su vida patas arriba. La rabia de ver dismantelar su comedor, celosamente decorado, único lugar de la casa que la reflejaba, el que no pertenecía a la disponibilidad, o la no disponibilidad en que la guerra había puesto todas las pertenencias de los isleños.

El negro del oscurecimiento, que volvió obsesivo a su marido, que tapaba absolutamente todos los huecos por donde se pudiera filtrar la luz, llenaba de rabia a Verónica, al punto de suplicarle a John que dejara un hueco libre.

Había internalizado la idea de su marido, de que si la guerra se prolongaba, se haría callejera, cuerpo a cuerpo, no habría balas perdidas, los matarían a todos, y había que evitarlo.

En esa contingencia, hablando días más tarde con soldados británicos, repetían bravuconadas, y mencionaban la inevitabilidad de los muertos civiles. Cosa que la llenaba de pánico, por ella, por John y sus dos pequeños hijos.

A pesar del dolor de su comedor canibalizado, vuelto refugio, Verónica entendía las razones de John para construirlo. Los días en esa condición le provocaban adormecimiento, era la rutina del día a día. Si bien reían, hablaban, cada uno vivía en su propia cabeza, pensando en lo que podía pasar. Solo prevalecían las voces de los seres interiores, y estos, estaban muertos de miedo.

Algunas personas cavaban refugios dentro de sus casas, pero la casa de Verónica tenía piso de concreto. Otros adaptaban los bancos de turba de los cobertizos, pero lo consideraron un problema a la hora de estar saliendo hacia él, con dos criaturas pequeñas. Salir al desconocido frío de la caseta de turba, era una idea que sumaba miedo, justificaba el desarme de comedor Laura Ashley.

Sus dimensiones eran de seis metros por dos, con una altura hasta el techo de tres pies, estas medidas habían sido dictadas no por comodidad de la estancia, sino por las palaciegas dimensiones del aparador Victoriano, que otrora guardaba cubertería, mantelería de lino, y cristalería. Esa pieza, cuidadosamente tallada y pulida, se vio despojada de sus tesoros y rellena con ropa y libros y se convirtió en la pared principal de contención del refugio.

Las tres paredes restantes, fueron revestidas con cajas de té y de Johnny Walker llenas de turba, el techo cubierto con tabloncillos, colchones, almohadones y todo protegido con una gran lona.

Verónica había sido un bebé de la Segunda Guerra Mundial, criada jugando en refugios antiaéreos abandonados, conocía bien su humedad, el olor a orina de gato, su oscuridad.

El negro le resultaba envolvente, “negro, lo negro de terciopelo negro”, repetía Verónica, “omnipresente, otra vez, metiéndose debajo de su piel. Dentro del refugio negro, estaba ciega y no podía ver a mi bebe”, se resistía, consiguió que John la dejara dormir con la cabeza hacia afuera de la pequeña abertura que quedaba. La noche que la marina de guerra británica bombardeó su casa, habría perdido la batalla con John por dormir con la cabeza fuera. Al momento que aterrizó la primera bomba, ella, John y los niños dormían como bebés.

Esa primera detonación rompió todos los vidrios del comedor y de la terraza de invierno, Verónica estaba segura de que la casa se meció sobre sus cimientos cuando revisó el daño.

Cuando vio la casa, se sintió defraudada, John le había prometido que la inteligencia militar, poseía la tecnología necesaria para detectar una pelota de golf en el césped. Y ella le había creído. Como también le creyó, que una línea de ropa colgada, era una prueba positiva de existencia humana. En la guerra, no hay pelotitas del golf detectadas en el césped, y las líneas de ropa no parecieron ser visibles pruebas de civiles esa noche.

Verónica no solo ponía líneas de ropa en su casa, también en la de los vecinos que estaban vacías porque habían partido al campo, ante la inminencia de los combates en Port Stanley.

Manténía, además, los fuegos prendidos, cambiaban con rutina los coches de lugar a diario para que las tropas notaran el movimiento civil. Diez personas llegaban y se iban a diario, demostrando movimiento.

A veces Verónica se preguntaba, mirando al cielo, “donde está el dueño del telescopio que ve que estamos aquí? Olvídense de las pelotas de golf! Estamos aquí!”

Hasta que cayó en la cuenta, de que el gran telescopio que imaginaba no encontró la pelotita, y les habían bombardeado el jardín.

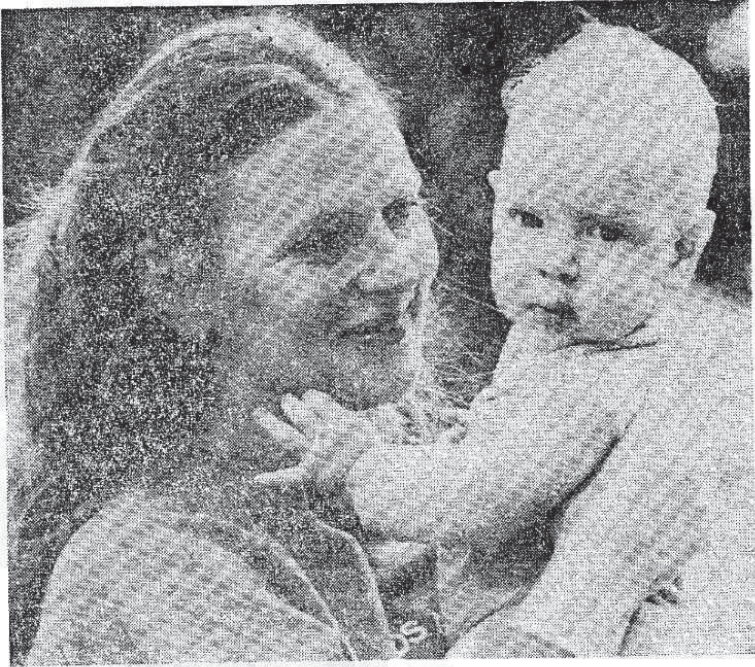
Los bebés, después de la primera bomba, dormían en el refugio, Cheryl, inmóvil estaba donde siempre, de la única manera que podía estar, inmóvil. Los demás hicieron lo británico y se fueron a la cocina a tomar un té.

Todos los que estaban allí, esa noche, lo estaban porque la casa de los Fowler, era una gran casona de piedra, diferente a todo el resto, de madera. Y eran personas vulnerables.

Verónica seguía confiando en la inteligencia británica, aferrada a la esperanza de que no podía ocurrir dos veces. Y se equivocó.

Su testimonio, era de una crudeza única, la brutal y natural realidad de una familia de civiles, que ofrecieron su casa como refugio, por segura, a algunos vecinos y a la que una noche, un día antes de terminar la guerra, dos estallidos dejaron sembrados sus pedazos, esos que aun hoy siguen reuniendo.

Verónica.



Baby survived Port Stanley blast

JUAN, TOM Y LOS OTROS.

Las madres de la guerra.

Juan López y John Ward

“Les tocó en suerte una época extraña. El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la que caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el Quijote.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en una aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel. Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.”

Jorge Luis

Borges

“Mama, mama, tengo miedo”.

Les habían dicho que iban a recuperar Malvinas, jamás les contaron que iban a la guerra. Creyeron estar moralmente preparados para la recuperación.

“ Yo no sabía matar y ahora mate, mama porque mate?”

El joven, que se despertaba de a ratos y escapaba del campo de batalla, donde aun lo ensordecían los estallos, creía que ella, era su mama.

La mujer no podía decirle que no lo era. Le tomaba la mano y con voz dulce le cantaba “arrrró mi niño, arrrró mi sol, arrrró pedazo de mi corazón”.

Se aseguraba de que estuviese dormido, y lloraba, sin consuelo.

El niño de 18 años, podía ser su hijo, lo fue mientras duro su recuperación. El auxilio de esa madre temporal, en el momento justo, con la palabra precisa, fue de enorme valor. El soldado se apoyo en su madre, porque la enfermera lo fue.

El Sanatorio Central de Bahía Blanca donde comenzaron a llegar derivados en mayo y junio de 1982, se especializaba en atención psiquiátrica. Alrededor de veinte pacientes ingresaron en esos dos meses, primero los que habían luchado en el terreno, luego los que sobrevivieron al hundimiento del General Belgrano.

Las heridas mentales no se ven, Juancito, era de San Juan, y regreso a su tierra, preparado para cargar la guerra a cuestas, con una ilusión pintada en su cara. Fue una enfermera anónima quien lo ayudo a volver, vio en sus ojos un enorme temor, y rezo.

Esta es una enfermera es chilena, su historia se ha contado en voces de otros, que la tomaron para si en algunas publicaciones, `porque carga el estigma de los chilenos y la guerra y se omite su testimonio. Que ayudaron a los ingleses, que son traidores, sin que nadie repare en que ellos también vivían una dictadura, y a la población en general, hay decisiones que la exceden. Los pueblos no hacen las guerras, las hacen los gobiernos, dijo la madre de un soldado argentino, que se abrazo con la de un ingles.

En una entrevista le preguntaron sobre esto, su respuesta, triste. 28 años habían pasado de la Guerra:

“Yo le quisiera decir a todos los que opinan así lo siguiente, a mi muchas veces, gente de todos los niveles culturales me han dicho “Mire señora nosotros no queremos saber nada con los Chilenos porque Uds. nos traicionaron en Malvinas”.

Hace poco me sucedió algo cuando viajaba en colectivo. Me encontraba conversando sobre el terremoto que ocurrió recientemente. Le preguntan a otro señor que viajaba, qué le parecía por lo que estábamos pasando, me mira fijo, con rencor y me dice: “Como no voy a saber que triste que es ver morir a la gente siendo que los Chilenos fueron parte para matar a nuestros soldados”. Yo le respondí: Yo lo comprendo señor, pero le quiero decir una cosa, su rencor es grande y lo entiendo, pero entienda que los conflictos y las guerras lo crean un puñado de hombres que están

arriba en el poder, son dos o tres. Señor, si Ud. es un hombre inteligente no tendría que decir esto. Las muertes de Chile, las originó la naturaleza y donde el más rico queda en la calle como el más pobre. No compare las muertes.

No fue el pueblo de Chile que se alió a Inglaterra, fueron dos, tres o cuatro hombres con poder de decisión. Siempre habrá gente que desea la guerra porque hay hombres hambrientos de sangre. ¿Por qué algunos argentinos dicen todos los chilenos? No culpen en forma generalizada.

Yo soy Chilena hasta los huesos, pero también soy argentina hasta los huesos porque mi marido era argentino, mi hija es argentina. Porque hace más de 30 años que vivo en este país. Yo lo amo de verdad. Haría lo que sea para ayudarlos como lo haría por mi país de origen. Yo no pago por pecados ajenos, ni siquiera los pecados de mi padre, lo más grande que tuve en mi vida. Yo pago por los míos, por lo que yo hice mal, pero pecados y faltas ajenas no. Que le corten la cabeza a los tres o cuatro que decidieron hacer ese daño o traición a la argentina pero no a mí. Ya es suficiente con los desprecios o cosas terribles que me han dicho y siempre toleré.”

Esa irresponsabilidad argentina, que emanaba de la frustración de intentar ser lo que no se era, ante el desarrollo de los vecinos, odios ancestrales inexplicables, que los hacen permanecer atados al pasado y la revancha, impidiéndoles avanzar hacia un futuro ordenado y son rencores.

Su nombre es Griselda Gatica Garrido, y es sin dudas, una forjadora de Paz.

En otro lugar, al mismo tiempo, un niño de diecisiete años, Tom, se despierta llorando. Agita los brazos, sacude las manos para limpiarse la sangre que cree aun tener,

sus amigos, Grose y Jas, de su misma edad, habían caído muertos a su lado en la batalla de Monte Longdon.

El médico del Hospital de Londres, acude corriendo a la sala. Una enfermera de aspecto impecable, estaba ya al lado de la cama de Tom. Le toma la mano, lo mira con tibieza, le toca la frente.

El joven seguía gritando, “perdón, perdón, no pude ayudarlos, no pude traerles sus placas, no tuve valor, cuando me acerque mis manos se llenaron de sangre”

Sacudía sus manos con más violencia, el médico tenía preparada una dosis para inyectar al suero, miraba la escena con cautela.

La enfermera, blindada de una paz que no encajaba en la sala de heridos en shock postraumático, comenzó a hablarle “mi niño, mi niño, ya todo paso, estas en casa, descansa, descansa”

El joven, de diecisiete años, se dejo arrullar por las palabras suaves de esa mujer que no conocía, pero que fue su ancla para no perder la razón.

Se durmió apretando la mano del ángel de blanco. Ella no se movió de su lado, decidió estar allí para cuando la pesadilla volviera. Miro al médico, y con solo un gesto le indico que la situación estaba controlada. Las lágrimas rodaban por su rostro imperturbable.

Hablaban diferentes idiomas, en latitudes opuestas en la geografía, las dos enfermeras anónimas se encontraron igualadas por el dolor de dos niños, de distintas banderas. Ambas se convirtieron en madres, consolando, y entregando en cada gesto una

esperanza para ellos. Iluminaron muchas noches negras, hasta que ellos estuvieron listos, para portar la guerra y enfrentar la vida.

En Argentina, al momento de desarrollarse el Conflicto Del Atlántico Sur, regía la Ley 4301, de Servicio Militar Obligatorio, instituido en 1901, por el Ministro de Guerra Pablo Ricchieri, durante la segunda Presidencia de Julio Argentino Roca.

La edad de los reclutas y la permanencia en el servicio fue variando con el tiempo. En sus comienzos se incorporaban ciudadanos de entre veinte y veintiún años, y su duración era de dieciocho a veinticuatro meses. En 1982 y hasta 1994 en que se suspendió, los reclutas tenían dieciocho años.

Un soldado inglés, narra en primera persona la batalla, última de la guerra, la más sangrienta, la más feroz.

“En Monte Longdon apareció en la oscuridad, mi corazón se aceleró y el miedo se estableció.

Entre las rocas en la cima escarpada, protegidos por bunkers fortificados, 600 soldados argentinos estaban esperando a mi batallón.

A pesar de nuestra moderna tecnología y armamento sofisticado, esta batalla iba a ser solo de hombres, cara a cara, cuerpo a cuerpo, metro a metro.

¿Qué hacía yo en esta posición, a miles de kilómetros de casa y la gente que amaba? A los 17, no estaba ni siquiera en edad para ver una película con clasificación X, o una copa en el pub de mi barrio.

Sin embargo, en cuestión de minutos, yo podría hacer el último sacrificio para mi país. ¿Cómo podría mi madre y mi hermana hacer frente a la noticia de mi muerte? Mi cuerpo se estremeció. Traté de controlar mi respiración, pero mi ansiedad era demasiado grande.

Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba la orden de avanzar.

Me había unido al Ejército después de dejar la escuela a los 16 años como un acto de rebelión en contra de mi padre que era un disciplinado hombre fuerte, que había querido que yo sea un jugador de críquet profesional.

Jugué en el condado de Kent a la edad de diez años, pero la presión que puso en mí se hizo insostenible, así que me uní al Ejército.

Mi primer año me enrolé en la escuela Paracaidista, encargada de la formación de jóvenes de 16 años de edad que abandonan los estudios.

Fue difícil pero me hice de tres grandes amigos, todos de la misma edad que yo. Jason Burt, de Walthamstow, el tipo más alegre que puedan conocer. Con una complejión del Mediterráneo y amado por las chicas.

Ian Scrivens, de Yeovil, era un tipo cabeza rapada de 6 pies, que era tan duro como el hierro, pero podía bailar como John Travolta y su música favorita Motown.

Scrivs fue el líder natural, con poder de convencimiento superior para su edad y con presencia.

Neil Grose era el cuarto miembro de nuestra pandilla, un tipo tranquilo, muchacho confiable y un tirador con talento.

De todos nosotros, él era el más cercano a su familia ya extrañaba terriblemente durante el entrenamiento. Una vez, esperando en la cola para llamar a casa, oí que hablaba con su madre.

Era obvio que la conversación fue difícil para él, así que hablé con ella. Ella me dijo que sentía nostalgia y yo le prometí que cuidaría de él.

Todos ganamos nuestras alas. En aquel entonces, con 17 años podían ingresar en el Ejército con consentimiento de tus padres como hoy en día, pero también podía luchar en el frente, algo que ahora no se permite.

A pesar de no tratarse este, de un relato de combate, conocer sus vivencias de las escenas de guerra, permite dimensionar hasta qué punto, el ser humano es expuesto a sus propios extremos, y como esas experiencias los afectarían para toda la vida, y con ellos a sus familias.

Mark Eyles rumbo a las Malvinas

“Al principio el viaje era todo alegre y divertido. Todos creíamos que un acuerdo diplomático sería alcanzado y que daríamos la vuelta y regresaríamos a casa.

Pero la realidad era otra, cuando nos enteramos que el HMS Sheffield había sido hundido nuestro regreso a casa se disolvió. A partir de entonces, sabíamos que sería el aterrizaje en las Malvinas.

El 21 de mayo, el batallón 3 Para aterrizó sin respuesta defensiva sobre Green Two Beach en San Carlos en la Isla Soledad y marcharon 80 millas tierra adentro a través de terreno hostil en un clima atroz

A medida que el Para es impulsado a una velocidad vertiginosa, el ejército de conscriptos argentinos se retiraron para ocupar su posición final en la herradura de las montañas que rodean la capital, Port Stanley

En la noche del 11 de junio 12 de los hombres, del 3Pará fueron los encargados de tomar la fuertemente defendida cumbre del Monte Longdon almenada, que cerraba el camino para la ofensiva final, para liberar la capital.

Longdon estaba cuatro millas al oeste de Puerto Stanley. La ventaja de la altura desde la cima significa que cualquier ataque contra la ciudad sería vulnerable a menos que la parte trasera de la montaña fuera tomada.

La Inteligencia sugiere que un batallón de soldados argentinos, de alrededor de 600 hombres del Regimiento de Infantería Mecanizada 7, ocupaban una serie de búnkeres fortificados y posiciones de ametralladora entre las rocas en la cima escarpada.

Soldados argentinos con una ametralladora FM Mag de 7.62mm

Su moral se esperaba, que sea baja y de débil resistencia. Se nos aseguró también que no había campos de minas.

Con el apoyo de misiles Milan y morteros, además de fuego sostenido de nuestras propias ametralladoras del 3Para, fue a atacar a pie.

Para ayudar a la sorpresa, el ataque sería en silencio, lo que significaba que las posiciones argentinas no serían bombardeadas por la artillería.

Al amparo de la oscuridad, nuestro pelotón, avanzaría por el suelo claro a lo largo del borde norte de la montaña, antes de trasladarse hacia el sur, hasta un punto intermedio conocido como Fly Half.

Allí se uniría con las fuerzas del Quinto Pelotón, para continuar el avance hacia la cumbre, con nombre en código Full Back. Nuestra Empresa atacaría una cumbre más pequeña, conocido como Wing Forward.

Justo después de la medianoche que avanzábamos en formación escalonada, menos de cinco minutos más tarde hubo una explosión, seguida de gritos de dolor.

Mi comandante de sección, el cabo Brian Milne, había pisado una mina anti-personal. La inteligencia se había equivocado y el elemento de sorpresa eliminado.

Inmediatamente, ronda tras ronda de balas de ametralladoras argentinas cayeron sobre nosotros y las bengalas iluminaron el cielo. Me dejé caer sobre el terreno.

Mount Longdon nuestro objetivo inicial, Fly Half, todavía se encontraba a 100 metros a mi derecha.

Nuestra sección, ahora en los espacios abiertos del campo de minas, era vulnerable a los disparos del enemigo.

El Cabo Milne gritaba en medio de horribles gemidos de hombres que sufren graves heridas.

Nos quedamos allí en el frío, en la hierba húmeda, incrédulos de lo que se estaba desarrollando ante nosotros.

Situado junto a mí, mi amigo Jason Burt se volvió y dijo que iba hacia el cabo Milne para inyectarle su morfina.

Minutos más tarde Jas dijo:” Si puedo aliviar algo de su dolor. Yo voy a darle el mío.” Como todo soldado sabe, la morfina syrette es llevada en el cuello, y es para su propio uso. En ese camino iban las cosas, se trataba de ser muy valiente para dar su propia morfina en una fase tan temprana de la batalla.

Ron Duffy lo arrastró hacia nosotros. “Creo que él perdió la parte inferior de la pierna”, susurró Jas. “OK, muchachos, no digan nada de lo que han visto aquí “, dijo Ron. “Sería Malo para la moral”.

Rompimos nuestra posición y lo hizo a los pies de la montaña para unirse al resto de nuestro pelotón. Por ahora, todo había desatado el infierno arriba de nosotros. Los hombres gritaban “Muévanse a la izquierda” o “Contra el bunker de la derecha!” el caos reinaba. Los argentinos gritaban las órdenes desde lo alto, seguido por ráfagas de armas automáticas, balas trazadoras y explosiones.

De vez en cuando se oyó el golpeteo del fuerte sonido de una enorme bestia diseñada para destroz ar aviones en pleno vuelo, la ametralladora pesada calibre.50. El enemigo había encontrado un nuevo objetivo para el arma: nosotros.

Se nos dijo que nos moviéramos alrededor de la esquina de una pared de roca y la formada por una pequeña cresta rocosa. Una vez en el lugar, llegó la orden de cargar de frente hacia el enemigo, teníamos una posición argentina de calibre .50 a sólo 30 metros de distancia.

Los hombres estaban detrás de mí y a mi izquierda, sus bayonetas brillando bajo la luna. Jas estaba a mi derecha inmediata todos esperando la orden de atacar.

En la Primera Guerra Mundial se dio la orden por el sonido de un silbato, con lo cual los chicos se lanzaban contra el enemigo, Más de 60 años más tarde, estábamos haciendo básicamente lo mismo sin el silbato.

“¡Carga!” Como ya ha aclarado la cresta y corrimos hacia el enemigo disparando mi arma, yo no pensaba en nada. Sin duda, sin miedo como un robot.

Mientras cruzaba el suelo delante de su posición, dispararon contra mí. Seguimos como imparables, sin inmutarnos por las grandes armas.

Tomando a cubierto detrás de un macizo de rocas, miré hacia atrás a través de la oscuridad sobre la tierra, yo había encontrado, del pelotón, mas heridos e inmóviles.

Consideré romper la cubierta y recordaba vagamente a Jas, que estaba a mi derecha, yendo al terreno.

“Jas” ” Llamé al cabo de unos minutos. Nada volvió. “Tom, ¿eres tú?” -preguntó una voz. Tom era mi apodo. “¿Eres tú, Scrivs?” Le dije.

-Sí, yo. Estoy aquí con Grose, ¿verdad? a recibido un disparo. Me arrastré de nuevo a buscar a Jas y lo encontré acostado boca abajo sobre 30 pies de donde yo me había cubierto.

Lo llamé, pero No tuve respuesta. Mientras se acercaba yo temía lo peor. “Jas” ” Le dije, esperando que él me contestara. Una vez más, nada. Agarre su ropa, su cuerpo

se desplomó hacia mí y uno de sus brazos cayó a su lado. Una ronda de la ametralladora 50 había penetrado en su casco, matándolo instantáneamente.

Me quedé mirando a Jas, incapaz de desprenderse de él. A medida que la sangre corría por la cara, me recordó de una de las muchas corrientes que había visto en la noche durante nuestra formación en el Brecon Beacons...

Nos habíamos jurado si moríamos, que uno de nosotros le quitaba al otro, las placas de identificación y para entregarlas a sus padres como un recuerdo, un recuerdo de uno, desinteresado y último acto de valentía.

Me preparé, pero debido a sus lesiones, no podía. No me atreví a hacerlo. Mental y físicamente, la tarea era demasiado. Bajo mi aliento me disculpé y le pusieron suavemente hacia abajo.

Luego me arrastró hasta Scrivs, que estaba con Grose en el centro del campo de batalla. "Creo que a recibido un disparo en el pecho", dijo Scrivs. "Pero puedo encontrar el orificio de salida."

Cada vez que sonó un disparo, Scrivs recaería sobre Grose para protegerlo. "Eso era un poxy francotirador disparando contra nosotros todo el tiempo "Cómo Jas" Yo negué con la cabeza lentamente. Scrivs cerró los ojos por un segundo, en el acuse de recibo. Me sentí agradecido por su simple expresión de simpatía. Su fortaleza mental, al igual que su físico, siempre fue evidente.

Con la posición de la ametralladora ahora en silencio, se oía a otros miembros del pelotón heridos gimiendo y pidiendo ayuda. Grose comprobaba el vendaje de su herida en el pecho, fue sellado firmemente alrededor de sus bordes. Grose gemía de dolor y dificultad para respirar.

Grose estaba a nuestro lado gravemente herido,” mientras dio un grito de dolor y rogó que no debiéramos moverlo.

Con una herida en el pecho los pulmones pueden llenarse y Grose podría haberse ahogado en su propia sangre. Tuvo que ser colocado en su lado lesionado por lo que, podría drenar líquidos internos, o el flujo en el pulmón dañado, dejando a su pulmón sano para funcionar.

“Grose, debe pasar al lado de su lesión,” dije, tratando una vez más de cambiar la posición.. No me muevas!” gritó. Otros miembros de la Compañía B llegaron para asistir a los heridos.

“¿Cómo? tranquilo amigo volverás a disfrutar de su fiesta de cumpleaños” Scrivs en broma preguntó a Grose. ” “Desde luego, sabe que hacer. Creo que los vecinos se molestan con el ruido.”

Grose intentó reír, pero el dolor era demasiado. no me hagan reír”, dijo él. “Vas a tener que moverte”, le dije a Scrivs. No podemos quedarnos aquí a la intemperie.” Puse mi mano sobre el hombro de Scrivs y le hice señas con la cabeza. En ese mismo momento un solo disparo sonó.

Scrivs cayó sobre mi regazo y el líquido salpicó mi cara. Empujé Scrivs de encima con un tirón repulsivo, instintivo. Se quedó inmóvil en un costado de la roca.

Me quedé sin poder creer lo que había sucedido. Un minuto yo estaba hablando con Scrivs con mi mano en su hombro, al siguiente, se había ido.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Dondequiera que miraba, los soldados estaban heridos.

Pensé, verdad no voy a hacer esto. Luego Grose me miró y dijo “¿Dónde está Scrivs?”

Yo no quiero decirle, pero lo veía en mis ojos. Grose entornó los ojos, esta vez en el dolor de perder un amigo, y le cayeron las lágrimas. Yo también lloré.

“¿Dónde? está el maldito helicóptero?” , se preguntó Grose y mentí “ya viene quédate conmigo.” Los disparos de francotiradores resonaron, los demás miembros del pelotón le dieron un poncho, Grose fue llevado abajo de la colina a una improvisada ayuda del regimiento (RAP) escondido fuera del viento en un conglomerado de rocas.

Alrededor de las 3 a.m. Grose comenzó a perder la conciencia. “Mantén tus ojos abiertos”, le dije, temeroso de que se iba. “Si te duermes perderás el helicóptero”. Grose me miró y dijo: “bien Tom, sé que el helicóptero viene.”

Dejando Grose por unos momentos, corrí alrededor de la RAP en busca de un médico. Contra una pared de roca junto a un grupo de chicos heridos encontré un médico, se encontraba con la cabeza entre las manos, totalmente agotado.

Un soldado británico herido en sus piernas, la férrea resistencia de los soldados argentinos mantuvo a los británicos a raya en Monte Longdon

“No hay vendas, morfina se está acabando todo se ha ido.” Dijo al médico. Me fulminó con la mirada y espetó: “Ven y le darás cierta tranquilidad, ¿verdad? Dile que va a estar bien.”

A regañadientes, el médico me seguía a donde yacía Grose. Inspeccionó a Grose en la boca para comprobar sus vías respiratorias.

Grose tosió un coágulo de sangre. El médico se aclaró, se volvió hacia mí, sacudió la cabeza y se retiró, resignado al hecho de que no había nada que hacer.

En ese momento, yo lo odiaba más que a los enemigos. Tomé la cabeza Grosey lo acune como un hermano lo haría. Él se agitó en un último intento desesperado, para luchar en contra de su lesión.

Gracias, Tom. ” Se echó en mis brazos por un momento, antes de lanzar su último aliento. No lo podía liberar de mis manos, esperando en vano que el pudiera volver a la vida.

Las lágrimas se formaron en los ojos y después de un aumento enorme, de la emoción me golpeó.

Lloré incontrolablemente. Lloré por Grose, lloré por sus padres, lloré por su hermano y lloré por su hermana.

Sostuve firmemente a Grose por una última vez, puse su cabeza suavemente en el suelo, besé a mi amigo en la mejilla y dije adiós. Quedo acostado con la cabeza baja, he usado el poncho para cubrir su cuerpo y la cara.

El sargento Fuller, quien se había hecho cargo del cuarto Pelotón, después de la muerte del sargento Ian McKay, reunió a los hombres restantes para avanzar de nuevo.

La porción de tierra que se disputaron había sido ocupada de nuevo por las tropas argentinas. McKay me condujo a una posición de liderazgo.

Yo había perdido mi rifle cuando estaba con Grose, pero me ofreció una pistola Browning 9 mm con nueve rondas de municiones. Avanzando en un papel de liderazgo con sólo esta arma sería suicida y sin sentido. Yo lamentablemente había descartado mi rifle, pero después me sentí culpable, podría haber culpado a un amigo perdido por este evento.

Los hombres me pasaron y avanzó con sigilo, fusiles en ristre. Inmediatamente un solo disparo sonó seguido de una andanada de disparos. El soldado líder fue asesinado con una bala en la frente.

Otras víctimas sufrieron en el ataque. El avance se detuvo, Estábamos perdiendo la batalla.

El avance fue empujado hacia abajo, hacia el RAP. Grupos de apoyo reforzaron el ataque con misiles Milan y fuego de ametralladoras.

Una vez más, la compañía B se lanzó hacia delante. Desde su posición más alta en la ladera, el quinto pelotón dio fuego de cobertura y se hizo cargo del asalto. Un contraataque argentino fue detenido y finalmente reprimido. En las primeras horas de la mañana, la cumbre fue finalmente tomada.

La compañía B dió la orden de sacar a sus víctimas a un lugar mas seguro, en primer lugar a los pies de la montaña. En total, 23 hombres de 3 Para murieron y resultaron heridos 47. Los argentinos perdieron 31 con 120 heridos y 50 prisioneros. Los cascos sobre los fusiles marcan el lugar de muerte de dos Paras británicos

La realidad de nunca volver a verlos me golpeó. Sufro repeticiones de la batalla en mi mente. Llegué a la conclusión que la única razón por la que había sobrevivido a la carga inicial, fue que a medida que el artillero argentino vaciaba la munición de derecha a izquierda, simplemente corrí, entre las propagaciones de las balas.

Me sentía culpable por no retirar las placas de Jas y por no comprobar el pulso de Scrivs. Yo me sentía responsable por no ser capaz de salvar Grose. Había defraudado a mis amigos.

Las pesadillas y flashbacks son parte de un soldado a la vuelta a la batalla. Comenzaron la primera noche después de los combates en el Monte Longdon y he vivido con ellos desde entonces.

Toman más de tu vida y te conviertes en un esclavo de ellas. Tienes miedo de apagar la luz, o cerrar los ojos, sabiendo que tan pronto como te relajas, la mente divaga y te devuelven al fondo de la batalla.

A menudo me despertaba en medio de la noche sobresaltado, bañado en sudor o gritando. Una vez que el momento había pasado, las lágrimas arrancaban. No he recibido ningún tipo de asesoramiento del Ejército y me siento traicionado por el batallón, pero yo había firmado por tres años y no pude dejarlo.

Un poco más de seis meses después de Longdon, me casé con mi novia Laura. Pasé a tener dos hijos. Las Malvinas me habían cambiado de manera irrevocable, y después de dos años y medio nos separamos. Al mismo tiempo, dejé el Regimiento de Paracaidistas y comencé a trabajar en la industria de seguridad privada.

Desde entonces me he vuelto a casar, tengo dos hijos más y cree mi propia empresa, que emplea a 300 personas.

Con quien me casé, por coincidencia, en el aniversario de la Batalla de Longdon en 1990, ha sido testigo de las pesadillas, los flashbacks, las depresiones, y la culpa. Pero ella me ha apoyado en todo y estamos muy felices. “

Marcos Eyles-Thomas en la actualidad, comenta: “Nuestro hijo, Dominic, tiene 17 años, en un giro irónico, ahora planea alistarse en el ejército como oficial.

Soy muy consciente de que podría terminar en Irak o Afganistán, pero debe seguir siendo él mismo.

Éramos jóvenes e ingenuos en ese entonces, pero creo firmemente que los jóvenes de 17 años no deberían tener que arriesgar su vida por su país.”

Este es el relato de una batalla sangrienta, de un joven inglés, de tan solo diecisiete años.

A su edad, sus padres tuvieron que dar su aprobación para que se unan a las Fuerzas... Ningún padre debería tener que vivir con ese sentimiento, el de que ellos dieron su aprobación para que pueda morir en la guerra.

“Ojalá la guerra de Malvinas nunca hubiese sucedido, yo ahora estaría disfrutando de la compañía de mis tres amigos, a quienes extraño mucho. No pasa un día que no piense en ellos.

Espero que al describir los acontecimientos que rodearon sus muertes, no haya causado a sus familias más dolor.”

A la tierna edad de 17 años, Scrivs, Grose y Jas dieron su vidas por su país.

Ningún ser humano nace con la naturalización de matar a otro, la preparación para el combate va internalizando la idea de enfrentar al enemigo y llegar a matar o morir. No hay manera de que esto ocurra sin heridas, sin consecuencias que se arrastraran toda la vida.

Del otro lado, en la misma batalla, un argentino. Condecorado por el Congreso de La Nación, un soldado que no pudo leer los grabados de sus medallas ni sus diplomas, hasta muchos años después, porque cuando fue a la guerra, no sabía ni leer, ni escribir, no distinguía números de letras.

“Mataron a un compañero que operaba otra MAG, me agarró una bronca... entonces me quede solo. Replegué una compañía mientras yo sostenía a los ingleses. Me dieron por muerto tres veces, pero las tres reaparecí tirando otra vez. Cuando volví al cementerio, donde habían replegado mis compañeros, no lo podían creer. Disparaba y me replegaba, y volvía a disparar. Tiré desde el cerro Dos Hermanas, desde el monte Longdon y monte Tumbledown. Los ingleses nunca supieron que era uno sólo. Tuve un dios aparte”

“Si quieren venir que vengan, les daremos batalla” y la batalla fue real, impensada, entre jóvenes, que además de pelear contra el enemigo, lo hicieron contra el frío, el hambre, el hacinamiento de la trinchera, la soledad, la desprotección. Acompañados por imágenes familiares, una sopa caliente, un puchero, una torta frita, o un Shepherd's Pie.

Y sus madres, en las que pensaban cada día, de aquellos 74.

Nicolás Kasanzew, fue durante toda la guerra el único periodista argentino que estuvo en las islas, llegó el 3 de abril a las islas, y ha conocido historias increíbles de valor, de jóvenes soldados argentinos y se dedica hoy a difundirlas. Es veterano de Guerra de Malvinas, permaneció en la zona los 74 días.

Su libro "Malvinas a sangre y fuego", vendió en su primera edición de 1982, 85 mil ejemplares, y es un relato de la guerra, en primera persona, donde vuelca todos los momentos de angustia, júbilo, tensión, frío, carencia, de todos los combatientes argentinos. Es para él, el sueño cumplido del periodista y del hombre comprometido en una gesta.

Entre las historias compartidas por Kasanzew, se encuentra la del cabo primero Baruzzo, uno de los únicos dos suboficiales del ejército condecorados con la Cruz al Heroico Valor en Combate.

Es una historia única de valor, que sucedió en el mismo escenario, la misma batalla que la de Tom, y vale la pena rescatarla porque el cabo solo tenía 22 años, y como todas las vidas de estos jóvenes, sus sufrimientos se multiplican y se replican en madres, hermanas, novias y esposas.

Kasanzew, tuvo el honor de conocer a Baruzzo, oriundo del pueblo de Riachuelo, provincia de Corrientes, en el 2009, cuando el Centro de Ex-Combatientes de esa provincia lo invitó a dar allí una charla.

Descubrió a un hombre de rostro aniñado, sin infula alguna, de perfil muy bajo, puro y transparente hasta rayar en la ingenuidad.

Su unidad había sido ubicada primero en el monte Kent, para después ser enviada a Darwin, pero una sección compuesta mayormente de personal de cuadros, con Baruzzo incluido, se quedó en la zona, al mando del Teniente Primero Gorriti.

En los días previos al ataque contra monte Longdon, los bombardeos ingleses sobre esa área se habían intensificado. El mismo Baruzzo fue herido en la mano por una esquirla.

En una de las noches, el cabo oyó gritos desgarradores, a pesar del cañoneo, salió de su pozo de zorro o trinchera, y encontró a un soldado con la pierna destrozada por el fuego naval enemigo.

Sin titubear, dejó su fusil y cargó al herido hasta el puesto de enfermería, tratando de evitar que se desangrara. Lo peor aún estaba por venir.

Kasanzew, en la noche del 10 al 11 de junio, estuvo observando desde Puerto Argentino el espectáculo fantasmagórico que ofrecía la ofensiva británica.

Se le estremecía el alma de imaginar que allí, en esos momentos, estaban matando y muriendo muchos soldados argentinos.

Allí, en medio del fragor, la sección de Baruzzo ya se había replegado hacia el monte Harriet, sobre el cual los ingleses estaban realizando una acción envolvente.

Varios grupos de soldados del Regimiento 12 y 4 quedaron aislados.

El Teniente Primero Jorge Echeverría, los agrupa y encabeza la resistencia; Baruzzo se suma a ellos y ve al oficial parapetado detrás de una roca, disparando su FAL.

Baruzzo despoja a uno de los caídos británicos de su visor nocturno. "Ahora la diferencia en recursos ya no será tan despareja", piensa.

Con el visor va ubicando las cabezas de los ingleses que asoman detrás de las rocas, y tanto Baruzzo, como su jefe afinan la puntería.

Las balas trazantes pegan a centímetros del cuerpo del oficial, hasta que finalmente este es herido en la pierna y cae en un claro, ya fuera de la protección de la roca.

Cuando Baruzzo se le quiere acercar, un inglés surge de la oscuridad y le tira al cabo.

Yerra el primer disparo, aunque la bala pega muy cerca, pero antes de que pueda efectuar el segundo, Echeverría, disparando desde el suelo, lo abate.

Otro inglés le tira a Echeverría, pero Baruzzo lo mata de un certero disparo.

Echeverría, está sangrando profusamente: tiene tres balazos en la pierna.

El joven Cabo Primero -de apenas 22 años- con el cordón de la chaquetilla del oficial, le hace un torniquete en el muslo. La pierna de Echeverría parece teñida de negro y también luce negra la nieve a su alrededor.

El Teniente Primero dice, que no siente nada, solo frío; Baruzzo trata de moverlo.

Echeverría, se levanta y empiezan a caminar por un desfiladero, mientras a su alrededor siguen impactando las trazantes.

De repente, detrás de un peñasco, entre la neblina y las bengalas, surge la silueta de un inglés, quien dispara, y le da de lleno a Echeverría; Baruzzo contesta el fuego y el atacante se desploma muerto.

Esta vez el oficial, había sido herido en el hombro y el brazo: una sola bala le causo dos orificios de entrada y dos de salida.

El Teniente Primero cae boca abajo y el cabo, ve que le está brotando sangre por el cuello.

"Se me está desangrando!", se desespera el cabo.

Aún hoy, el suboficial no puede hablar de su jefe sin emocionarse:

"El es uno de mis más grandes orgullos. Un hombre de un coraje impresionante. Allí, con cinco heridas de bala, estaba íntegro, tenía una tranquilidad increíble, una gran paz. Con total naturalidad, me ordenó que yo me retirara, que lo dejara morir allí, que salvara mi vida. Me eché a llorar. ¿Cómo iba a hacer eso? ¡Yo no soy de abandonar! ¡Y encima a este hombre, que era mi ejemplo de valentía!

Tenía conmigo intacta la petaquita de whisky que la superioridad nos había dado junto a un cigarrillo; es que yo no bebo ni fumo.

Y le di de tomar. "Eso si que está bueno", me comentó.

En cierto momento, no me hablaba más, había perdido el conocimiento. La forma en

que sangraba, era una guarangada.

Lo cubrí, lo agarré de la chaquetilla y empecé a arrastrarlo.”

En esas circunstancias, súbitamente, Baruzzo se vio rodeado por una sección de Royal Marines del Batallón 42.

Sin amilanarse, desenvainó su cuchillo de combate, pero uno de los ingleses con el caño de su fusil le pegó un ligero golpe en la mano, como señalándole que ya todo había terminado.

Baruzzo, cubierto de pies a cabeza con la sangre de Echeverría, dejó caer el arma y el mismo soldado enemigo lo abrazó con fuerza, fraternalmente. *“Eran unos señores”*, comenta el cabo.

Al amanecer, al ver que no tenía heridas graves, sus captores le ordenaron que, con otros argentinos, se dedicara a recoger heridos y muertos.

Echeverría fue aerotransportado en helicóptero por los británicos al buque hospital “Uganda”; sobrevivió, recibió del Ejército Argentino la medalla al Valor en Combate y hoy vive con su mujer y dos hijas en Tucumán (la menor tenía dos añitos en 1982).

Baruzzo también tiene dos hijas, a las que bautizó Malvina Soledad y Mariana Noemí, y vive en su Corrientes natal. Allí lo han homenajeado con una calle que lleva su nombre, y hasta un busto en vida. Pero si no fuera por el relato de Nicolás su historia sería completamente desconocida.

Luego de la guerra, el 15 de noviembre del 1982, Baruzzo recibió una carta del Teniente Primero, donde éste le agradece lo que hizo por el, y le cuenta que lo propuso para la máxima condecoración al valor en combate.

Personalmente, volvieron a encontrarse con Echeverria, recién 24 años después de aquella terrible noche.

Ambos lloraron, el oficial le mostró sus heridas, dijo que el Cabo Primero había sido su ángel de la guardia, y le regaló una plaquetita, con la inscripción: "Estos últimos 24 años de mi vida testimonian tu valentía".

Le conto lo que los médicos del buque hospital ingles le dijeron: "*You have very good soldiers*" ("*Usted tiene muy buenos soldados*")

Probablemente ellos no escribieron la historia de la Guerra, por eso Baruzzo no está en ella. Las historias de guerra, son muchas veces, historias de amor, por la patria. Y cuando la batalla acaba, los soldados quedan desnudos ante el horror, ningún uniforme los diferencia, se ven la piel. Algunos rezan, otros se abrazan, olvidando que minutos antes fueron enemigos. Y es esa la verdadera naturaleza del hombre.

Lo que más evocan los argentinos en la trinchera, es la comida de sus madres, ancla triste de salvación, de pacto por la espera de un futuro sin turba alrededor. Al ser consultados muchos veteranos, sobre qué cosa era en la que mas pensaban en la trinchera, era en sus madres.

El Reino Unido, tenía por entonces enorme experiencia en la participación de conflictos bélicos, y si bien sus planes de contingencia eran de mayor envergadura organizacional, no pudieron evitar, las consecuencias nefastas para sus combatientes.

En la actualidad, un joven británico que abandona sus estudios antes de ser mayor de edad, puede enrolarse en las Fuerzas Armadas, con el consentimiento de sus padres, pero no puede ser desplegado ni movilizado al frente de combate. Es esta la más clara enseñanza de la Guerra de Malvinas para ellos.

No fue fácil repatriar aquellos que, a los diecisiete o dieciocho fueron enviados a una guerra. Sus madres pensaron, era un entrenamiento de alta complejidad, se los devolvieron heridos, disociados de la realidad, o nunca los volvieron a ver.

La Argentina, eliminó el servicio militar obligatorio, en 1994, a raíz de un caso horroroso de abuso contra un joven conscripto que terminó muerto. En ese sentido, la guerra no enseñó nada.

Los veteranos, consideran parte de la desmalvinización, el que se los llame "chicos de la guerra", ellos no sintieron que eran chicos, se sintieron hombres en el frente de batalla y actuaron como tales, fueron hombres enormes a la fuerza, en las circunstancias más adversas.

Aunque un corazón de madre no pueda evitar pensarlos niños, ellos tuvieron el coraje de ser hombres, y vivir cada uno su propia guerra. Un veterano no es una víctima, se escucha decir a uno de ellos, con lágrimas de dignidad rodando en sus mejillas.

La Cruz Roja Internacional, fue, para una familia argentina, el cierre de de una historia triste y absurda, la que no supieron resolver los responsables argentinos de la guerra. Otro joven, de tantos, que la guerra atravesó, junto a sus padres.

“Islas Malvinas 7/06/1982

Queridos papá, mamá, Juani y Juanjo:

Perdonen que hace 8 días que no les mandaba nada, pero aquí nos dijeron que no sale ni entra nada. Yo igual voy a intentar mandar una. Sí, me llegó telegrama del 24 de ustedes y de Cristina y también me llegó ayer uno del 29 pero no se entiende nada, no está firmado pero pienso es de ustedes. La última carta de ustedes de Mar del Plata es del 11/04 y después nada más. Mi última carta es la que les mandé desde el hospital el 29/04 o el 30/04.

Me imagino lo preocupados que ustedes estarán por las últimas noticias. Es cierto que los ingleses están muy cerca, pero a mi puesto de combate les juro no me ha venido ninguno a “visitar” y espero no lo hagan.

Hay que seguir rezando y pidiendo a la Virgen para que esto se arregle en “paz” y se acabe ya. Cada vez tenemos más ganas de volver cada uno a su casa sea como sea, ganando o perdiendo, pero volver y pronto. Al final se nos quedó en el tintero el viaje, pobre papá, tanto juntar y organizar y yo le tiré abajo todo, aunque deslindo responsabilidades en el loco de nuestro presidente y su desvelo de grandeza. Acá todos, pero todos, lo agarraríamos del fundillo de los pantalones y lo pondríamos como nosotros 55 días; en estos pozos. Y yo con él a todos esos patriotas de ciudad que por lo que ustedes dicen allá está minado. Acabé el discurso. Ja. Ja.

Espero yo llegar de esto, antes que la carta, así no los preocupo más con esto, pero es hora que sepan lo que pensamos nosotros de Malvinas.

Bueno nada más, besos y abrazos para los cuatro, siempre, siempre los tengo en mis pensamientos.

Los quiero mucho.

Chau, José Luis “

José Luis Hierro, había sido dado de baja en Noviembre de 1981 y reincorporado en abril de 1982, murió el 14 de junio cuando las tropas argentinas replegaban en Puerto Argentino. Su madre, junto a su padre y hermanos lo fueron a buscar, una semana después de finalizado el conflicto, a la puerta del regimiento. Nadie les había informado lo sucedido.

José Luis nunca llegó y allí comenzó el largo camino de sus padres, para saber de él. En marzo de 1983, nadie, ningún militar sabía nada del José Luis, por lo que su madre, junto al papa de José, decidieron que viajara a Ginebra, sede de la Cruz Roja, para averiguar el paradero de su hijo.

Es inevitable pensar los caminos recorridos, como los que recorren aun hoy muchas otras madres, que durante la dictadura perdieron a sus hijos, es injusto que siendo un joven reclutado por la patria, ese camino haya estado sembrado de silencios, que para una madre son puñales.

Fue la Cruz Roja Internacional, quien informo al papa de José Luis, que su hijo había muerto, y fue sepultado en las Malvinas, después de pasar 5 meses cubierto por la nieve.

La historia de José Luis se dio a conocer 25 años después, publicada en un diario argentino, Perfil, al cumplirse el aniversario de la guerra. Única, increíble, insuperable.

La periodista María Mansilla, escribió, para el Comité Internacional de La Cruz Roja, en marzo de 2005, sobre las Madres de Malvinas. En ella relata un viaje, y un encuentro, que vale la pena conocer.

“Los hijos de las madres de Malvinas, hoy las miran actuar, inmortalizados en una fotografía colocada en un portarretratos. Como el hijo de Paulina Cardozo, que quedo para siempre, apoyado en un auto blanco, al lado de su hermana, que luce un peinado típico de la época. Era tripulante del crucero General Belgrano.

Para las madres de Malvinas, el conflicto nunca termino. Paulina dice “cuando vemos que no para de haber guerras, nos volvemos locas, no queremos saber nada. Yo no puedo ver las películas de guerra, lo noticieros, les digo a mis nietos – Cambien eso!”

Erminda también convive con el recuerdo de su hijo, como antes de traerlo al mundo, vive dentro de ella y la acompaña. “ Cuando los mandaron a llamar, estuvimos en una confitería tomando algo, después nos acompañó hasta la salida, se apoyo en

un árbol y cuando yo me estaba yendo me dijo –Mama! Mama! y me volví. Ese recuerdo no me lo puedo borrar, siempre está conmigo.

Lejos del fuego cruzado y del ruido de las bombas, hay otra batalla, disparada por quienes quedan huérfanas por las guerras. Amputadas de sus hijos, de sus maridos, de sus hermanos. Tienen por naturaleza el mandato de dar vida. Por eso se espantan cuando quieren quitarla arbitrariamente. Como las madres de Malvinas, las madres de los sábados, de Turquía, las madres de los soldados chechenos, como Las Mujeres de Negro, como las Madres de Plaza de Mayo, las mujeres de Colombia por la Paz y las viudas de Ruanda. Luchan en la post guerra y transforman su desconsuelo en acción. Tienen en común el sufrimiento de los que quedan vivos ante la muerte de un ser querido y la espera del reconocimiento.

Delmira, viajo una vez a Londres, con una comitiva oficial, y allí la recibió el grupo de madres de soldados ingleses que murieron en Malvinas.

-Yo llevaba una ofrenda, de las Madres de Malvinas a una Iglesia, donde están los nombres de los chicos, de los caídos de ellos, y me recibieron sus madres, que no dejan de ser madres, que han sufrido igual que nosotras, porque los pueblos no hacen las guerras. Me habían dicho que para ir a Londres tenía que llevar paraguas y sobretodo. Ese día, hacia 32 grados de calor.

Y las mamas me dijeron: “mira como te recibimos, el cielo esta como nunca y eso no es casual”

Madres de Malvinas.



DARWIN, ALMAS BLANCAS

Darwin, es presencia eterna Argentina en las Islas. Una madre eligió una tumba, a la que acudiría consecutivamente a llorar a su hijo, enterrado como “soldado desconocido”

El primer cementerio fue construido por los militares ingleses de la base de Monte Agradable, en una actitud respetuosa por los enemigos caídos, y la tarea fue super-

visada y avalada por un comité de la Cruz Roja Internacional, que permaneció en las islas tiempo después de finalizados los combates y retiradas las tropas argentinas.

Intentar hablar con los isleños sobre el cementerio helado de Darwin, es incomodo, porque a ellos, les incomoda. Aunque hoy forma parte del circuito de turismo de guerra que se desarrolla en las Islas, no les gusta hablar de eso.

Siempre pusieron cuestionamientos para su construcción, como se lo ve hoy. Recién a fines de 1998 el gobierno de las Islas autorizo su construcción, pero puso reparos para sus dimensiones y características.

Finalmente un comité, que en 2002 también integraban británicos, autorizo su construcción.

El cementerio y el cenotafio, han sido financiados y donados por el empresario Eduardo Eurnekian, diseñado por dos arquitectos argentinos, Carlos Antonio D'Aprile y Mónica Cordero. La Comisión de familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, colaboro con el diseño.

Está formado por 45 bases, 12 componentes y una gran cruz de hormigón. El cenotafio tiene 649 placas de gratino blanco, y una imagen de la virgen de Lujan. Las tumbas identificadas llevan grabados los nombres y las no identificadas la leyenda que reza "Soldado argentino solo conocido por Dios"

El cenotafio, que recuerda a los 649 muertos argentinos, porque incluye lo muertos en el Crucero General Belgrano, y no solo los caídos en combate, es una estructura de 200 toneladas, realizada en pórfido patagónico, una piedra característica del Sur

argentino. Lleva grabados los nombres de todos ellos. Fue instalado el 16 de Octubre de 2004, e inaugurado en 2009, con la presencia de familias, de la Comisión de familiares de Caídos en Malvinas y del propio empresario Eurnekian. Fue construido en Buenos Aires, en un predio de la empresa Aeroportuaria que preside Eurnekian, administra en Ezeiza, y trasladado en barco al archipiélago.

Un cenotafio es un monumento funerario vacío, que no contiene los restos físicos de aquel o aquellos a los que se honra en él. La palabra proviene del griego y significa “tumba vacía”.

Son monumentos de guerra, que conmemoran a los soldados que no han sido hallados, llevando sus nombres.

En Darwin hay además, 238 tumbas, de las cuales, 123 aun no han sido identificadas. Las cruces son de madera blanca de lapacho, y deben ser pintadas una vez al año, tarea de la que se encarga aquel argentino que reside en las Islas desde 2001, cuando huyo de la crisis. Las tumbas están rodeadas de rosarios, cartas, siempre azotadas por el viento gélido. Se encuentra a 89,1 km de Puerto Argentino y solo se accede por un camino de ripio.

No hay seguridad absoluta respecto de las tumbas identificadas, hay una cruz, que tiene el nombre de Dante Pereira, pero nadie lo vio morir, y nadie recuerda haberlo enterrado.

Hay grupos de familiares que han solicitado la identificación de los cuerpos que aun no tienen identidad y el gobierno argentino ha prometido en 2012 que esta tarea se hará. Lo que causo molestias a las autoridades británicas y de las islas, que se que-

jaron de que el gobierno argentino no hiciera una comunicación formal al respecto, a lo que respondieron, que el pedido lo cursaron a la Cruz Roja Internacional.

Anuncios vacíos, la Argentina tiene una particular problemática en el uso político de los muertos, por lo que algunos familiares se han opuesto al reconocimiento temiendo un “festival de huesos” o que los ingleses aprovechen para repatriar los restos argentinos al continente.

Las casi dos horas de ripio que lo separan de Puerto Argentino o Port Stanley, son desoladas, frías, para muchos familiares, es el Cementerio de Darwin, centinela de soberanía.

Los ingleses en su larga historia de hacer la guerra, cuentan con más de un centenar de cementerios a lo largo del mundo, en los lugares donde han combatido. Todos siguen el mismo estándar, con bandera británica, dólmenes, monolitos y memoriales.

La costumbre del Reino Unido es que el soldado inglés muerto en combate, sea enterrado en el lugar donde muere. En Malvinas, el cementerio inglés de San Carlos solo tiene 14 tumbas, de los 255 caídos reconocidos por ellos. Muchos quedaron en el mar, y muchos fueron repatriados.

Por ser tantas las tumbas en todo el mundo, cuentan con una Comisión de Tumbas de Guerra de la Comunidad Británica de Naciones (War Graves Commission of the Commonwealth) y depende del Ministerio de Defensa Británico.

La costumbre de enterrar al soldado inglés en el lugar de su muerte en combate, tiene una explicación, en la obra del poeta y escritor Rudyard Kipling, nacido en la India, conocido por sus poemas y relatos sobre los soldados británicos. Gano el Premio Nobel de Literatura en 1907 y fue nombrado en tres oportunidades como Caballero de la Orden del Imperio Británico.

En su obra "Las tumbas de los caídos" conmina a sus compatriotas a recordar a los soldados mediante la sepultura en el lugar donde cayeron. Kipling fue el poeta del Imperio, y considero que estas tumbas servirían para recordarles a las futuras generaciones británicas, la voluntad inquebrantable de la Nación.

Esto se hizo dogma en el Reino Unido, y han tratado siempre de que sus enemigos no hicieran lo propio, con excepción de los caídos argentinos en Malvinas, y de sus propios caídos, que también fueron la excepción.

Para los ingleses, la batalla de Malvinas, seria breve, y resulto desproporcionada en bajas para ellos, y a veces una verdadera pesadilla, no guarda ninguna relación la proporción favorable de fuerza con el daño sufrido.

Los hechos de la Guerra del Atlántico Sur, han sido codificados por el Reino Unido, y solo serán decodificados cumplidos 90 años de la capitulación, cuando ninguna generación contemporánea a la guerra este viva. Probablemente entonces se conozca la razón de la desproporción del daño sufrido. Quien devele algún secreto codificado será sometido a una corte marcial.

Tal vez este sea el motivo de que hayan dejado solo catorce tumbas, tiraran los gurdas al mar y repatriaran el resto. Pero esto es algo que solo lo sabrán las generaciones venideras.

El cementerio ingles de Malvinas, está ubicado en San Carlos, uno de los lugares emblemáticos de la guerra para los británicos, sitio de desembarco de las tropas previo a la liberación de Puerto Argentino o Port Stanley.

San Carlos fue llamado el Callejón de las Bombas, porque mientras la flota estaba apostada allí, los aviones argentinos accionaron contra los buques ingleses y durante esas incursiones se hundieron el Ardent, el Antelope, el Coventry y el Atlantic Conveyor.

El cementerio, tiene un pequeño museo dividido en tres sectores, uno dedicado a la vida rural de las islas, otro a la historia natural y el último a los hechos de 1982.

Después de la guerra, el Ministerio de Defensa de Reino Unido, le encargo a la Comisión de Mantenimiento de tumbas, un cementerio para catorce tumbas, y un monumento conmemorativo de todos los caídos en combate en la campaña. Se inauguro oficialmente el 10 de abril de 1983.

De los 255 muertos ingleses, 64 fueron repatriados al Reino Unido, uno a Hong Kong, 174 están en el mar, 14 en el cementerio de San Carlos, y hay dos tumbas aisladas, una en Goose Green y otra en Port Howard. Los recordatorios en el cementerio de San Carlos comienzan cada 21 de mayo, el día del desembarco de las tropas.

El cementerio militar de San Carlos es por todos conocidos como Blue Beach o playa azul, por la vista al mar de la bahía. En el descansan los restos de Herbert Jones, el marido de Sarah.

Los veteranos de guerra británicos también peregrinan a rendir honores a sus camaradas muertos en combate.

Posee un cenotafio con los nombres de todos los caídos, el muro que lo cerca está construido con piedras de las islas, y las placas conmemorativas con los nombres, en granito negro de Reino Unido.

Desde el cementerio, la vista a la bahía muestra boyas donde fueron hundidos los buques, como homenaje a sus muertos.

Los argentinos no contamos con experiencia en guerras internacionales, por lo tanto tampoco estábamos acostumbrados a pensar como debía ser un cementerio de guerra.

Apenas ocurrida la Capitulación de Puerto Argentino, los familiares se encontraban en medio de otras emergencias espirituales, por lo que a algunos, no les sorprendió el interés del gobierno inglés de repatriar los restos argentinos al continente. Para los argentinos no es esto una repatriación puesto que el territorio de Malvinas, es territorio Nacional.

Hubo intentos por parte del gobierno del Reino Unido de traslado, al menos en dos oportunidades, en la década del 80, y en los 90, apenas asumiera la presidencia en Doctor Carlos Menem, reanudo las relaciones diplomáticas y volvieron a la carga con

la repatriación de los restos, esgrimiendo razones humanitarias, para facilitar los procesos del duelo. Creyéndose que la verdadera intención era borrar todo vestigio de la voluntad argentina por recuperar las islas.

Los familiares han preferido que sus seres queridos permanezcan enterrados en la tierra por la que murieron, lo que les valdrá la honra eterna de todos los argentinos.

Después de muchas idas y vueltas diplomáticas, en las que el Gobierno Ingles planteo la repatriación al continente, atendiendo razones humanitarias, para que sus familias elaboren mejor el duelo, los familiares, presentaron la contrapropuesta de que queden en las islas, y se les permita a ellos, por las mismas razones humanitarias, viajar regularmente a visitarlos.

Así fue como en 1991, se realizo el primer viaje de familiares argentinos a Malvinas, con la supervisión de la Cruz Roja Internacional, su veedor para los asuntos de América Latina, relata que ese primer viaje fue emocionante y reconfortante para los 381 familiares. Luego entre 1991 y 2003 se realizaron 23 viajes de familiares a visitar el cementerio de Darwin, y la zona de hundimiento del Crucero General Belgrano.

La construcción y posterior inauguración del Cementerio, tal y como está hoy, es un acontecimiento único de la historia universal. Fue la primera vez que dos países que disputaron una guerra, y subsistiendo la razón de la disputa, se pusieran de acuerdo en permitir la construcción de un monumento a los soldados caídos, pertenecientes al ejército derrotado, en el propio territorio en disputa, que se encuentra bajo la administración del vencedor. "Nunca antes" Señala un miembro de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur.

Es este un triunfo único, poco valorado, un gesto humanitario para el mundo, y la victoria de la tenacidad de un grupo de hombres y mujeres, que generaron un verdadero acontecimiento de dignidad.

El cementerio es mantenido por la comisión de familiares, su aspecto actual obedece a la perdurabilidad sin deterioro, ya que sus materiales, hormigón armado, pórfido patagónico y granito negro absoluto, tienen un proceso de desgaste que se estima en 300 años.

La comisión de familiares se hace cargo además de pintar las cruces blancas de madera de lapacho, que se deterioran con la climatología local, nieve, viento y lluvia. Está prohibido colocar rosarios metálicos para que no manchen las cruces con óxido. También se corta la hierba que pudiera crecer. La Comisión de Familiares de Caídos se ocupa de que lleguen los fondos para las tareas de mantenimiento.

El cementerio militar de Darwin, , impresiona por la blancura absoluta de sus cruces, contrapuestas al negro del cenotafio. El argentino encargado del mantenimiento, hace una gran tarea y las condiciones en que lo mantienen han sido elogiadas hasta por los propios isleños.

La tarea no es sencilla, el material perdurable de su construcción a veces se deteriora ante el inclemente clima, que actúa más rápido que la mano del hombre.

Dependiendo la época del año en que se lo visite, su aspecto puede variar, las tareas de pintura de las cruces se hace en verano, y antes de ellas, pueden verse deterioradas por la acción de la aspereza natural.

Hubo notas periodísticas realizadas respecto del mal aspecto que presentaba el cementerio, sin reparar que se la estaba haciendo en otoño o invierno, cuando es imposible hacer los trabajos de mantenimiento.

Malvinas es una tierra difícil, solo quien la conoce y la vive, puede reparar en estos detalles, que para los visitantes son la diferencia entre el abandono y el buen aspecto.

El príncipe Andrés de Inglaterra, es Duque de York y durante la guerra de Malvinas sirvió embarcado en el Invencible. Es piloto de helicópteros de la Marina Real, y recuerda que por ser miembro de la realeza no recibió ningún tratamiento especial a bordo.

En el aniversario número 20 volvió por primera vez a las islas, y recordó con dolor a las víctimas de ambos países.

En declaraciones a la agencia de noticias Mercopress dijo "Para mí es muy importante demostrar mi respeto por todos los soldados que murieron durante el enfrentamiento. No sólo los británicos, también los argentinos". Y agregó: "Es tiempo de recordar. Es imprescindible recordar el sacrificio de aquellos que murieron en Malvinas para poder vivir nuestras vidas en paz".

A veinte años de la contienda, viajo a las islas en los que ellos llaman el día de la "Recordación" y visito Darwin.

"Es una postal que impacta". Dijo entonces, y aun no presentaba el aspecto actual, que impacta los sentidos aun mas.

Darwin es, un eco de la guerra, aunque alejado de las poblaciones, está presente. Azotado por el viento, que ruge entre las cruces como un grito. Nada mas puede oírse, el viento, y el golpeteo de los rosarios, cientos de ellos, colgados en sus cruces blancas.

Imagen Cementerio Militar Argentino de Darwin.



LOS ECOS DE LA GUERRA

A las doce de la noche, parada frente a un mar helado y negro, comprendí que la guerra que viví en otra Córdoba, a los diecisiete años, había sido otra.

Aquel 2 de abril de 1982, después de volver de la escuela, reunidos en la mesa familiar, mi padre nos habló con la contundencia de quien sabía lo que vendría.

Brillaba el sol, y a pesar de eso, los días que siguieron a sus revelaciones, se pintaron de un gris neblinoso. Hablaba con mis hermanas, en susurros, nada se veía igual.

Era una sensación que no se volvió a repetir en mi vida. Y mientras veía en televisión una plaza colmada de argentinos, me pareció la escena del festejo de un campeonato de fútbol.

Me sentí miembro de una minoría extraña, casi absurda, que no entendía el patriotismo de festejar una guerra.

Las guerras no se festejan, se padecen, se sufren. No vi ningún cartel con un “no a la guerra” en aquellos días. Es que transcurrieron en las ciudades del norte argen-

tino, entre falsas buenas noticias y fútbol. El Atlántico Sur era un lugar tan remoto, como la guerra.

Todo paso rápido. De las buenas noticias a la capitulación, sin mediar explicaciones. Tampoco las pedimos.

Las guerras alcanzan a todos, en la frustración, en el dolor, igualan en la muerte y en las secuelas que provocan. Tengan la dimensión o magnitud que tengan.

Al conflicto del Atlántico Sur, lo precedió el silencio de lo que ocurría fronteras adentro y también lo sucedió el silencio de los resultados. A la sociedad la ocupó la ignorancia del olvido, como una herida más, de todas las que sufrieron sus sobrevivientes.

No es fácil recordar el momento preciso del retorno, de todos aquellos que partieron a la guerra con el ritmo de una canción amarga.

Durante muchos años no pensé en la guerra, porque siempre preferí pensar en la paz, comprometiéndome en cuanta causa la implicara. Muchas veces discutí, me enoje, porque jamás entendería a quienes propician la guerra.

Anduve los días que duro la invasión a Irak en 2003, con dos mechones blancos, decolorados sobre la cara, porque quise llevar el símbolo de la paz en el cuerpo. Mi madre creyó que estaba loca y la gente que preguntaba, no entendía el porqué de esa respuesta. No me importo nada.

Es que antes de ese episodio, un 2 de abril de 2001 me encontré parada frente a ese mar, en la primera guardia de las estrellas a la que asistí. El frío calaba los hue-

sos, el olor a sal penetraba en la nariz con la fuerza de una ola de recuerdos de la verdadera guerra.

Observaba y sentía con una emoción rara, nueva, pero no dije nada, era una invitada a un recuerdo que nunca fue mío.

Las guardia de las estrella, se sucede cada noche del 1 de abril en las ciudades de la costa Patagónica, para esperar la medianoche junto al mar, mirando las estrellas, y comenzar el homenaje.

El mar es el símbolo más frío de la guerra del Atlántico Sur, evoca la partida, el regreso y la muerte, sintetiza el escenario, la oscuridad y la soledad eterna de su enormidad.

A las doce de la noche se toca silencio, un toque profundo, metálico, que en semejante escenario conmueve hasta al más duro.

Fue entonces, por primera vez, cuando comprendí, y me detuve en un escenario real, aquel, que con contundencia, me mostro mi padre ese día, en que todo se pinto de neblina gris.

Y el toque de silencio de la hora de los héroes, se hizo eterno, como un llamado, y no supe muy bien desde donde venia.

Y vi mas allá, para desgracia de mi conciencia, porque conociendo el clima y el paisaje de la Patagonia, lo imagine más lejos, en las islas, y me puse en el lugar de quienes vivieron esos días con algunas bombas rozando peligrosamente sus vidas, y otras dando en el blanco.

Personas, habitantes, que llegaran allí como hubiesen llegado y por designio de quien, no importaba ya, no los sacaba de su condición de civiles. Tampoco hable de esto entonces.

La ciudad de Comodoro Rivadavia asiste a cada guardia de las estrellas, todas las vigiliass del 1 de abril, a esperar la hora de los héroes. Nunca oí, mencionar a una sola mujer, en los momentos en que se evocaba a los veteranos.

Para algunos entendidos, la recuperación de Malvinas fue la operación militar más limpia de la Historia bélica, solo un muerto y argentino, en ese primer día.

Las ciudades de la Patagonia no tuvieron bajas, pero esto es atribuible a que todo duro poco y a algunos milagros inesperados, como la buena voluntad de la Primer Ministro de no llegar a disparar nunca un misil contra la población civil argentina.

Eso, los habitantes, nunca lo supieron con certeza, por lo tanto lo vivieron esperando.

En el aire de la ciudad flotaba el recuerdo de los días de guerra, al pasar, se susurraban oscurecimientos, peligros, alertas de bombardeos.

Tal vez el silencio, que generaba verdades a medias, resguardaba de la amargura a quienes vivieron en la ciudad cabecera del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur, los días que duro el combate.

La guerra sucedió de sorpresa, sin importar las vidas y las almas que quedaron atrás.

Doscientos treinta y ocho, quedaron en un cementerio helado, silencioso, recordando a los argentinos para siempre, junto a los que se trago el mar, que les paso una guerra.

Y están los que volvieron, y los más de mil heridos, buscando un lugar donde todo vuelva a ser lo que fue. Solo se puede contribuir a su alivio, apostando a la paz.

En la frontera del mar, los otros muertos, y heridos, los que volvieron triunfales, pero con la guerra a costas, los que se fueron yendo después de ella, mas de los que cayeron en combate.

Reparando, en la línea imaginaria de los sufrientes, hay mujeres, que estuvieron en los mismos sitios, donde iguala la guerra. Y a la mente vuelven los refugios, sirenas y oscuridad, también en las islas.

Las mujeres de la guerra, siempre estuvieron allí, en el tiempo del combate, y después, cargando sus historias en silencio. Y yo, hice caso omiso a los susurros, hasta muchos años después.

Encontrarlas es cuestión de voluntad, una pequeña pista, una certeza, van acercando a todas, argentinas, inglesas, isleñas, militares, civiles.

Han permanecido ocultas, en Argentina, hasta por sus propias familias, ya que, todo lo que tenía que ver con la dictadura era vergonzante, y la guerra fue la obra culmine de un gobierno militar moribundo.

Las mujeres de la guerra fueron las madres, de jóvenes a los que no vieron volver, cuando todavía no habían entendido que se habían ido. Y fueron esas, que se de-

fendieron en las islas, y vieron el combate cara a cara como una realidad inesperada.

Hundidas en una neblina de la que empezaron a asomar treinta y dos años después, estuvieron siempre, tímidas, discretas, mudas, esperando.

La figura de la mujer en el Conflicto, emerge integrada en el género. Las mismas incertidumbres y temores, porque las madres, lo son en cualquier idioma, las maestras protegen a sus alumnos de la misma manera, bajo cualquier bandera. Las enfermeras se avocan al herido sin importar el color del uniforme.

Los hombres ya se abrazaron, dejaron de ser enemigos, la batalla tiene su leyenda, su mística y sus miles de páginas impresas.

Se han escrito cerca de ochenta y cinco libros en idioma inglés y 30 en español, sobre el conflicto del Atlántico Sur y ninguno describe o dedica un capítulo al accionar de la enfermería. Mucho menos a las mujeres civiles.

La explicación es incierta pero, los hombres se hicieron del patrimonio de la guerra. Una cuestión cultural, muy arraigada en la sociedad. Machismo, silencio por parte de ellas, por vergüenza, porque cuando quisieron contar no les creyeron. Quien no las vio, no las reconoce.

“Las mujeres de la guerra” son todas, las invisibles, que honraron la vida en dos idiomas, y fueron luz en el momento de oscuridad.

Los docentes tenemos una mirada especial sobre los jóvenes. Siempre atentos a ellos, no dejo de imaginar, y de pensar a mis alumnos de entre 18 y 20 años. Con esa edad, los conscriptos argentinos, civiles bajo bandera, cumplieron en 1982, con la terrible carga pública de ir a la guerra. Cambiaron el contenido de sus mochilas, sueños, pelotas de fútbol, música y chicas, por armas y miedo.

Y en aquellos ingleses como Tom y sus amigos, con solo 17.

Volvieron heridos para siempre o no volvieron, y esa es una deuda enorme, replicada en cada una de sus madres. Nunca el homenaje será suficiente, porque ninguna de ellas quiere un héroe, quiere un hijo a su lado.

Según datos de la Fundación Para la Salud Mental, estar expuestos constantemente durante días a la posibilidad de morir en combate, o al temor a morir sin enterarse o sin poder defenderse, en un bombardeo, provoca el trastorno de estrés post traumático. Muchos veteranos consultados lo padecen aun hoy 32 años después, se traslada a sus familias, y son en la mayoría de los casos, sus mujeres el sostén.

La depresión también es una secuela, que muchas veces, ha acabado en suicidio. Las tropas inglesas han tenido más bajas en la post guerra por suicidios que caídos en combate.

En el libro "La Medicina en Malvinas" sus autores, Ceballos y Buroni, señalan que no hubo suficientes puestos de socorro. La falta de previsión del gobierno que hizo la guerra, una vez más dejo expuestos a los combatientes a múltiples consecuencias físicas por la precariedad de la atención en el terreno. Sumado a esto, la condición en la trinchera y la malnutrición en algunos casos, provocaron secuelas físicas, como

discapacidades permanentes por heridas en miembros superiores e inferiores. Por solo mencionar algunas.

El combate por la supervivencia, para ellos aun sigue hoy.

Un enfoque de la guerra desde la mirada de las mujeres, no solo rompe la tradición de hablar de batallas y gestas puramente militares, incluye voces que no se habían oído jamás, y otras que al pasar habían protagonizado alguna nota periodística.

Treinta y dos años después de la guerra, un país roto y dividido, que seguía improvisando, poniendo parches a todo aquello que era responsabilidad del estado. Una sociedad adormecida en la comodidad de que tal vez otros, y otras generaciones se encargaran de corregir lo que estaba mal.

La guerra pertenecía a un pasado remoto, que el relato de las víctimas de la dictadura ignoraba por completo. Había sido una guerra de propaganda que no reparo en sus muertos, ni en los que volvieron.

Organizados en muchos centros de veteranos, sin cohesión, se nota el mismo desparramo de almas que se vivió en las islas. Una prolongación de la desprotección de los superiores a sus soldados.

Las mujeres argentinas no tienen un centro de veteranas de guerra, porque la división es grande, hay recelos, resentimientos, que proceden de aquel paralelo que las determina veteranas o no. Alicia Reynoso, ha sido muchas veces invitada por algunos municipios a desfilan en algún acto, y los centros de veteranos no se lo han per-

mitido porque no es Veterana para la ley, si lo es para su institución. Ignorando cuanto estuvo en contacto con el horror y el espanto.

Ellas mismas, transitan un estado de sopor institucional, conformándose con emerger 32 años después sin recibir explicaciones. Existe en algunas mujeres, una inexplicable actitud de sometimiento al militar, como un mandato que no se atreven a romper. Más allá de la vía jerárquica que deben seguir, y las civiles a las que no las alcanza esta vía tienen muchas, esa misma actitud. La igualdad no es autentica en muchos casos. El machismo no se erradica ni en una década, ni en dos, y parece que tampoco en tres.

La Institución es un intangible, una abstracción, conformada por hombres y mujeres. El sentido de pertenencia se confunde con tolerar el olvido como un acto del servicio, por temor a ir contra la institución que las cobija desde hace años, aunque haga la misma de cantidad de años que se olvidaron de ellas. Esto no ocurre en todos los casos, pero ocurre. Un doble sentimiento, que proviene tal vez de haber estado y querer gritar por reconocimiento, pero a la vez saber que se quiere seguir perteneciendo.

Dentro de las Instituciones militares, aun hoy, hay mandatos, sobre cosas que “no se dicen” lo he comprobado, le he padecido. Confunden develar verdades con traición u ofensa. Por ese camino todo se hace difícil y doloroso. En mi caso, la búsqueda de la verdad excede y supera el corporativismo militar.

Cada año, cuando se transitan los 74 días de la guerra, cada uno de ellos, en cada unidad militar, se leen las efemérides de los hechos, combates, bajas. El 2 de abril

es definitivamente el día que se conmemora al veterano. Donde las mujeres han estado siempre ausentes.

La experiencia de hablar con cada una de ellas, también con los soldados conscriptos de entonces, me demostró que cargan la guerra todo el año, cada día, cada noche, cuando vuelven al horror de la trinchera, del hospital o del refugio Aquí, en Londres y en las Islas.

El homenaje permanente es la preocupación por no dejarlos solos. Y las mayoría de las veces, cuando vuelven a estar solos, desprotegidos, en medio de una crisis o una pesadilla, al menos en mi país, se ayudan entre ellos. Se socorren, como lo hicieron ya hace 32 años.

Existe un resentimiento profundo entre las mujeres que poseen pensión y las que no. Entre las que estuvieron en la zona que determina la ley para ser veteranas y las llamadas "continentales"

Esto no hace más que desnudar miserias, que deben ser superadas. He sugerido desde lo personal, la creación de un Centro de Veteranas de Guerra que incluya a todas las que estuvieron en contacto con los heridos. Las que configuraron los buques, estuvieron embarcadas, las del reubicable de Comodoro Rivadavia, todas, más allá de cobrar una pensión o no, deben estar unidas en la lucha por la visibilidad social. Porque las pocas que cobran, también son desconocidas.

El Estado Nacional y sus Instituciones Militares, diferencian políticas de protección respecto de veteranos, los que son militares, han sido contenidos junto a sus familias, sus viudas son atendidas como tales, al igual que los hijos de los héroes.

Los soldados clase 62 y 63, el porcentaje más alto en traslado a las islas, en heridas, en muertes, están organizados, en muchos centros de veteranos y dependiendo la provincia, reciben además de la pensión nacional, una provincial. Quedan muchos, que no encuentran un lugar donde recuperar sus vidas, aun tres décadas después de la guerra.

Se desplegaron cerca de 14 mil militares a Malvinas, entre soldados y profesionales, en la actualidad hay más de 24 mil supuestos veteranos que cobran según la ley. Y unos 9 mil, que reclaman ser incluidos en ese beneficio, hace más de 6 años que luchan por sus derechos en un campamento en Plaza de Mayo. Desde que terminó el conflicto, se duplicó el padrón de pensionados de guerra, y aun quedan los del campamento. Nada es claro al respecto.

Las políticas de género desarrolladas por el gobierno Nacional de Argentina, desde 2003, han tenido grandes avances en cuanto al ingreso y posicionamiento de la mujer dentro de las Fuerzas Armadas, con oficinas que atienden la problemática en todas las guarniciones militares.

No se difunde la tarea de las enfermeras militares y civiles en las instituciones de formación militar, a la hora de impartir conocimientos de los sucesos del conflicto armado de 1982.

Con asombro descubrí esto, junto a la sorpresa de los alumnos del último año, del instituto de formación militar, que no conocían absolutamente nada sobre muchas de ellas.

El Ministerio de Defensa, tiene un desarrollo interesante respecto del tema, pero pareciera que respecto de las mujeres en la guerra, es insuficiente.

Los números oficiales fueron cambiando, poco después de concluida la guerra, el Ejército, señaló 10.001 efectivos, diez años después ese número pareció ajustarse a nuevos conteos y arrojó 14.020 excombatientes al sumar los denunciados por la Marina, y Fuerza Aérea. Sin embargo, son alrededor de 24.000 los que gozan de beneficios de las pensiones de guerra.

Las pensiones de veteranos falsos, han dado lugar a denuncias por parte de centros de Veteranos, como el de La Plata, abriéndose investigaciones, con alguna condena por percibir beneficio no correspondidos.

Esto no hace más que demostrar, el desorden de una sociedad que al menos, no sincera los hechos que más daño les causan a las personas.

La Marina, incluyo como veteranos, a todos los tripulantes, de toda su flota, hayan o no entrado en combate, y sumo todos los tripulantes de la Marina Mercante que prestaron apoyo logístico. Omitieron a aquellas, que en Puerto Belgrano, convivieron con el regreso, cara a cara con las heridas, la locura y la muerte.

Las irregularidades son muchas, ningún escrito o nota, incluso expedientes judiciales, ponen luz al problema, sino todo lo contrario. Confusión de la que se benefician inescrupulosos.

En ese marco, es difícil que alguna de las mujeres ignoradas, pueda reclamar o pedir algo más que un diploma. Hay que barajar y dar de nuevo, usar un nuevo criterio.

La guerra tuvo un escenario concreto y se traslado a donde fueron derivados los heridos. Esta es una percepción personal, no tiene un asiento científico, solo emerge de un sentimiento de injusticia inevitable.

Todas han sido forjadoras de paz, en medio del dolor de la guerra, ese reconocimiento debió ser siempre impostergable.

Las isleñas, civiles, también sienten que ocuparon un rol importante y destacarlo, les ha parecido un buen comienzo, para dialogar, compartir experiencias comunes. Oír-las es un ejercicio enriquecedor, porque vivieron en un territorio para ellas ocupado, con sus vidas en riesgo, llenas de miedo. Comprenden la importancia del aporte que hacen al mundo, como civiles víctimas de las guerras, buscando la paz.

Las militares inglesas embarcadas en el SS Uganda, fueron condecoradas como veteranas de guerra, ya en el desfile de la Victoria en Londres. Y es Nicci Pough una referente calificada sobre buques hospitales.

Tampoco todo ha sido fácil para los veteranos ingleses, pero tienen asociaciones que se ocupan de ellos, recordemos el comentario de Thatcher al hombre ciego, los suicidios que generaron más bajas que los combates, la enorme labor de Sarah Jones, por las familias con pérdidas en la guerra. Había una diferencia, y no era la respuesta miserable de que habían ganado como piratas, era la madurez social, que intentaba dar soluciones, que asumía los costos. Disgregaba menos y no atomizaba. Su experiencia en las guerras tiene mucho que ver en esto.

El SAMA, la Asociación de la Medalla del Atlántico Sur, atendía las necesidades tanto de oficiales veteranos como tropas subalternas, ellos también tuvieron jóvenes de

17 años en combate, como Tom, que perdió todos sus amigos en la Batalla de Monte Longdon, y eso les enseñó a no volver a cometer el error. Y a preservar a tantas madres de sufrimientos indescriptibles.

Las cifras en Argentina eran elocuentes, de un total de 12.400 efectivos estimados, entre 7520 y 8520 eran conscriptos. Estos civiles, fueron movilizados estando bajo bandera, sin ser profesionales y contando con muy poca experiencia.

Son por lo tanto, en mayores números muertos y heridos en el general total, esos soldados conscriptos, con los que más contacto tuvieron enfermeras, voluntarias civiles y mujeres de las islas que los vieron volver heridos, abandonados.

Desde 1982 hasta hoy, el mundo no detuvo su pasión por las guerras, las sigue habiendo en lugares a la vista de todos, donde los civiles en general y las mujeres en particular, sufren dolores aberrantes, habiendo tantas organizaciones a nivel mundial que luchan por sus derechos. Siguen ganando los discursos fundamentalistas y de sometimiento, por diferencias territoriales, religiosas, políticas.

Las organización internacionales como la ONU, hacen muy poco, y el mundo es cada vez mas indiferente.

Cuando decidí tomar parte en el trabajo de las mujeres en la guerra, ampliarlo y hacer este libro, los silencios me indicaron que no era una buena idea. Hasta sentí que robaba algo que no me pertenecía. Pero si era una mala idea dentro, seguramente respondía a que la idea era buena. No recibí un llamado, un ofrecimiento de ayuda, solo un gélido deseo de éxito disimulado. Pero era lo que había, y aun así, valía la pena.

Pero fue involucrándome en ese trabajo que descubrí un mundo de voces nuevas que estoy segura que desde sus experiencias aportaran al dialogo permanente de paz.

La información que encontré era mucha, y era poco el tiempo, así que me quede con un escritorio lleno de notas, fotografías, libros, direcciones de correo y contactos, y muchas puertas abiertas para llegar más lejos.

Y aquel llamado de silencio, de la hora de los héroes, no me fue indiferente.

Este ha sido un camino en soledad, con la colaboración de la bibliografía y de aquellos que gentilmente me brindaron información, extrainstitucionalmente. De lo que no me arrepiento, porque este trabajo es el fruto de mi propia libertad. A veces me acompaño la culpa, de no haber prestado atención antes, pero las cosas se dan cuando deben darse.

Las Fuerzas Armadas Argentinas, son hoy algo pequeño, con pequeñas aspiraciones que se limitan a la subsistencia básica y permanencia en el tiempo. Lo que me provoca una enorme impotencia y un dolor que no se va.

Desde que volvió la democracia, todos los gobiernos se han encargado de apartarlas, humillarlas, desmantelarlas y dejarlas en ese lugar. No está claramente definida en la práctica, la hipótesis de justificar su existencia en épocas de paz. Se trabaja como en todo el Estado, con el mínimo de recursos, no crecen, todo lo contrario. Transitan una lamentable resignación, desde un difícil lugar de temor, por perder lo poco que les queda.

No se nota la excelencia en todos sus ámbitos, sino la precariedad, de recursos, humanos y materiales, que harían imposible incorporar nuevos paradigmas, como son las mujeres de la guerra, al lenguaje habitual, cuando se habla de la Batalla de Malvinas.

Decir en una Fuerza Armada que la guerra fue una mierda, cuando no tienen objetivos de existencia en épocas de paz, al menos para los observadores comunes de la sociedad, implica que a uno lo miren con extrañeza. Tal vez porque es la guerra vivida es el sustento emocional, de hombres y mujeres que visten uniforme y que transitan la labor diaria sin objetivos claros.

El ministerio de Defensa tiene lineamientos sobre la misión de las Fuerzas Armadas, pero creo que se diluyen en la precariedad.

Hay muchísimos hombres honorables, dignísimos veteranos y en actividad, aviadores, marinos, del Ejército, que hacen lo que pueden en la contingencia del bajo presupuesto, y lo hacen correctamente, no se dejan corromper, y son ejemplos para todos. Aunque lo que se percibe entre las personas que transitan estas instituciones, es la tristeza, como en el tango “el dolor de ya no ser”.

Una lectura, respecto de la invisibilidad de nuestras mujeres, da cuenta de que podría estar presente el, “de eso no se habla”, que vino después de la guerra, porque después de todo, estas mujeres, fueron las que estuvieron en contacto con los soldados desabrigados y hambrientos que volvían descorazonados, y muchos sumaban el destrato de sus superiores, a la supervivencia en la trinchera.

Los grandes conflictos bélicos, generaron historias románticas, inmortalizadas en el cine, otras tan dramáticas como una ópera. Es que, la tragedia de la guerra era eso, “De aquí a la eternidad” y también “Madame Butterfly” No importa el lugar del mundo donde sucedan, ni la dimensión del territorio donde se disputan. Porque siempre involucran personas inocentes.

La historia de Anita Flangan lo demostraba, como la del Soldado Oscar Ledesma, o el Soldado Hierro. Y todos sus seres queridos en los que impacto su tragedia.

No he podido evitar volver una y otra vez al recuerdo de mi padre, a sus palabras duras aquel 2 de abril “no hay nada que festejar, lo que queda después de la guerra es un dolor enorme”

El país donde se esconden historias, se tapan con futbol, con anuncios vacíos, con desvíos de atención, es el mío. Era ese que me mantuvo al margen de la guerra en Córdoba y el que me dio un puñetazo de realidad muchos años después, en Comodoro Rivadavia.

Fue ahí, cuando entendí hasta donde alcanzan las guerras, y hasta donde dañan los silencios. Todos perdieron con Malvinas, los más damnificados, la vida, otros la salud, otros la paz, y yo me perdí la verdad. Y hubo otros, que en contacto con los soldados, perdieron la dignidad.

Abandonar los mensajes violentos, dejar de lado el preestablecido amigo-enemigo, el anti como símbolo de la división, ayudara a superar heridas absurdas y a construir desde la paz.

La visión de la mujer isleña, debe ser entendida como integradora, ellas estuvieron dispuestas a la colaboración siempre. Jamás dejaron de contestar un correo o un llamado. Nunca interprete en ellas un mensaje de odio o de venganza. Tampoco la respuesta miserable de algunos compatriotas míos, que consideran que lo hacen porque “ganaron la guerra” Han superado y apuestan al futuro en paz.

Hice un largo viaje al pasado, que sigue presente en cada uno de los que volvió y en el homenaje de todos los que quedaron. Un viaje en la soledad de los recuerdos, que son eternos. En un largo recorrido que aun no termina, encontré a las mujeres invisibles de la guerra, y muchas miserias.

Algunas son, enfermeras que aun trabajan, y siguen encontrando soldados heridos a lo largo de su camino, abandonados, que les piden ayuda, porque el camuflaje de sus ropas, que no los abrigó en la guerra, les camufló el alma para siempre y se las lleno de frío.

Ha valido la pena, porque rescatar valores como la solidaridad, las acciones humanitarias, siempre son ejemplo para la paz.

Nadie es dueño del honor, ni se puede arrogar atribuciones para distribuirlo y decidir quién lo porta. Es algo íntimo, que trasciende sin que lo llamen, porque tiene que ver con la esencia misma del ser. Hay miradas que lo evitan, pero siempre está, no se puede tapar con un relato, ni con una mentira.

La gloria es de los héroes, que murieron solos, porque en el instante previo, no hubo nadie más con ellos, que sus propios recuerdos.

La soberanía indiscutible, no se pone en duda por rescatar historias nuevas, que le enseñaran al mundo sobre humanidad y solidaridad.

Las guerras son episodios interminables, donde no hay acciones correctas o incorrectas, hay

acciones, con las que cargan sus protagonistas para siempre.

Tanto la verdad, como la palabra, son sanadoras, liberadoras, cierran heridas, abren caminos al dialogo. Mucho se ha escrito y se ha dicho, pero no ha sido todo.

Faltan más voces, a las que espero alentar a disparar más verdades, dentro del hermoso ejercicio de la libertad, sin rencores, sin dolores.

Puerto Argentino.



AGRADECIMIENTOS

En oportunidad de colaborar en un trabajo de investigación sobre el rol de la mujer en la guerra, en la escuela que forma a los oficiales de la Fuerza Aérea, encontré una realidad acotada a viudas, hijas, madres y esposas de veteranos, y allí descubrimos enfermeras y veteranas. Gracias a la Profesora Claudia Romero, la titular de esa cátedra, es que me involucre en esto, y que me facilito el trabajo de los alumnos con testimonios invaluables.

Mi amiga Paula Bavio, en ocasión del día de la mujer, puso en su muro de Facebook, como homenaje, una foto, con unas mujeres uniformadas durante la Guerra de Malvinas, que yo desconocía. La guarde en la memoria, y en la oportunidad de la investigación de los alumnos, volví por ella.

Leí la nota, busque sus nombres, eran las enfermeras del Ejército. Se me ocurrió que podía haber otras, y preguntando, descubrí que en la propia Fuerza Aérea, en la que me muevo hace 30 años, había más. Y yo jamás había sabido de ellas.

Llegue al barco ingles, sola, desvelada y me presente a la cátedra de la investigación con tanta información, que era demasiada.

Porque para entonces, ya había encontrado, inglesas, comodorenses, isleñas, para la Institución, la cátedra y el tiempo disponible, superaba las expectativas.

Fue allí que decidí seguir sola, porque el abanico que se abría era por demás interesante.

Viví doce años en la Ciudad de Comodoro Rivadavia, sin saber, que tenía vecinas, amigas del alma, que estuvieron en contacto directo con la guerra.

Susana Matías, era una de ellas, a quien conocí en la Patagonia, con quien compartí aquellas guardias de las estrellas, una vida social hermosa, fui profesora de su hijo, hablamos, salíamos, tomábamos el té, y jamás hablamos de la guerra. Un par de años después de habernos ido, no hacemos otra cosa que hablar de eso.

Y ella ha sido generosa, y fue quien me alcanzo la foto de las jóvenes y el soldado, quien me vinculo a otras voluntarias, muchas que no quisieron hablar, pero de las que pude encontrar detalles en la prensa. También fue ella la que me acerco a Miguel, aquel joven cuyo padre casi queda en bancarrota por colaborar con los soldados.

Sin Susana, reconstruir los días de la guerra en Comodoro, me hubiera resultado imposible.

La oportunidad de vivir doce años en esa ciudad de la Patagonia, me dio la posibilidad de conocer profundamente cada lugar, cada escenario que me mencionaban, y

es en parte, este trabajo, un agradecimiento a esa ciudad áspera, con la que me he reconciliado por completo.

Fue en Comodoro Rivadavia, donde cree vínculos humanos indisolubles, de amigas hermanas, una de ellas, Mariela Girotti, que puso a mi disposición sus herramientas de contacto para ayudarme en cada búsqueda.

Noches de desvelo, con una actividad frenética enviando correos, me posibilitaron conocer gente extraordinaria, que ha valido tanto la pena, como Monste Sempere y María Julia Moreyra, de la organización no gubernamental internacional Mujeres de Paz en el Mundo, que difunden la situaciones de riesgo, visualizando desigualdades, brindando herramientas a mujeres. niños y niñas para protegerse de los distintos grados de violencia a los que son sometidos en el mundo actual, incluyendo las guerras. Su última campaña en 2014 se llama “Sin Mujeres no hay paz” y es una muestra sobre la participación las mujeres antes, durante y después de los conflictos armados en el mundo.

Me brindaron todo su apoyo para dar a conocer mi mensaje. En ellas descansa mi búsqueda desesperada de Sarah Jones, para que pueda tener, el soldado Oscar Ledesma, su oportunidad de cerrar su historia y darle a Sarah la suya. Y trabajamos hoy para desarrollar una sede de difusión en la ciudad de Córdoba.

Entre tantas personas, que han valido la pena, esta Gus Meikle, periodista ingles, que vive en Uruguay, que trabaja en un diario que se publica para el Atlántico Sur, el MercoPress, y él me abrió todas las puertas con las islas, gracias a el conocí a John Fowler, a Verónica, a la directora de The Penguin News, Lisa Watson, que respondió

amablemente cada una de mis preguntas. Así como Janet Robertson, quien estudio en Córdoba, y con la que pude comunicarme cada vez que necesite un dato.

Gus lo que más me dio fue alivio, cuando respondió a mi primer correo hablando perfecto español.

Por su predisposición a brindarme ayuda, es que un sábado por la mañana, me avisó que Vicky Hamilton había muerto, sentí una profunda pena, aunque sé que partió habiendo cerrado su historia. La había buscado tanto, para que interceda por mí ante Sarah, para que reciba la carta de Oscar.

Pase meses rodeada de la compañía de estas mujeres, sobre las que busque, leí, espere, las hice parte de mi vida, y siento como propias sus desdichas.

Ese día que me entere de la muerte de Vicky, me sentí muy triste.

Respecto de las autoridades del Gobierno de las Islas, todo el tiempo me respondían como a una vecina, sorprendidos por mi trabajo y ofreciéndome ayuda invaluable.

A los isleños aun les resulta difícil hablar de la guerra, y son claros, los que no han querido hablar, me lo han hecho saber respetuosamente.

Sorprendida, nunca imagine, y soy absolutamente sincera, la predisposición, amabilidad y cordialidad de respuestas de la gente que me atendió desde las islas. En este país, no estamos acostumbrados a que los miembros de cualquier esfera de gobierno respondan, bueno, en las Islas, y en el Reino Unido, sus miembros del gobierno, responden.

Los propios secretarios de asuntos externos, del Primer Ministro Cammeron, inmediatamente después de recibir un correo, me hicieron llegar vínculos y contactos con los que podía consultar. Y no he temido provocar un incidente diplomático y así lo han entendido ellos. Siempre que se tratara de consultar geográficas, estadísticas, que no involucraran cuestiones sensibles, me han respondido con mucha cordialidad.

Debo admitir, que cada vez que debía entablar una comunicación con una persona de Reino Unido o las Islas, he sentido el temor de que no me tomen seriamente, y ocurrió todo lo contrario

.Esto se contrapone a la amarga experiencia con los funcionarios, y organizaciones de mi propio país, muchos de los cuales, ni siquiera han respondido jamás. Lo que me provoca mucha impotencia, en meses de trabajo no haber sido merecedora de una sola respuesta, de un solo funcionario público, me coloca en un extraño lugar de frustración,

Después de un enojo enorme, logre que la Embajada Argentina en Londres me responda un correo, y se han comprometido a ayudar con el encuentro de Sarah y Oscar. Ojala lo consigan. Les estaré profundamente agradecida. Porque los ingleses pueden ser muy amables, pero si no intercede por mí un organismo, para buscar a Sarah, difícilmente pueda hacerlo sola. Siendo yo una perfecta desconocida para ella y tratándose de un tema tan sensible.

A partir de mis primeras lecturas, llegue al SAMA, Asociación de la Medalla del Atlántico Sur, su secretaria, Jane Adams, colabora en la búsqueda del contacto con Sarah Jones. Y siempre se ha mostrado solícita a mis consultas.

Gus, también me contacto con Phyl Rendell, ex consejera escolar de las Islas, que me ha invitado amablemente a pasar unos días allá, valorando mi trabajo y mi mensaje.

Las redes sociales son una herramienta invaluable a la hora de buscar personas, por una de ellas yo ya había llegado a la periodista María del Valle Gonzales Gelvez, que una vez que nos conocimos personalmente trabamos una amistad sincera, a ella le agradezco la compañía, el consejo, cada una de las alegrías y frustraciones que compartió conmigo a lo largo de este camino.

Y por otra red, llegue a aquel Hugs MacManners, quien manejaba el sistema de armas del Avenger, que disparo erróneamente contra la casa de Verónica, no quiso hablar de aquellos días, si me dijo que podía valerme de lo que John escribió sobre él. Y tiene mucho valor que seres con tanta carga emocional en sus vidas, reparen en mí y me atiendan.

En Argentina, es el Doctor Eduardo Gerding, me facilito, el listado de todas las mujeres enfermeras, que él reunió en su blog a manera de rescate y homenaje, es un verdadero forjador de paz, a quien agradezco su enorme trabajo en conjunto con médicos ingleses, que tanto hacen para estudiar y superar las secuelas de la guerra, también cada respuesta y cada consejo.

Gracias por poner en mi ruta, entre otras a Doris West. Ojala la vida le dé a ella, tiempo para ver un reconocimiento sincero.

En todos los recorridos, aparecen inesperados, como el soldado Veterano de la Guerra de Malvinas, Oscar Ledesma, a quien conocí vinculado a Sarah Jones, y descubrí viviendo en mi provincia. El contacto directo con el ha sido en lo personal, de mucha importancia, trasciende mi trabajo y me aporta aprendizajes para la vida. Es Oscar un ser generoso, noble, un iluminado que escribe maravillosamente sobre sus experiencias y las enseñanzas que deja una guerra. Le agradezco que me haya permitido incluir algunas palabras que me cedió, porque es un ser despojado de protagonismos, humilde, como son los grandes.

Su historia me ha conmovido poderosamente, y es mi objetivo que pueda encontrarse con Sarah, como lo hizo Duarte, con la viuda Vicky Hamilton. Y espero no llegar tarde, que los funcionarios de mi país, hagan su trabajo, funcionen, ante el pedido de un ciudadano.

Conocer a las veteranas del Rompehielos Almirante Irizar, en las Primeras Jornadas de la Sanidad del Ejercito, organizadas en el Hospital Militar Central, no hubiera sido posible, sin la ayuda de mis amigos Jesús Guasti y Marcela su mujer, que me consiguieron una acreditación, me recibieron en su casa y oficiaron de medio para que pueda llegar a ellas.

En esas jornadas de la Sanidad, conocí al periodista Veterano de la Guerra de Malvinas, Nicolás Kasansew. Lo descubri, porque una ola de recuerdos me invadió

cuando lo vi, tan buenmozo como siempre, con ese aire de corresponsal de películas. Alto, delgado, con unos ojos tan azules que se ve para adentro de ellos.

Nicolás ha sido cuestionado, vinculado a la dictadura, se lo tildo como la cara del triunfalismo que se transmitía por televisión.

Yo he comprobado que es un hombre muy comprometido con la causa Malvinas, los veteranos lo quieren y lo respetan, y gracias a el, se conocen muchas historias que sin su difusión, estarían a la deriva del olvido. Su libro, Malvinas a Sangre y Fuego, es un verdadero diario de la guerra.

Lo llame en algunas oportunidades, nos hemos escrito muchas veces, tiene una visión particular, y cuando le pregunte si en sus días en Malvinas había visto u oído que hacían las mujeres de las islas me respondió “no creo que me hubiesen respondido nada en caso de hablarles, ya que anduve toda la guerra con una garibaldina de un Royal Navy, como un botín de guerra”

De las mujeres no me pudo decir nada, pero conocí un ser solidario, que hará el prólogo del primer libro que editara el Soldado Veterano de Guerra Oscar Ledesma, que es poeta, y filósofo, y eso me llena de felicidad por Nicolás, porque sé, que lo disfrutara con orgullo y por Oscar, que se lo merece tanto.

Las redes sociales son una herramienta que nos permiten acercarnos a las personas que están en ellas de manera inmediata, y así me paso con Alicia Reynoso, a la que luego conocí en su visita a Córdoba, la que yo misma propicie, y escuche con atención todo el relato de su experiencia. Ella hoy espera que la Escuela de Aviación Militar les proporcione un lugar en la sala Histórica, que es donde debieron estar

siempre. Le agradezco a Alicia, su tiempo, sus respuestas, sus enojos, sus pasiones y su lucha.

Hoy me ocupan dos batallas, desde mi trinchera, que es mi computadora, conseguir que la foto de las enfermeras argentinas este, en el salón de las Mujeres de La Casa Rosada y el encuentro de Oscar Ledesma y Sarah Jones.

El Museo Imperial Británico, una institución enorme por su obra, su trayectoria y su dimensión, que contesto cada uno de mis correos, se los he agradecido profundamente, y no quiero dejar de mencionar a sus empleados y recomendar una visita a los que puedan viajar a Londres o simplemente, una a su página web.

Claudia Patricia Lorenzini, es un ser dulce y amable, aquella niñita que con 16 años participo en la configuración de los buques hospitales en Puerto Belgrano. A ella lle- gue por recomendación del administrador de la página que mantiene viva la memoria de quienes fueron tripulantes del Bahía Paraíso, mi gratitud para ellos, porque sin ellos no conoceríamos esta historia.

Nicci, con su libro, me enseñó del profesionalismo, ver sus videos, me demostró que es un ser encantador, que puede dejar al mundo mucha enseñanza. Ojala algún un día pueda abrazarse con Silvia Barrera.

La primera vez que lei sobre el HMS Avenger, hice muchas preguntas a militares argentinos, pocos respondieron con certezas. Solo que, fuego amigo del buque mato tres civiles inglesas.

Fue por medio de Gus, que llegue a Verónica. La primera vez que le escribí, lo hice sin muchas esperanzas de obtener respuesta, yo comprendía que era la sobreviviente de un bombardeo, en una guerra con mi país, y no sabía cómo podía interpretar mi trabajo.

Tan solo 24 horas después llego su respuesta. Temi antes de leer, encontrar una amable negativa.

Mis temores se esfumaron inmediatamente al leer a Verónica, amable, austera, dispuesta a colaborar. Establecimos contacto fluido, ella ayudada por su actual esposo español, Antonio, que nos dio una mano a ambas con las traducciones y fue quien escaneo la fotografía de Verónica tomada en Londres.

Luego me envió su pequeño diario de un ama de casa, y siempre estuvo pendiente y dispuesta de mis requerimientos y dudas.

Agradezco haberla conocido, espero hacerlo personalmente algún día, también ella se mostro interesada de que visite las Islas en el periodo del año en que ella vive allí. Es enorme y profundo mi agradecimiento con ella, con John, que conocí por medio de su libro, y con Antonio.

Conocí muchos soldados veteranos, como Marcelo Berteri, que me conto todo lo que su corazón le permitió, y me vinculo a Sebastian Socodo, el encargado del mantenimiento del cementerio de Darwin, a ambos les agradezco haber sido una gran fuente de información.

Los soldados veteranos de Malvinas, son hombres en los que en mi vida, reparo poco, porque la guerra me paso por otro lado, rodeada de militares como he estado, ellos estaban en un lugar del que no se, si yo quería que salieran. Pero vinieron. Precediendo las historias de sus propias madres, de sus enfermeras, siento por ellos un profundo sentido del orgullo, y admiración. Ojala sientan este trabajo como homenaje.

Fuentes

Malvinas a Sangre y Fuego, Nicolas Kasanzew. Editorial Abril. 1982

Ministerio de Defensa de la RA

ONG Internacional Mujeres por la paz en el Mundo publicaciones online

Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur

Fundación Marambio

Natasha Niebieskikwiat, en su libro "Kelpers, ni ingleses ni argentinos" *Penguin Random House Grupo Editorial Argentina*, 2014

Museo Imperial Británico, Historias del Museo Online.

Entrevista a Griselda Gatica Garrido por Silvia L. Paglioni Bahianoticias.com 02-04-2010

SAMA, Asociación de la Medalla del Atlántico Sur, Londres

Nicci Pough White Ship, Red Crosses , Melrose Books 2010

Guerreros de Blanco *Alejandro Amendolara publicación online 2004*

1982, días difíciles en las Malvinas" John Fowler Editorial Winograd edición 2013

Archivo de Diario Cronica de Comodoro Rivadavia

Archivo de diario El Patagonico. Chubut

Graham Bound, Falkland Islanders atWar"Pen &Sword Books Ltd; 1st edition 2002

Malvinas la trama secreta, Eduardo Van der Koy y otros

Archivo de The Telegraph

Archivo The Guardian

Archivo Diario Perfil

Archivo Diario Kent Online Anita Flanagan History

Archivo Diario Observer

Archivo Penguin News - Falkland Islands

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales UNPSJB “ Comodoro Rivadavia durante la guerra de Malvinas” Publiciacion 2004

Gsceta Marinera WEB, El Bahia Paraiso, primer buque hospital de la Guerra de Malvinas

Archivo Diario Clarin

Archivo Diario La Nacion

Archivo diario pagina 12

Archivo Diario el país de España

Grupo Malvinas-Nottingham: 2014 – Publicaciones online doctor Eduardo Gerding

Revista Internacional de la Cruz Roja Edicion Cruz Roja Internacional Cambridge Unviesity Press

Convenio Internacional de Ginebra 1949 Protocolo I relativo a la protección de las victimas en conflictos armados

Ceballos y Buroni (1992) “La medicina en Malvinas” editado por el círculo militar, Publicaciones online de la Fundación Para la Salud Mental, El estrés post traumatico en ex combatienetes.

Seminario de Metodología de la Investigación “Mujeres de Malvinas” Catedra Profesora Claudia Romero, Cadetes de Cuarto Año Escuela de Aviación Militar año 2014